

LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ

*Los palacios  
desiertos*



Club de  
Lectores

## DATOS BIOGRÁFICOS

Premio Nacional de Literatura, Luisa Josefina Hernández nació en la ciudad de México (1928). Maestra en letras inglesas por la Universidad Nacional Autónoma de México, realizó estudios de arte dramático en la misma institución (1951-1954) y en la Universidad de Columbia, Nueva York (1955). Se ha desempeñado como profesora en la Escuela de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes y en la UNAM; de esta última institución, desde 1991, es maestra emérita.

Ha colaborado en diversas publicaciones periódicas, como *México en la cultura*, *Revista de la Universidad* y *La cultura en México*, entre otras. Asimismo, fue comentarista del programa *Así fue la semana*, que se transmitía por el Canal Once del Instituto Politécnico Nacional.

Entre sus obras teatrales destacan: *Los sordomudos* (1950), *Aguardiente de caña* (1951), *Botica modelo* (1954), *Los frutos caídos* (1957), *Los huéspedes reales* (1958), *Quetzalcóatl* (1968), *Apocrypha* (1980), *El orden de los factores* (1983), *En una noche como ésta* (1989), *Habrà poesía* (1990), *Las bodas* (1993), entre otras.

En la novela ha incursionado con títulos como: *El lugar donde crece la hierba* (1959), *La plaza de Puerto Santo* (1961), *Nostalgia de Troya* (1970), *Los trovadores* (1973), *Apostasía* (1978), *Apocalipsis cum figuris* (1982), *La cabalgata* (1988), *Las confesiones* (1994), entre otros textos.

Recibió el Premio Xavier Villaurrutia en 1982; también obtuvo la beca del Centro Mexicano de Escritores en 1952, de la Fundación Rockefeller en 1955 y la Fulbright en 1983. Desde 1994, es creadora emérita del Sistema Nacional de Creadores.



**Club de  
Lectores**

© Luisa Josefina Hernández

D.R. © Editores Mexicanos Unidos, S.A.

© **Edición exclusiva para Club de Lectores**

Bldv. M. Ávila Camacho N° 1994

Torre Ejecutiva Satélite, Desp. 403

Col. San Lucas Tépeltacalco,

Tlalhepantla, Edo. de México, C.P. 54055

Tels. 53 62 19 58 - 53 62 34 31

53 61 96 11 • Fax: 53 62 08 51

01.800-31.22.2.00

club@clublectores.com

www.clublectores.com

**Diseño de portada:** Pedro Zúñiga Montes

**Edición al cuidado de:** Guillermo Palma Silva

y Sergio Gaspar Mosqueda

**Formación:** Jorge A. Huerta Montes

La presentación y composición tipográficas son propiedad de los editores.

Derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso escrito de la editorial.

1ª edición, abril del 2004

ISBN 968-15-1675-3 (colección)

ISBN 968-15-1701-6 (título)

Impreso en México

Printed in Mexico

La mañana en que me enteré de la muerte de Rob Marlon por Teresa, la aterrorizada sirvienta que trabaja en este edificio de cuartos amueblados que todavía ocupó, me sorprendí con harta vergüenza, ocupado en analizar la reacción que este suceso provocaba en mi espíritu. Digo con vergüenza, porque hubiera querido dejarme envolver por algún sentimiento absoluto, aunque fuera sólo nerviosismo o una compasión auténtica y pasajera.

Un suicidio es un hecho especial, pero el suicidio de una persona cerca de quien había vivido más de tres años y en cuya vida había intervenido como cercano espectador en diferentes ocasiones, me obligaba casi a tener una reacción emotiva, a "sentir". Sin embargo y a pesar de la conciencia que tenía de ello, pude darme cuenta de que este hecho no me provocaba más de una serie de largas y complicadas meditaciones.

Muy lejos estaba de sospechar que varias semanas después, estas meditaciones tomarían una paulatina importancia, hasta convertirse en angustia y finalmente en acciones no sólo complicadas, sino de una mal calculada y escandalosa impertinencia. O sea, para decirlo claro, en una pasión.

En los pocos momentos de calma que me fue dado disfrutar, pasados los primeros días, mucho reflexioné en lo envidiable y conveniente que hubiera sido para mí el haber respondido al asunto en forma inmediata, con esa actividad desenfrenada y a menudo inútil que se apodera de las personas relacionadas con aquellos que mueren trágicamente.

Pero dejémonos de lamentaciones; soy demasiado dado a ellas y en realidad detesto mencionar las cosas que dejé de hacer en determinadas situaciones y considero mis impulsos verdaderos como irremediables, y más aún en este desdichado pero curioso caso. Arrepentirme de haber intervenido sería como lamentar la vida, o la expresión de mi rostro o el ritmo del sistema solar.

No, no tuve ni la más humana curiosidad cuando todas las personas que viven en este edificio se reunieron en el vestíbulo del segundo piso con la malsana ilusión de captar cuando menos un ángulo de ese cuarto número cuatro, en esos momentos habitado por un cadáver.

Tampoco me acerqué a la ventana cuando supuse, por la obligada sirena, que había llegado una ambulancia para recoger lo que estaba allí (¿en qué posición?, ¿con qué rostro?, ¿sobre la cama?) y que pocos minutos después saldría una camilla llevada por dos hombres indudablemente agobiados por el peso de la extraordinaria musculatura de aquel que fue mi amigo.

No leí los periódicos durante la semana siguiente y debo confesar que pasados esos días, la primera vez que compré el diario de la tarde, tuve cierto recelo de que mis ojos dieran con algún comentario atrasado. Me defendí hasta donde fue posible, como si una escondida premonición me protegiera, pero no pude escapar a la charla insulsa de la ya mencionada Teresa, ni al olor del gas que había impregnado el también mencionado vestíbulo por el que necesariamente debo pasar para llegar a mi cuarto en el tercer piso.

Teresa tiene la obligación de cambiar la ropa de cama de los doce cuartos que componen el edificio, cuartos que por cierto la dueña insiste en llamar departamentos, y de limpiar diariamente, en forma más o menos imprecisa, no nada más los dormitorios sino también las cocinas y los baños que los completan, mínimos aditamentos que, sin embargo, influyen en forma decisiva en la psicología de la dueña y que les han ganado la denominación que ella prefiere.

Bien, estoy seguro de que Teresa notó las retenciones con que yo había encarado el suceso y de ello se aprovechó para tomarse el placer de comunicar todo lo que sabía a una persona no enterada y distinguida además con la ventaja de conocer al difunto. Yo no la alenté de ninguna manera, pero ella, como destino, estaba decidida a enterarme y lo lograba.

Entraba en mi cuarto después de los consabidos "buenos días" y "¿se puede?" De pronto, decía en voz alta, sin mirarme y por lo general dándome la espalda:

—¿Se acuerda usted del relojito que colgaba en la pared? —hacia una pausa larga; yo me acordaba, pero no iba a admitirlo. Seguía adelante.

—Pues estaba deshecho, yo creo que pisoteado.

Tiraba las cobijas sobre la cama con lujo de fuerza y el aire rebotaba sobre las páginas del libro que yo estaba leyendo. Seguía:

—Y la cantidad de papeles rotos. Si alguien me hubiera preguntado, yo hubiera declarado que el señor Roberto se mató de rabia.

—No se llamaba Roberto.

—Así me dijo él que le dijera... claro, fue la dueña la que se decidió a abrir el cuarto... bien que le gustó ir a declarar.

Sus informaciones siempre tenían un punto culminante, que en este caso era lo siguiente:

—Dice la señora que vive frente al cuarto del señor Roberto que salió en el periódico que él era un anormal y que eso lo inventó la dueña para...

—Dígame, Teresa, ¿era un anormal?

A Teresa le molestaban las preguntas directas; nunca he visto una persona con mayor incapacidad para decir la verdad en forma rápida y concreta; ésta es una de las razones que la hacían mentir inclusive con descaro. Sólo podían creerse sus confidencias, nunca sus respuestas.

—Qué cosas dice usted. En todo caso, ella hubiera tenido que decir que fue por amor.

Era una alusión que yo esperaba en cualquier momento y, en ése, me fue particularmente antipática. Recuerdo que cerré el libro con cierta violencia y salí a la calle. De nada me sirvió; el mal había empezado a crecer con rapidez cinematográfica.

Fui a sentarme en la banca de un parque y recordé con detalles el frustrado suicidio que Rob había intentado hacía unos meses.

Por la tarde que precedió a la noche del intento, al entrar al vestíbulo me encontré con Elena, la mujer que continuamente acompañaba a Rob, sentada en un viejo sillón con un curioso aspecto de espera no comprometida. Su rostro no mostraba ninguna congoja especial ni tensión de alguna clase.

La saludé y en ese momento recordé que Rob había prometido prestarme una novela. Imaginé lo agradable que sería pasarme la tarde leyendo en mi cama y quise pedirselas.

Me acerqué a la puerta y toqué. Hasta entonces me pareció absurdo lo que hacía: si Elena estaba sentada afuera era porque Rob no se hallaba en casa; el suponer que él estuviera adentro era una especie de impertinencia, que además ya había hecho explícita con mi llamada.

Estuve a punto de volverme a presentarle una disculpa por mi aturdimiento, cuando del interior vino un fuerte golpe que hizo temblar la puerta. Indiscutiblemente se trataba de una patada.

Busqué la cara de Elena con temor; me la imaginaba bañada en lágrimas, ruborizada o contraída, pero me equivoqué. Su palidez era la misma, su mirada no buscaba la mía... sólo sus cejas parecían haber cambiado de posición, como diciendo, sin alterarse mucho:

—Ya lo ve usted.

Me acerqué a la escalera sin decir palabra y subí. No pude estudiar, no pude leer, no pude dormir. Sentía una invencible curiosidad, que en el fondo era angustia, como si la casa fuera a volar en pedazos de un momento a otro.

Éste es el efecto que experimento ante toda violencia, de manera que me tomé una pastilla calmante y traté de dedicarme a la ocupación que me distrae más: labrar figurillas en madera que frecuentemente termino y a veces regalo.

Oscureció y decidí salir a cenar con el espíritu perfectamente disciplinado y dispuesto a olvidar lo que había sucedido.

Al pasar por el vestíbulo me decepcionó no ver a Elena allí. No sé por qué había supuesto que su "deber" o por lo menos sus deseos, la obligarían a no moverse hasta que pasara la tormenta que azotaba el interior del departamento cuatro, donde, por cierto, reinaba el más absoluto silencio.

Mi interés, momentáneamente agotado, recobró la vitalidad cuando al abrir la puerta de la calle vi a Elena de pie en la acera de enfrente, bajo la lluvia, con los ojos fijos en la ventana. Al verme se sobresaltó. La calma (pétre) que demostró durante la tarde, había desaparecido por completo y me miró con unos ojos que parecían haberse agrandado dentro de un rostro muy pálido y muy

joven. Yo vacilé en la puerta, pensando si debería hablarle, y podría jurar que Elena se ruborizó en la oscuridad, porque inesperadamente echó a andar a toda prisa.

Por mi parte, atravesé la calle y también miré hacia la ventana. La persiana estaba levantada, la luz prendida, pero no se alcanzaba a ver más que un pedazo del desordenado librero de Rob: muchos libros, muchos papales. Y por otro ángulo el relojito, colgado en la pared. Luego apresuré el paso para huir de aquella lluvia insistente y me dirigí al café donde por lo general tomo mis alimentos, si son ligeros.

El mismo estado de cosas encontré a mi regreso, la lluvia tampoco había cesado.

Me metí en la cama y, al hacerlo, tuve el fuerte impulso de bajar a pedir prestada la novela, pero no me atreví. Empecé a hacer un crucigrama que no me divirtió nada porque ya sé demasiado bien la técnica de esos acertijos y me dormí.

Como a las doce de la noche tocaron a mi puerta. Sin que el sueño me permitiera reflexionar me levanté y abrí. Desperté verdaderamente en el umbral, frente al rostro de Rob, un rostro con los ojos inflamados y la boca entreabierta.

Rob se sostenía una muñeca con la otra mano y de ella manaba sangre en abundancia, tenía grandes manchas de sangre en su camiseta de manga corta y en sus pantalones de dril.

—¡Un accidente! —dije— Pasa, a ver qué puedo hacer. La respuesta vino rápida y cortante.

—No seas estúpido, es una vena. Quiero ir a la Cruz Roja.

Me vestí como pude, le eché un impermeable sobre los hombros y salimos a buscar un coche, que afortunadamente pasó enseguida.

Hasta que nos hallamos en un pasillo de la Cruz Roja, pude ver a Rob con atención.

Rob no era alto. Era más bien pequeño, pero con una musculatura extraordinaria: sus brazos, su espalda, su pecho, correspondían a los de un hombre veinte centímetros más alto que él. La parte inferior de su cuer-

po, sin ser desproporcionada, hubiera correspondido mejor a un hombre delgado.

Allí en ese pasillo, sentado en un banco, esperando que le cosieran la vena, tenía un aire casi cómico de gorila amaestrado. Eso, evidentemente, fue lo que pensó un médico joven a quien se le escapó una sonrisa que Rob registró de inmediato.

Entonces empezó el verdadero escándalo, porque Rob era incapaz de aceptar la ridiculez de su suicidio. Era cómico que toda esa vitalidad y esa sensación de peso pudieran evaporarse por un agujerito en el brazo izquierdo, practicado con una navaja de afeitar.

Rob se puso en pie y le dio un golpe al médico con la mano derecha. Vinieron otros dos jóvenes vestidos de blanco y una enfermera, hubo algunos diálogos bochornosos que no repito y finalmente se llevaron a Rob adentro, pero no sin ciertas consideraciones que a mi modo de ver no merecía.

Después de un rato en que me vi acosado por el temor de presenciar no sé qué desgracias (no llegó nadie más, afortunadamente; luego supe que las horas más socorridas eran de dos de la mañana en adelante), regresó Rob con el brazo vendado y su eterna expresión de arrogancia.

Sentí que ahora toda su agresividad se había vuelto hacia mí y lo disculpé: primero, él necesitó de mi ayuda; luego, yo presencié el incidente con el médico. Había ya hecho el propósito de no dirigirle la palabra cuando empezó a hablar.

—Elena... ¿sabes quién es?

Contesté enseguida.

—Sí. Esa joven...

—Esa joven —repetió él.

Rob lo dijo con sorna, como si yo hubiera dicho "esa niña".

—Tiene veintinueve años y es, como dicen ustedes, una solterona. No me casaría con ella, ni que fuera... —de pronto, cuando yo esperaba un adjetivo fuerte, hizo un gesto— Es la mujer más dulce y... más hermosa. ¿Te has fijado en su cuerpo? —yo estaba por contestar que no. Hay mujeres que parecen un abrigo o un impermea-

ble y ella es de esas. Entonces me detuvo— Te estrangularía si te hubieras fijado —se tocó la frente—. ¿Qué estoy diciendo?

Para entonces, había pasado del resentimiento a la ternura y a la confusión. Decidí no hablar más, pero él siguió.

—No quiere quedarse a dormir conmigo.

Me encantó la confianza y me alegré de que no fuéramos en taxi. El chofer se hubiera muerto de risa. Rob adoptó una expresión melancólica.

Yo recordé haber visto una madrugada que Elena salía de la casa con Rob; vi el reloj y eran las tres. Cambié de idea y hablé.

—Pero yo creía que...

—Sí. Claro que sí. Pero no quiere quedarse a dormir conmigo.

—¿Con quién vive?

—Con su madre. Pero podría decirle algo. Una sola noche, ¿no?

—Pues sí.

—Pues no quiere. ¿Por qué? No sabe.

—Tal vez quiere que te cases con ella y piensa...

Rob calló con un silencio que se parecía a la nostalgia o a la añoranza de una cosa pasada. Pero Rob nunca había sido casado; ni ella tampoco, que yo supiera.

—Trata de dormir.

—Luis... —me detuve—. Nunca serás médico. No tienes la pasta. Pierdes el tiempo.

Subí la escalera que nos separaba sonriendo... aparentemente. Me hubiera hecho feliz decirle que Elena tenía razón en no querer dormir con él.

Cuando llegué a mi cuarto me asaltó el pensamiento: ni por asomo podía definir el motivo del suicidio frustrado, y si no hubiera estado al tanto de que esa tarde había ocurrido algo fuera de lo normal, aquello hubiera podido pasar por un accidente cualquiera.

Ahora Rob había muerto y la prueba de que su muerte no podía ser más que un suicidio era la misma que la vez anterior: las huellas de una ira incontenible.

po, sin ser desproporcionada, hubiera correspondido mejor a un hombre delgado.

Allí en ese pasillo, sentado en un banco, esperando que le cosieran la vena, tenía un aire casi cómico de gorila amaestrado. Eso, evidentemente, fue lo que pensó un médico joven a quien se le escapó una sonrisa que Rob registró de inmediato.

Entonces empezó el verdadero escándalo, porque Rob era incapaz de aceptar la ridiculez de su suicidio. Era cómico que toda esa vitalidad y esa sensación de peso pudieran evaporarse por un agujerito en el brazo izquierdo, practicado con una navaja de afeitar.

Rob se puso en pie y le dio un golpe al médico con la mano derecha. Vinieron otros dos jóvenes vestidos de blanco y una enfermera, hubo algunos diálogos bochornosos que no repito y finalmente se llevaron a Rob adentro, pero no sin ciertas consideraciones que a mi modo de ver no merecía.

Después de un rato en que me vi acosado por el temor de presenciar no sé qué desgracias (no llegó nadie más, afortunadamente; luego supe que las horas más socorridas eran de dos de la mañana en adelante), regresó Rob con el brazo vendado y su eterna expresión de arrogancia.

Senti que ahora toda su agresividad se había vuelto hacia mí y lo disculpé: primero, él necesitó de mi ayuda; luego, yo presencié el incidente con el médico. Había ya hecho el propósito de no dirigirle la palabra cuando empezó a hablar.

—Elena... ¿sabes quién es?

Contesté enseguida.

—Sí. Esa joven...

—Esa joven —repitió él.

Rob lo dijo con sorna, como si yo hubiera dicho "esa niña".

—Tiene veintinueve años y es, como dicen ustedes, una solterona. No me casaría con ella, ni que fuera... —de pronto, cuando yo esperaba un adjetivo fuerte, hizo un gesto— Es la mujer más dulce y... más hermosa. ¿Te has fijado en su cuerpo? —yo estaba por contestar que no. Hay mujeres que parecen un abrigo o un impermeable.

ble y ella es de esas. Entonces me detuvo— Te estrangularía si te hubieras fijado —se tocó la frente—. ¿Qué estoy diciendo?

Para entonces, había pasado del resentimiento a la ternura y a la confusión. Decidí no hablar más, pero él siguió.

—No quiere quedarse a dormir conmigo.

Me encantó la confidencia y me alegré de que no fuéramos en taxi. El chofer se hubiera muerto de risa. Rob adoptó una expresión melancólica.

Yo recordé haber visto una madrugada que Elena salía de la casa con Rob; vi el reloj y eran las tres. Cambié de idea y hablé.

—Pero yo creía que...

—Sí. Claro que sí. Pero no quiere quedarse a dormir conmigo.

—¿Con quién vive?

—Con su madre. Pero podría decirle algo. Una sola noche, ¿no?

—Pues sí.

—Pues no quiere. ¿Por qué? No sabe.

—Tal vez quiere que te cases con ella y piense...

Rob calló con un silencio que se parecía a la nostalgia o a la añoranza de una cosa pasada. Pero Rob nunca había sido casado; ni ella tampoco, que yo supiera.

—Trata de dormir.

—Luis... —me detuve—. Nunca serás médico. No tienes la pasta. Pierdes el tiempo.

Subí la escalera que nos separaba sonriendo... aparentemente. Me hubiera hecho feliz decirle que Elena tenía razón en no querer dormir con él.

Cuando llegué a mi cuarto me asaltó el pensamiento: ni por asomo podía definir el motivo del suicidio frustrado, y si no hubiera estado al tanto de que esa tarde había ocurrido algo fuera de lo normal, aquello hubiera podido pasar por un accidente cualquiera.

Ahora Rob había muerto y la prueba de que su muerte no podía ser más que un suicidio era la misma que la vez anterior: las huellas de una ira incontenible.

El hilo de mis pensamientos me llevó a Elena. ¿Qué estaría haciendo? ¿A qué se habría negado ahora?

Tuve la primera inspiración repentina y exigente. Fui a la tienda donde sabía que Elena trabajaba. Es una inmensa tienda extranjera que vende de todo. Allí había visto a Elena con un uniforme azul celeste, me pareció que era jefa del departamento de ropa para señoras. Allí iba a buscarla Rob a las seis de la tarde y algunas veces habíamos hecho el camino juntos.

Entré a la tienda y subí al segundo piso. Revisé con los ojos las caras de las muchachas vestidas de azul celeste. Elena no se veía por ninguna parte y mi presencia empezaba a llamar la atención, por lo que opté por preguntar por ella. Una empleada me llevó a ver a otra y así supe que se llamaba Elena Gonzaga, que en ese momento se hallaba de vacaciones y dónde vivía. También me dijeron que había pedido permiso porque "estaba muy cansada", de donde deduje que Elena no había hablado de Rob ni de su muerte a sus compañeras de trabajo, ya que la muchacha me dio estas informaciones con completa inocencia y deseo de servirme.

Traté de imaginarme a Elena muy cansada y no puede. Sus ojos oscuros eran los ojos de quien posee una fuerza interior inacabable, una energía nerviosa imposible de doblegar por el cansancio.

También se me ocurrió que ella era el tipo de persona que toma barbitúricos para poder dormir y vencer por un momento aquella efervescencia, que era lo primero que proyectaba su personalidad.

Tuve conciencia de que aquellos ojos eran extraordinariamente hermosos, pero que su belleza no era lo que saltaba a la vista, sino su expresión alerta e insondable.

¿Por qué no se habría casado Elena? Si como decía Rob era tan bonita para los que habían tenido oportunidad de observarla con cuidado... Además no era, de ninguna manera, ese tipo de muchacha cuya profesión puede decirse que es la de amante. Por lo que yo había intuido al verla, no me parecía una persona de sexualidad imperiosa ni mucho menos... Volví a casa pensando en ella y pasé los días siguientes en un estado de concentración involuntaria que me traía a la memoria imágenes olvidadas de Elena.

Recordaba ahora, con nitidez, un día que los encontré en una fuente de sodas, sentados muy juntos. Rob hizo un movimiento violento con un codo y le lastimó un hombro; ella reaccionó al dolor con un gesto natural, pero al ver la expresión del rostro de Rob le besó la mano. La expresión de Rob era indescifrable. No salió de sus labios ninguna disculpa, pero mostró satisfacción al recibir el beso. Se hubiera dicho que el lastimado era él.

En otra ocasión fui al departamento de Rob a que me devolviera la jeringa que me había pedido hacía algunos días. Allí estaba Elena tendida en un sillón verde (cuya reproducción al rojo está en mi cuarto), envuelta en una cobija.

Me pareció ver que Rob la atendía con una especie de abnegación profesional. Mientras yo hablaba —de no sé qué— le traje té, una pastilla para el dolor de cabeza, le acaricié la frente y me fui porque dijo que iba a darle un masaje. Ella se veía ligeramente enferma, pero tranquila. Esto era una cosa molesta en Rob, aunque tal vez en otra persona hubiera sido una cualidad. En cuanto se lo proponía, desplegada una especial habilidad para las cosas más raras, como hacer comida, clavar un mueble roto, construir una casa de muñecas con instalación de agua y de luz para la hija de la criada, y, principalmente, cuidar enfermos.

Estoy seguro de que Rob no sabía nada de medicina, en algunas ocasiones descubrí que hacía ciertas afirmaciones que no puede pasar por alto ni siquiera una persona que, como yo, está lo más alejada que puede estar de la medicina estando dentro de ella; pero había algo, que afectaba desde su mirada hasta la forma de colocar las manos, que correspondía a un médico.

Eso ya era desagradable, pero lo más desagradable es que había en todo ello una especie de falsedad, de actitud ficticia de quien actúa porque sabe que lo miran, o de quien, no se sabe cómo, en una forma secreta, se mira a sí mismo.

Otra vez fui al departamento de Rob para darle un recado que le habían dejado unas personas que deseaban les diera una clase de inglés, y vi a Elena sentada en el mismo sillón, con las manos cruzadas y un profundo ras-

guño, pintado de desinfectante, que iba del antebrazo a la muñeca, donde se hacía menos profundo. Pensé que aquel rasguño debían de habérselo hecho cuando ella estaba sentada o de rodillas, con la intención de ponerla en pie en forma violenta. ¿Se arrodillaría Elena frente a Rob?

Estas memorias impertinentes alrededor de algo tan ajeno a mí como era Elena me producían melancolía y una especie de impaciencia; para vengarme de ello perdía el tiempo y no acababa de saber si mi indolencia era un placer o una tortura.

Entonces ocurrió un incidente que considero clave, no para esta historia, sino en lo que a mi intervención en ella se refiere.

Al volver de mi salida matinal que resulta de tomar algunas clases como alumno libre de la Facultad de Medicina (lo del alumno libre es algo nuevo; antes fui alumno irregular y algún día seré simplemente oyente), encontré a Teresa con cara de circunstancias limpiando con mucho cuidado el suelo que está frente a la puerta de mi cuarto. Intuí que algo había sucedido y me palpité el corazón.

Creí que Elena, de alguna manera, para algo emocionante e inimaginable, me esperaba detrás de la puerta. Abrí con las manos temblorosas y lleno de ansiedad. No había nadie; es decir, ninguna persona; pero había algo, ese algo se desbordaba sobre mi escritorio y parte de ello estaba en el suelo.

Eran *absolutamente todos* los papeles de Rob; hasta los que él mismo había roto y guardado. Teresa me vigilaba para saber cuál era mi reacción ante tan inesperada presencia. Pero yo estaba ciego, entumecido como aquel que se enfrenta a un destino intuido pero inseguro.

A un lado, en su valija maltratada, estaba la ropa de Rob. Pensé en su traje negro, de franela, el que lucía en ocasiones preciosas (¿una?, ¿dos?); en su camisa de franela a cuadros, en sus pantalones de mezclilla café. Recordé que nunca, nunca, volvería a usar nada de eso, que estaba para siempre ausente y que estas cosas quedaban sin dueño, aunque eran todavía entrañablemente tuyas.

Oí hablar a Teresa a mis espaldas.

—...Que dice la dueña que va a rentar el departamento y que como los de la policía no se llevaron eso y los padres del señor Roberto no han mandado buscar nada, ni han contestado la carta que ella les escribió... si usted quiere guardarlo por unos días hasta ver si alguien lo reclama...

—Sí. Puedo guardarlo por unos días.

Tenía miedo de que mi voz me traicionara. Cerré la puerta y me quedé frente al montón de papeles como el avaro a quien sus espíritus protectores conceden la oportunidad de catalogar un cerro de monedas de oro con la expectativa abierta de quedarse con ellas.

Rob era un norteamericano como me imagino que hay muchos otros.

Atlético de cuerpo, con la cultura total que un joven europeo ya ha adquirido al salir de la secundaria; pobre como una rata, veterano de una guerra y sin oficio definido. Vivía de dar clases de inglés, que no le duraban más de tres o cuatro meses, por motivos que nunca pude definir, pero que debían atribuirse a su carácter desagradable. En realidad, lo que hacía con mayor entusiasmo era escribir; a veces durante noches enteras, y siempre en máquina. Un día le pregunté si era escritor y me dijo lo siguiente con una expresión de malhumor y de desaprobación irónica que me pareció encaminada a buscar mi propia opinión sobre el asunto:

—En mi país todos somos novelistas y pintores. Nuestras profesiones, cuando las tenemos, son para atormentarnos y ganar dinero. Pero todos vivimos a la espera de que una editorial nos compre el primer libro o de que una galería nos exhiba el primer cuadro...

Me reí y él permaneció serio. Luego apagó un cigarrillo fumado hasta la mitad y cruzó la pierna. Sus ojos siguieron su propia rodilla hasta llegar al pie (yo en mis adentros lo llamaba siempre pata, y en ese momento estaba parcialmente cubierto por una pantufla). Se quitó la pantufla, subió el pie desnudo al asiento y se lo miró de cerca. Yo me despedí antes de que empezara a tocárselo, porque interpreté esa acción como una venganza por la satisfacción que suponía acababa de procurarme.

Ahora tenía enfrente la expresión de sus anhelos nacionales; lo que quedaba de ellos. Probablemente muchos relatos escritos a medias que ya nunca llegarían a la imprenta, y unos cuantos dibujos que tampoco llegarían a ser exhibidos.

La declaración de Rob en lo referente al significado que daba a sus actividades artísticas, me afectó en cierto modo, aunque no la tomara al pie de la letra: me quitó la curiosidad, al grado de que en una ocasión me quedé solo en su cuarto cerca de una hora y no se me ocurrió leer las cuartillas amontonadas encima de la máquina, sino un libro lleno de rayas y señales en lápiz rojo que además yo ya había leído.

El material reunido sobre mi mesa se había vuelto interesante. Aunque en vida Rob me parecía tan oscuro y mediocre, brillaba ahora con la posibilidad de encontrar alguna explicación de su muerte y de mis sentimientos frente a ella, que en verdad no eran ni la indiferencia ni la dureza de corazón que me alarmaron, sino una profunda incredulidad.

Dediqué los días que siguieron a catalogar los papeles en diferentes categorías y a estudiar los dibujos, que por cierto se reducían a tres: un autorretrato de Rob y dos desnudos de mujer.

Los papeles eran, por una parte, trozos incoherentes que correspondían a los primeros esbozos de una novela, la novela misma que constaba de los que he llamado esbozos y de unos apuntes intercalados de la vida diaria de Rob, como si la realidad y la ficción fueran inseparables; y unos relatos pequeños en papel de copia cuyos originales habían, sin duda, sido enviados a alguna revista con la esperanza de que los publicaran.

Había también algunas cartas de la familia de Rob, de casas editoras y de algún agente que, por cierto, rehusaba hacerse cargo de administrar la producción literaria de mi amigo.

También estaba un cuaderno escrito sólo de un lado de las páginas con una letra segura y cuidada que no

era la de Rob y que, además, parecía ser un diario, porque había una división al principio de muchos párrafos, pero que no lo parecía en absoluto por otros detalles, como son la perfecta uniformidad de la escritura que denotaba un solo estado de ánimo, el parejo color y densidad de la tinta y el tono también parejo con que todo estaba escrito.

Como era lo más sencillo de leer decidí dejarlo para el final y dedicarme, antes de perder las energías que me alentaban, a lo más difícil: ordenar aquello que tal vez hubiera podido llegar a ser una hermosa novela.

Cuando lo hube ordenado, me asombró el ambiente de dicho relato y nunca, desde que empecé a leerlo, pude evitar el pensamiento de que la parte contada como ficción era autobiográfica.

Sabía que Rob era un hombre centrado en sí mismo, que sus procederes eran egoístas hasta un grado incalculable, pero precisamente por ello, jamás sospeché que poseyera una lucidez tan completa sobre su pasado reciente y todavía vivo de hombre de treinta y tres años.

Si la narración era autobiográfica, y creo que lo era, me demostraba lo contrario... Pero si lo que se sabe sobre un mismo pierde vigencia, ¿por qué Rob fue siempre igual? ¿Por qué... todo?

Antes de reproducir en este relato la novela de Rob quisiera hacer notar la forma curiosa en que el autor se refiere al "pequeño Peter" y su tono aparentemente candoroso, como cuando un niño habla de otro niño para que un adulto lo escuche.

Los párrafos que se refieren a Elena y en general al presente han sido conservados en el sitio donde los puso el autor y he puesto especial cuidado de no alterarlo, porque creo que Rob, al escribir, se desviaba del pasado al presente y no pienso que lo hiciera en forma ociosa, sino siguiendo un dibujo emotivo donde se complementan las dos cosas. Lamentaría equivocarme, pero todo autor, y Rob como cualquiera, merece que se trate de encontrar sentido a sus peculiaridades y no que se las tome como extravagancias.

Él se sentaba en un sillón cerca de la ventana, pero no miraba las hojas de otoño que ardían avivadas por el viento. Ella se sentaba al lado suyo y su costura no prosperaba. Él tenía los árboles y no los miraba, hablaba y ella no le oía. A veces interrumpía lo que estaba diciendo para preguntar en voz alta:

—¿Me oyes?

Ella daba un pequeño salto, una sacudida casi imperceptible y asentía con la cabeza. Sus temblores se confundían con sus afirmaciones. Y la costura no avanzaba; se había convertido en un juego de telas, hilos, agujas y dedales, un juego donde ella resultaba vencida.

El pequeño Peter los miraba como si fueran retratos en los que faltaba algo, ¿tal vez un pequeño Peter pálido y dulce, consumido por dentro y por fuera?

El pequeño Peter era grueso y fornido y no concordaba con ellos.

Él los espiaba esperando el momento en que ella necesitara de su protección. Para ese propósito había instalado un timbre oculto cerca de la cama de su madre que ella podía tocar sin ser notada si llegaba la ocasión.

Aunque Peter no podía, no debía venir al cuarto de ellos, el timbre era la señal para que se levantara y caminara por el pasillo con el oído atento. A veces, después de una hora, todo quedaba en silencio, otras veces...

El pequeño Peter sabía que sus brazos eran cada vez más fuertes, que su pecho era musculoso, que odiaba y amaba con pareja intensidad y todo aquello le daba una idea curiosa de sí mismo: que él era el guardián y la enfermera y que, por lo tanto, era también un defensor en pie de guerra y, a pesar de ello, una dama de compañía, alguien con cualidades suaves y poderes de consolución.

Miraba fijamente al padre que era fino, bien hecho, de clase más alta que su madre y de educación más completa, y quería ser él. Aun en los peores momentos... pero ¿cómo iba a ser posible que este muchacho de mandados, rubicundo y vulgar, pudiera ser como él?

Y venía la resignación. Peter se subía a un árbol de ramas pelonas y miraba la mancha negra del bosque, donde la noche cae antes de la noche, y hablaba; ellos no lo oían porque estaban detrás de las cortinas, de los vidrios, de sí mismos. Y si alguien lo hubiera oído se hubiera enterado de que su alma no deseaba paz sino venganza.

Peter tenía un hermano más pequeño y él y su madre, en silencioso acuerdo, se habían propuesto ocultarle la verdad. Un hermano delicado y limpio, un hermano del que siempre podía decirse que no estaba loco.

Este era George, el que ignoraba la verdad y era feliz. El que pasaba corriendo debajo de las ramas apoyadas por su hermano mayor, mientras que éste, mirándolo desde arriba, sentía que podía caer sobre él como una maldición.

El secreto no pesaba sobre su pecho ni lo oprimía. El secreto era un agente capaz de engendrar pasiones más vivas, como el resentimiento; el secreto era la desventaja con que le había favorecido la vida y la ventaja reluciente y vital con que estigmatizaba a su hermano por ignorarlo.

Este George que corría despreocupado detrás de su pelota y que hacía sonar el silbato de su coche de bomberos, era un niño en peligro; ése era el otro secreto de Peter, porque el peligro era Peter mismo.

Era esto lo que a los ojos de Peter los unía. Vivir los dos en dos peligros, uno engendrado por el otro y, en consecuencia, ambos nacidos de la misma fuente.

Peter, el guardián, el policía y el verdugo; George, el feliz, el ignorante, el cuerdo. Y ellos.

Ese timbre era la obsesión de sus días. Desde que el doctor subía ligera y elegantemente las escaleras que comunicaban su consultorio de médico rural con el resto de la casa, Peter, que acababa de llegar de la escuela, subía a su dormitorio y allí se quedaba echado sobre la cama, con las dos manos debajo de la cabeza, con hormigueos de luz en los ojos, con destellos de pensamiento en el cerebro y con jirones de sexo en el cuerpo.

El timbre no sonaba, pero él era el sirviente, el hijo del timbre, y había resuelto que la próxima vez que sonara no iría a pasearse frente a aquella puerta, con el oído aguzado. Era mejor dormir y despertar cuando todo aquello hubiera terminado.

¿Cómo terminaría todo aquello? ¿Cuándo?

Se hacía preguntas interminables, era como tener que atravesar un abismo caminando en un hilo de ideas... sin embargo, no se hacía la pregunta fundamental: ¿por qué?

Y "ese" niño jugaba en el jardín. Ese que atravesaba diariamente, sin la menor vacilación, el abismo de los sentimientos de su hermano. El niño bonito que se cuidaba de la limpieza de su ropa y no veía el mundo.

(Que sonara el timbre, que sonara el timbre.)

George quería ser ingeniero y lo decía casi desde que supo lo que era un ingeniero. ¿Y él? El pequeño Peter quería que todo se acabara para... entonces le entraba el desaliento, ¿para qué?

No tenía perspectivas, no tenía distancias en el tiempo, sino un aterrorizado sentido de la realidad; eso que se desmenuzaba y se integraba en el interior de su alma, era un rompecabezas que puede terminarse y, al terminarlo, resulta que también era un acertijo.

Cuando George decía que quería ser ingeniero, él cerraba los ojos, y un acero se le acercaba al alma. Lo sería... lo sería... si antes no...

(Sonó el timbre. Sonó verdaderamente.)

Quiso seguir pensando. Pero el pensamiento se había parado en seco. Ahora veía una viga de caoba que acompañada de otras seguía el declive del techo. Una viga pintada de marrón, no barnizada. Quería encontrar un punto fijo que mirar en la viga y no lo encontraba, la viga entera se deslizaba como la vía del tren.

(El timbre sonó otra vez. Dos veces.)

¿Sabría ella que él no estaba en el pasillo?

¿Sabría él que él no estaba en el pasillo?

Tenía que saberlo para tocar dos veces, no lo hacía nunca. Y ¿si todo acabara hoy? No creía que todo acabara hoy. Empezó a latirle el corazón, un corazón indepen-

diente que terminó por lanzarlo al pasillo y le permitió oír la voz alterada de su madre que decía unas palabras y, entre ellas, su nombre.

Abrió la puerta. Ella estaba tirada de espaldas sobre la cama y Él apretaba sus manos blancas alrededor del cuello de ella.

El pequeño Peter levantó una silla y con ella en la mano se acercó a la cama. Pero Él ya había dejado de hacer aquello y lo miraba sin ver, como si delante de sus ojos estuviera un vidrio y detrás un árbol con hojas, con flores y con todas las otras cosas que tienen los árboles.

Luego salió del cuarto y empezó a bajar la escalera con suavidad, iba a su consultorio.

Ella, inmóvil, recobraba el aliento. Peter puso la silla en el suelo y la odió porque tenía que cuidarla, que ayudarla a recobrarse, pero más que nada, porque le había hecho levantar aquella silla frente a quien ni siquiera lo había mirado.

Tuvo el impulso de irse... a la calle, al jardín a jugar como niño, a reírse con George. Pero algo le cambió las intenciones y se acercó a ella. Y la ayudó a recobrarse, y la cuidó, y le administró un calmante, y vigiló su sueño.

Mientras hacía esto con la mayor habilidad, sabía que remedaba al otro, al que estaba en el consultorio, el que al recibir un enfermo se volvía gentil y tenía el rostro suave y, a veces, la palabra tierna.

Por la noche, cuando el otro no subió a cenar y Peter imaginó que se quedaría a dormir en el sofá del consultorio, se propuso pensar en ese asunto, para ver si correspondía a lo que se ha dado en llamar un círculo vicioso: el médico que provoca una enfermedad que es curada por el enfermero, que para serlo, debe imitar al médico.

¡Dios mío, cómo es posible que un solo preso tenga que vivir en dos cárceles!

Elena, he notado tu garganta blanca y he seguido con la punta de los dedos el curso de tus venas. Tú con los ojos cerrados, como muerta. Entonces, yo suplico hondamente, sin decirlo, que abras los ojos, pero sigues con los pá-

pados bajos y yo me aterrorizo. No sabes los espantos que sufro por tu causa. No me oyes.

El pequeño Peter iba a la escuela del pueblo y se comportaba con una arrogante reserva. No tenía amigos porque la amistad a su edad es confidencia, y no quería tenerlos porque la confidencia era imposible, ¿cómo contar...?

Además, había reserva también de parte de los otros, como si lo supieran. Lo sabían tal vez. Tal vez algunas cosas que suceden en los dormitorios son presentidas y sabidas. Tal vez en lugar de contar habría sido necesario preguntar y él sería el informado. Pero no era posible.

Esa mañana, ya tarde, después de las once, algo sucedió: que el pequeño Peter en vez de entrar a clases, ¿se cayó?, se tiró sobre un charco boca abajo. Un lado de su rostro se sumergió en el lodo, el otro permaneció blanco y gesticulante a la vista de todos.

La posición de su cuerpo era de absoluto relajamiento, aunque podía verse que el agua había entrado en su ropa y seguramente llegaba hasta su piel. Sólo su rostro no era un rostro tranquilo.

Se alarmaron, se asquearon, no quisieron tocarlo. Avisaron a su casa y su madre dijo que inmediatamente iría a buscarlo. Él, desde el charco, oyó a su madre... pero no se movió. Quería hundirse, antes y después, él sólo había querido hundirse.

Las maestras y los niños lo rodeaban sin saber qué hacer. Él pensó en aquella niña, hija de un granjero, que lo había seguido a todas partes, siempre con diversos ofrecimientos. Un dulce, un pedazo de queso, hasta un pañuelo. Él la había abofeteado en el patio y ella no se había quejado. Pero él, al ver la mancha roja en la mejilla de ella, se había asustado. Quería consolarla, pero sabía que fácilmente le pegaría otra vez; se había ido corriendo.

Quería hundirse, quería que su propia mejilla se pudriera en el lodo. Ahora quería el pañuelo y el dulce...

Oyó que su madre había llegado, oyó que la gente que lo rodeaba se movía para que ella pasara. Sintió que

la mano de ella lo tocaba en el hombro y la oyó decir con voz contenida:

—Peter, vámonos.

(Quiero quedarme aquí, quiero hundirme, quiero el pañuelo.) Se puso en pie torpemente. El agua y el lodo caían en hilos gruesos y disparejos. Echó a andar.

En el camino iban los dos callados. Él presentía la vergüenza de ella y ella quería disimularla, pero tenía, debajo del pelo, las orejas enrojecidas.

En un salón del segundo piso de la escuela, estaba George, también ruborizado, haciendo limpiamente ren- glones de aes y de oes, sin mirar a nadie.

Peter miraba al suelo y sabía lo que sentía su madre y lo que sentía el niño que estaba en el salón y se en- cantaba de descubrirse vil.

Llegaron a la casa sin cruzar palabra; él se limpió los pies y fue directamente al baño.

Ella fue a su cuarto y lloró interminablemente.

Ésa fue la venganza del pequeño Peter, ese llanto por él.

Pero la venganza de ella fue no volver a tocar el tim- bre y no volver a permitirle que la defendiera.

Los dos se quedaron solos.

Yo te he humillado y no te has defendido, has querido tocarme y te he rechazado. Te he seguido humillando y luego te he dicho: "¿Todavía quieres tocarme?"

Y me has tocado, me has besado. Yo nunca había besado así ni he sido de nadie como soy tuyo, porque para llegar a eso yo necesito...

¿Eres realmente tan dócil, tan entregada, tan sobre- humana?

George tenía una gentil manera de tomar las cosas. Des- pués del incidente, adoptó la costumbre de sonreírle a su hermano mientras le hablaba. El pequeño Peter supo desde el principio que aquella sonrisa que no cambiaba la expresión de los ojos grises, era una ocultación y que, aunque así fuera, significaba una aceptación intelectual y un perdón por lo que había hecho. Era su forma de

mostrar afecto porque parecía no haber ninguna de mos- trar solidaridad. Era, también, la primera actitud ficti- cia que descubría en George.

(Acabará por volverse loco, como yo.)

La lejanía entre Peter y su madre le dio más tiempo para estar con su hermano. Se habían acabado las inter- minables esperas en su cuarto y la vigilancia a la que había sometido las luces del consultorio.

Corrían por el jardín. Peter lo hacía como quien quie- re convertirse en un atleta. No jugaba, practicaba. George tenía siempre un juguete en la mano.

(Ese niño imbécil que juega realmente. Sin imagina- ción para inventar que juega.)

En una carrera, Peter cayó al suelo, con el pie clara- mente atorado, entre la tierra y la raíz de un árbol. George lo vio y se acercó con rapidez. Le tocó el hombro y dijo sin alterarse:

—Levántate, Peter.

Peter se revolvió en el suelo con los ojos brillantes de rabia. No pudo contestarle a su hermano, se apoderó de una de sus piernas y lo hechó al suelo. Se montó en su cuerpo y quiso estrangularlo. ¿Crees que lo hago todos los días? ¿Has aprendido la treta tan aprisa? Una pal- mada en el hombro y eso es todo, ¿verdad?

George gritó cuanto le fue posible; era terrible mirar sus ojos desesperados mientras...

Peter sintió que lo levantaban por la espalda de la chaqueta y lo tiraban a un lado como si fuera un muñe- co. Esta vez era su padre. Las manos blancas tenían mu- cha fuerza.

George se levantó y corrió hacia la casa.

(Allá va. Que sonría ahora.)

Ahora estaban frente a frente. Ahora eran iguales, un hijo que había querido ser la fiel imagen de su padre y ya lo era. Al fin se había unido.

El padre de Peter no se movía, los negros zapatos lustrados estaban quietos.

(Que soplara un poco de viento. Mucho viento.)

El padre no hablaba con sus hijos. Tampoco iba a hablar ahora. El pequeño Peter pensó que tal vez ya era un hombre y que el silencio era un elemento más que

los igualaba y que los dos podían sostenerlo con igual derecho.

Pero el padre movió los pies y, antes de que echara a andar, Peter sintió un escupitajo en la mejilla.

Allí quedó, asombrado, debajo del ciruelo.

¿No habría manera de recobrar a alguno de los que había perdido?

A pesar de todo, Elena tiene desconfianza de mí. He tenido necesidad de inyectarle un antibiótico para ese resfriado que la persigue desde hace dos semanas.

Ella aceptó enseguida. Su buena voluntad me hizo suponer inmediatamente que se proponía un sacrificio, fundamentado en el deseo de no dejarme ver su verdadera opinión.

Le di tres piquetes antes de ponerle la inyección. Cuando le dije que había fallado el primero, se rindió aún más y metió la mano debajo de la almohada para que yo no viera su puño cerrado.

La piqué de nuevo y empecé a traicionarla uno de sus párpados, que brincaba sin que ella pudiera evitarlo. Al fin se la puse. Sin transición se quedó dormida con la boca entreabierta.

Pero si ella se hubiera negado a que la inyectara, sé muy bien que habría roto la casa a patadas... o yo me hubiera roto.

Despertó, se vistió y se fue a su casa. Le dije que tenía algo que hacer y que no podía acompañarla. Por la ventana vi que se alejaba despacio, muy despacio, como si esa tarde hubiera caminado mucho.

Rompí la jeringa. Puede sustituirse con otra igual. Ya he comprado la otra.

George se enfermó ese invierno y su padre dijo que debería quedarse en la cama. Padecía bronquitis.

El pequeño Peter también pasó el invierno en el cuarto de George. Trajo una mesita donde colocaba una serie de instrumentos filosos y unos taquetes de madera que conseguía entre los deshechos de un carpintero. Hacía casas, coches, una escuela, mientras George observaba.

Un día dijo George con su voz ronca de tos:  
—¿Por qué nada más haces eso? ¿Por qué no haces animales?

La respuesta tardó un poco, pero llegó.

—Porque tú quieres ser ingeniero.

A George se le iluminó el rostro. Los ojos grises destilaban ternura. Se cubrió hasta la barba con la cobija y sonrió.

Peter sonrió por dentro, con el labio mordido y poniendo gran cuidado en lo que hacía.

(Si durara siempre el invierno. Si fuera interminable la enfermedad de George.)

Su madre entraba al cuarto a la hora de las comidas con una charola que contenía lo suficiente para los dos; se veía contenta, pero no era expresiva. Siempre daba la impresión de que tenía miedo de lanzar las palabras por-que sería necesario desdecirse. Estaba comprometida con el contenido de su vida, pero no con el texto.

El padre iba de cacería. Regresaba después de tres o cuatro días, después de matar un ciervo que guardaba destazado en la heladera común del pueblo. Podría pensarse que tenía mejor aspecto si no se le miraba a los ojos.

George se reía a carcajadas cada vez que su padre le oía los pulmones. Se quejaba de que le hacía cosquillas y su padre, vagamente divertido, acentuaba la nota.

George mejoró; empezó a sentarse en la cama, a querer bajarse, a asomarse por la ventana. Un día, Peter dijo:

—Ya estás casi bien y vas a crecer y creo que hasta llegarás a ser ingeniero.

George contestó pensando cuidadosamente en lo que decía.

—Tú también vas a crecer...

Peter apretó los labios y su corazón, que era como una vasija de aceite hirviendo, lo salpicó por dentro. Se le vino un torrente de lágrimas que supo contener.

Salió del cuarto sin violencia y allá, bajo el ciruelo pelado como garfio sobre el suelo mojado de agua y nieve, fue a probar la desolación.

—No voy a crecer, nunca voy a crecer.

Ese invierno, su madre lo mandaba semanalmente a comprar una serie de artículos de consumo al almacén del pueblo. Llevaba una lista y el tendero le entregaba un paquete que él ponía dentro de una mochila, que luego colgaba de sus hombros.

Esa mañana, se detuvo un momento frente al aparador porque le pareció ver que con motivo de la Navidad había una serie de artículos inusitados, pero a los dos segundos de estar allí escuchó unas voces que venían de adentro y que indudablemente hablaban de él y de su familia. Reconoció que una de las voces pertenecía a su maestra y la otra al tendero.

—El hijo del doctor, el mayor.

—Es natural. ¿Qué cree usted que puede resultar del hijo de un morfinómano?

—Ella se enteró ya después de casada.

—A ese hombre deberían mandarlo a un sanatorio.

—Hay sanatorios especiales, pero dicen que se sufre mucho.

Ahora ya sabía el porqué. ¿Realmente lo sabía hasta ahora? Había visto a sus padres discutir acerca de unas ampollitas que ella había escondido. Lo había visto inyectarse, lo había sabido siempre.

Se alejó de la tienda sin cruzar por la puerta y caminó cerca de media hora; luego regresó para hacer lo seguramente acostumbrado.

Caminaba con el paquete al hombro y seguía pensando en aquello. En la palabra "morfinómano" y en lo que significaba ser hijo de alguien así.

(No significa nada. Pero yo deseo que sea significativo.)

El era el delator ahora. El acusador frente a un nutrido público de vecinos. Si él fuera como todos, como el niño George, por ejemplo, el que lo había escupido quedaría disculpado. Dirían que fue un hombre vicioso pero bueno...

Ahora, nadie podía perdonarle que hubiera convertido a su hijo en un monstruo, aunque no fuera un monstruo.

Llegó a su casa, dejó la mochila en la cocina y no quiso saludar a su madre. Subió al cuarto de su herma-

no. Allí estuvo un rato, fingiendo que trabajaba, esperando el momento oportuno.

—¿Tú sabes lo que es un monstruo?

—Algo horrible.

—Yo voy a ser un monstruo, para que todo el mundo lo sepa.

—¿Sepa qué?

No pudo decirselo. Tuvo ternura de aquel rostro de incertidumbre.

—No sé. Parte de ser monstruo es estar loco.

George se dejó caer sobre la almohada, muerto de risa. Peter seguía serio. George gritaba:

—¡Me asustaste! ¡Me asustaste! ¡Pero no tengo verdadero miedo! ¡Me río de ti, monstruo!

Nunca me imaginé que Elena se entregaría a mí tan fácilmente. Durante dos semanas fui a buscarla a su trabajo y luego la encaminé a su casa... claro que llevaba un mes de mirarla y de hacerme notar.

También pasé una noche entera frente a su casa y también descubrí que desde la azotea de un edificio donde es fácil entrar, y que sale a una calle trasera, se puede ver la ventana de su cuarto.

Desde allí la veía a las siete de la mañana, cuando se levantaba y abría las cortinas. Por las noches, cuando notaba que estaba en su cuarto, yo prendía cigarrillos para que supiera que la miraba...

Una tarde la encaminé a mi departamento y se dejó llevar. Se dejó besar y la llevé en brazos a mi cama. Cuando la desvestí estaba casi desmayada y yo no pensaba en nada que no fuera ella, y al mismo tiempo no pensaba absolutamente en ella sino en mí.

Luego descubrí que era virgen y el asunto me molestó de tal manera, que me salí a la calle y la dejé encerrada. No quería que se fuera, pero me maldecía por haberla conocido y perseguido... esto porque toda la conducta de ella era imposible de interpretar, a menos de que la juzgara completamente imbécil.

Ella no era una niña. ¿Cómo era posible que no hubiera opuesto la menor resistencia?... Ni me hubiera he-

cho una pregunta, ni se hubiera tomado la molestia de saber las cosas que normalmente se preguntan a un hombre.

Regresé a decirle que era una retrasada mental.

Al entrar, la encontré tal como la había dejado, con los ojos abiertos y las manos encima de la sábana, cruzadas sobre el vientre.

Me senté en la cama y ella levantó una mano para tocarme la frente y la boca y me miró como si me reconociera.

Allí, en ese momento, la amé apasionadamente, y se lo dije, y la amé apasionadamente.

El pequeño Peter tenía una idea fija. La única en un mar inmenso de cosas que se le ocurrían pero que eran como barcas sin ancla; no se detenían jamás.

La palabra "sanatorio".

Aquello debía terminar y la forma de hacerlo era que Él dejara de ser lo que era. Esa cosa.

Si había algo que lo detenía era otra frase de la conversación escuchada en la tienda: "se sufre mucho". No importaba que Él sufiera mucho, pero era difícil que se prestara a ello. ¿Cómo convencerlo?

Otra cosa que lo sumía en la duda era su ignorancia de las relaciones verdaderas entre su padre y su madre. Claro que Él había tratado de matarla varias veces.

(Casi todos los días. No, no es así. Algunos días.)

Era cierto que ella daba la impresión de vivir entre el temor y la desesperación y que su vida parecía cien veces menos vigente que la de otros. Apenas respiraba.

Pero dormían en el mismo cuarto. Y cuando Él estaba desocupado la buscaba para hablar y ella condensaba aunque no escuchara... Un día, con gran sorpresa de su parte, oyó una carcajada corta que era indudablemente de ella y que venía como respuesta a algo que Él le dijo.

Peter no sabía si ella estaba lo suficientemente cerca de él como para pedirle "eso" y oscilaba entre una y otra conjetura.

Sin embargo, se lo dijo. Con pocas palabras, como hablaban ellos cuando querían entenderse, mientras ella

fregaba el suelo de la cocina y él, descalzo, cambiaba el cubo de agua cuando ésta se ennegrecía.

La reacción de su madre no fue de asombro. Peter debía saberlo, ya era un muchacho mayor, en cuanto a lo otro...

Peter sabía lo pasiva que podía ser su madre y este tipo de respuesta no era de las que prefería en ella, aunque de ninguna manera correspondía a una actitud negativa.

Su madre se levantó del suelo y se secó las manos en un trapo de cocina.

—Voy a decírselo.

¿Le diría que era iniciativa de él? ¿Importaba eso? Se le quedó el alma llena de inquietudes. Tenía miedo de que Él... ¿qué? ¿Qué podía hacer que no hubiera hecho ya? Sólo que una de las peculiaridades del miedo es que se mueve en forma repetida. Es repetitivo, olvidadizo y constante. No disminuye, crece.

Pasaron varios días y no hubo en casa cambio aparente. ¿Se lo habría dicho ya?

El doctor hablaba menos cuando se sentaba con ella cerca de la ventana, mientras que ella parecía hablar un poco más, sin soltar su costura, ese viejo pretexto aceptado y degenerado.

Lo de hoy fue la felicidad sin dejar lugar a duda. Elena estaba resfriada y yo la cuidaba sinceramente, sin doblez, sin más deseo que servirla.

Hubo un incidente curioso. En las manos de Elena hacía rato que estaba una liga; se la enredaba en los dedos, la estiraba, a veces la subía por el brazo como una pulsera. Yo la observaba desde la cocina mientras preparaba la merienda. Su perfil era de lo más suave y tranquilo que había visto nunca...

De pronto, al acercarme para traerle su cena, me dio un certero ligazo en un ojo. El proyectil era una bolla plateada del papel en que vienen envueltos los cigarrillos. Se quedó serio un momento y luego empezó a reírse. Yo también reí.

Elena tiene buen carácter en general, pero es difícil verla excitada o entusiasta.

Esa noche contó chistes, hizo imitaciones perfectas de algunas personas que conocemos ambos y accedió a quedarse hasta después de medianoche.

A esas horas la llevé hasta su casa, bien envuelta en su abrigo y con el más grueso de mis sacos sobre los hombros.

De regreso venía yo silbando. Ahora, antes de dormir, quise describir la felicidad.

El doctor fue al sanatorio.

Avisó a su clientela, sacó dinero del banco, hizo su equipaje y partió muy de mañana, sin despedirse de sus hijos.

La madre del pequeño Peter durmió hasta muy tarde. Tal vez se pasaron la noche en vela, hablando, o también hubiera podido ser que esa mañana hubiera tenido el primer sueño tranquilo en varios años.

George quiso despertarla varias veces. La casa en silencio, con los adultos lejos, en otro mundo, aunque fuera el del sueño, le producía angustia.

Peter se angustiaba también, pero en forma muy distinta. Sus preocupaciones, sus oficios sobre la tierra, estaban centrados en Ellos dos, pero juntos. Si él se hubiera ido a vivir con su padre, su padre no le hubiera despertado el más mínimo interés. Ahora se quedaba con ella, ¿cómo funcionaría eso? ¿Habría entre él y su madre algo más de lo que se derivaba de la situación en que ella vivía?

Su madre apareció a las dos de la tarde ataviada con un vestido que ellos no conocían. Un vestido color naranja.

Dio los buenos días y se dirigió al tocadiscos que había sonado una sola vez: la Navidad antepasada cuando vinieron unos parientes de su padre a comer con ellos.

Ahora puso otro disco del que ellos no tenían noticia, era de músicaailable.

Los dos niños se sentaron en el sofá para examinar cómodamente el inusitado espectáculo. Ella fue a la cocina y se preparó un café.

Peter tenía un nudo en la garganta y las manos sudorosas: ¿por qué era tan bonito esto?

George llevaba el compás con un pie y tenía cara de cumpleaños, o de desfile, o de fiesta de brujas.

Peter pensó en su padre.

(¿Será cierto que se sufre mucho?)

Tuvo ganas de acabar con la música, de romper el vestido color naranja. Él era hijo de su padre. Ella era, sin dejar lugar a dudas, aquella palabra que su padre le había gritado tantas veces y de la cual él sólo sabía que era obscena.

(¿Qué querrá decir sufrir mucho?)

Regresó la madre y los miró con unos ojos que tampoco habían visto. Eran castaños y verdes y dentro de ellos, no se sabía cómo, había una lucecita.

—Vamos a aprender a bailar.

George se puso en pie inmediatamente y, con un gesto confiado de bebé, le extendió las dos manos. Empezaron a bailar.

(Ella sabe bailar. Y nadie había caído en la cuenta.)

El pequeño Peter subió a su cuarto y desde allí escuchó una larga repetición del mismo disco.

También descubrió lo que quería decir "sufrir mucho", porque a pesar de la conciencia que tenía de que aquella demostración de felicidad era inadecuada, se sorprendió deseando muchas cosas: tener amigos, cambiar de pueblo, que la hija del granjero le ofreciera de nuevo el pañuelo y, sobre todo, aprender a bailar.

Hoy estuve esperando a Elena durante una hora en mi departamento. Dijo que vendría a las doce del día y llegó a la una. Yo tenía la puerta abierta y desde mi mesa de trabajo, donde no trabajaba, oí sus tacones y un ruido de papel de envolver.

Ella me dijo que aprovecharía este día para ir de compras porque está de vacaciones, pero que estaría aquí a las doce y no estubo.

Entró sonriendo y me tendió un paquete. Yo lo hice a un lado y fingí que no podía distraerme.

Ella se sentó y empezó a hojear un libro. Luego noté que una página del libro le había llamado la atención y estaba leyéndolo. Entonces destapé el paquete, que con-

tenía una camisa a cuadros, muy fina. Ella levantó los ojos inmediatamente. Se le iluminó el rostro.

—¿Te gusta?

Yo, en vez de responder, tiré la camisa por la ventana, con todo y papel. Luego le dije a ella que se fuera y abrió la puerta.

No quiso irse. Cerró la puerta y apoyada en ella empezó a llorar a gritos.

La dejé llorar. Salí del departamento, como si me fuera por no estar junto a ella, y alcancé la calle. Allí estaba la camisa tirada y la pisé.

Caminé hasta la esquina; allí me di vuelta y regresé a mi casa después de haber levantado la camisa.

Cuando entré, ella seguía llorando. Me puse la camisa, le dije que me la abrochara y lo hizo.

Luego la invité a comer fuera y no se habló más del asunto.

Empezaron a hacer paseos por el campo. El pequeño Peter llevaba en su vieja mochila lo necesario para que comieran los tres. El peso de la comida era una excusa para quedarse atrás. Caminaba con los ojos en el suelo, pero con alguna retina oculta los miraba.

Ella tenía el paso rápido y corto. George trataba de seguir el ritmo del paso de la madre y, cuando llegaba a un sitio peligroso o donde el suelo era resbaladizo, no se agarraba de su mano sino de su falda.

(Es un maldito bebé y no le importa hacerlo.)

Ella cambió de peinado o tal vez no quería peinar-se. Todos los días se cepillaba el pelo como si fuera a recogerse en la forma habitual y terminaba por dejárselo suelto. Era un cabello negro y tal vez sedoso; el pequeño Peter no recordaba la textura del pelo de su madre.

(Debo de habérselo tocado cuando era verdaderamente pequeño. Más pequeño que George.)

Llegaban al lugar adecuado. El que era adecuado para ella y para George. Peter lo encontraba lodoso o el viento soplabla demasiado fuerte y estaba poco resguardado, o faltaba un tronco donde sentarse, pero no lo decía.

(Yo soy un leñador y estoy cansado. Saco mi pan, me lo como y no soy exigente.)

La madre de Peter se acomodaba en el suelo.

No le importaba la humedad del musgo ni la dureza de un pedazo de roca. Su cuerpo parecía amoldarse a cualquier diferencia en el terreno; se amoldaba. Comía con una distracción que era igual al olvido o a la concentración, con los ojos clavados en el cielo o en los árboles si las ramas se cerraban sobre ella. George se sentaba a su lado y comía en silencio, mientras Peter, el leñador, masticaba su trabajado pan un poco más lejos.

A George le gustaba cubrir de hojas doradas el vestido de su madre y la adornaba con pedazos de plantas parásitas. Cuando ella había terminado de comer y abandonaba su cuerpo sobre el suelo, hacía una red de hilos de heno que iba desde su frente hasta los hombros...

(Parece una pastora. Nunca antes había parecido una pastora.)

—Mamá, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

Lo dijo sonriendo con la peligrosa, con la terrible sonrisa de la juventud y se quedó con los labios abiertos y los ojos abiertos como lagos y adornada de hojas y de líquenes y sin ninguna flor.

El padre no escribía ni una línea, su actitud iba convirtiéndose en un misterio.

Era indudable que había ido al sanatorio por su voluntad, pero también lo era que sus sentimientos hacia su familia no eran cordiales. La madre de Peter sostenía una correspondencia más o menos regular con el director del sanatorio, y su rostro, cuando leía las cartas, que eran breves y corteses, era inescrutable. Tampoco hacía comentarios, pero mientras avanzaba la primavera empezaba a sentirse la inminencia del regreso del padre con la misma seguridad implacable con que se presentaban las estaciones del año.

Peter estaba, ¿se sentía?, ¿creía estar?, completamente solo.

Iba al pueblo, volvía, asistía a la escuela, compartía la vida de la casa con su hermano y su madre. Inevitablemente meditaba.

Meditaba en que ante la soledad, la desesperada sensación de habitar con la angustia que se tiene en el pecho, estaba en aquellos momentos en que esperaba, tendido en su cama, que llegara la ocasión de proteger a su madre.

Luego había estado en la escuela, en el jardín, en el camino que lo llevaba al pueblo.

(En aquel charco.)

Ahora la sensación se había diluido porque había una cosa, un motivo que la hacía concreta. La soledad, llena de musgo y líquenes, era la ausencia de Él. Porque la presencia, la luz en el consultorio, la amenaza subiendo la escalera, significaba algo muy hondo aunque en apariencia fuera insoportable.

Peter sentía nostalgia y nadie más la sentía como él. George y su madre no caían en la cuenta de que todo lo que era inteligente y refinado, todo lo que a pesar de ser crueldad era abnegación, era profesionalismo y masculinidad, faltaba cuando el doctor faltaba.

(Son como tontos. Son... vulgares.)

Sería terrible ser huérfano, sería estar siempre con ganas de perder el tiempo, de jugar; sería la infancia inacabable y burda.

Peter trabajaba como un hombre y casi tenía la fuerza de un hombre. Su madre y su hermano vivían con placidez porque la responsabilidad era toda de él.

De él que soñaba con huir por el jardín sin que la huida pudiera detenerse, que se contenía a menudo para no herirlos, porque quería perder su confianza para siempre, no merecer su agradecimiento, no tener motivo alguno para pasar por alto la felicidad de ellos y disculparla.

Se encerraba en el consultorio horas enteras y se complacía en limpiar papeles sin alterar el orden y el lugar, en ordenar papeles, en barnizar el escritorio sin que días después alguien pudiera imaginar que lo que contenía la mesa se había puesto en la alfombra para no variar su colocación...

(Ah, yo soy como Él. Soy como Él.)

Después iba a su cuarto y redescubría: que era niño, que era ignorante, que era...

La conclusión más clara que sacaba era la de que los seres humanos, por más sabios que sean, nunca pueden prever el rostro que tendrá la soledad cuando se hace presente.

Elena sabe perfectamente cómo odio las mañanas, la sensación repulsiva que me sobrecoje cuando despierto y tengo forzosamente que recordar el sitio en que me encuentro, cómo me llamo, quién soy. Para evitarla, sería capaz de no dormir jamás.

Sin embargo, Elena se niega con una tenacidad positivamente idiota a despertar conmigo. He llegado a suplícárselo sin tomar en cuenta el principio general de mi conducta, que tiende a exigir y no a pedir.

Por favor, le he dicho. Elena me mira con los ojos ennegrecidos y sin expresión y se niega.

He razonado con ella de mil modos. Si es capaz de quedarse conmigo hasta pasadas las tres de la mañana sin preocuparse por el reproche que su madre seguramente le hace, ¿por qué no quedarse tres, cuatro horas más?, ¿por qué no dormir entre mis brazos para que cuando yo despierte sepa que está conmigo y tal vez me hable, o me haga reír o hagamos el amor?

Elena es obcecada como pocas personas y lo que más me indigna es que esto que para ella tiene tan poca importancia para mí es vital. Se lo he dicho ayer y ha sonreído vagamente.

No amaneceré un día más y ella sonríe.

Pues bien. No amaneceré un día más. Lo repito y lo cumpliré.

El doctor llegó una tarde calurosa. La lluvia no se arriesgaba a caer y el aire era polvoroso y amarillo.

Lo vieron desde que venía por el camino. Había adelgazado notablemente y le costaba trabajo sostener la maleta negra que colgaba de uno de sus brazos. En el otro, llevaba su abrigo. Dos veces cambió el peso de la maleta de un brazo a otro mientras lo observaban. Hacía tres días que estaban esperándolo.

Desde que llegó la noticia de su regreso, Peter y su madre dejaron de hablar, George, en cambio, se comportó

taba con naturalidad. Ahora George salió a su encuentro mientras los otros dos miraban sin moverse.

El doctor saludó a su hijo menor. Desde lejos vieron cómo le tocó los cabellos con la mano en que llevaba el abrigo.

George hablaba y hablaba. Peter tuvo miedo. Pensó que estaba contándole todo, los paseos por el campo, las clases de baile, los años que tenía su madre.

La miró. Allí estaba ella, con los cabellos sueltos, con el vestido que nunca se había puesto.

(¿Sería para que Él la viera? ¿Todo este cambio habría sido para recibirlo? ¿Quería prepararse para recibirlo desde el mismo día en que se fue?)

Era un rostro en el que nada podía discernirse, pero los ojos hablaban de una infinita mansedumbre y los labios decían expectación.

(Se merece que la ahorque cuando tenga ganas. Yo haría lo mismo.)

Estaban de pie en la puerta, como cuando llegaba una visita. El doctor se cambió de mano la maleta y George seguía hablando.

(Este maldito, maldito niño.)

Cuando Él llegó a la puerta, George seguía hablando. Puso la maleta en el suelo del vestíbulo y los miró. Los ojos se le habían muerto para siempre.

¿Fue con la mano? O sólo con su deseo, pero hizo señal de que lo dejaran pasar. Los dos se hicieron a un lado y Él entró sin ruido. Directamente al consultorio, donde se quedó toda la tarde, toda la noche y muchas otras noches.

Esa noche, esa madrugada, Luis creyó que yo iba a quedarme en casa. No soy lo suficientemente débil. La sangre que perdí era menos de la que me sobraba.

Cuando lo hice ya no estaba furioso. Fue con una especie de curiosidad certera. La herida es mínima.

Pero a lo largo de la noche, cuando el estúpido me llevó a la Cruz Roja y tuve un incidente con un médico más estúpido aún, me indigné de nuevo, pero esta vez

contra ella en una forma más directa. Toda la tarde la había odiado, pero el odio venía dirigido a mí antes que a Elena.

Cuando llegué a mi casa y vi todo lo que había roto, sentí el sobresaltado deseo de la crueldad. Había roto papales que... bueno, era un pedazo de novela que, si bien puede no significar nada para nadie, en ese preciso momento caí en la cuenta de que para mí quería decir mucho.

Además, Elena no era capaz de haberse ido a dormir. Yo lo sabía. Estaba en su cuarto, con insomnio, con la luz encendida y la ventana abierta.

Primero fui al edificio desde donde se ve su ventana. Elena estaba frente a ella con los ojos fijos en el lugar donde yo me paro. Gocé un poco la idea de que mientras no prendiera un cigarro, ella no sabría que yo estaba allí. Al fin prendí el cigarro y ella levantó la mano como un saludo, pero era una llamada.

Jamás había permitido que fuera a su casa alegando unas razones que no eran del todo despreciables, pero que ella recitaba sin convicción, y eso me parecía irrisante. Ahora me llamaba.

Pensé llegar sin prisa pero no pude lograrlo. En cuestión de segundos caminé la media manzana que nos separaba y llegué a su puerta sin aliento.

Estaba allí, vestida como para salir, pero al verme con la camiseta manchada y el brazo vendado, creo que maquinalmente me dejó pasar. Entré a una sala a oscuras y sentí que su mano buscaba la mía para guiarme, subimos por una escalera de madera y llegamos al cuarto de ella, que seguía encendido.

Había una cama, una mesa de noche y un sillón. Todo feo, todo con aire de vejez y sin dignidad.

Se me ocurrió un comentario desagradable, pero me sentí sin ánimos para hacerlo, aunque era una verdadera tentación la de hablar en voz alta para que despertara su madre y me encontrara allí.

Ella se sentó en el sillón, yo tuve cansancio y me tendí en la alfombra. Desde el suelo, con los ojos entrecerrados, podía verle la cara. No resistí la idea exhibicionista de cubrirme la frente con el brazo vendado. Así me quedé dormido.

Desperté a las seis de la mañana y Elena estaba en el mismo sitio. Me puse en pie y ella también.

Otra vez su mano buscó la mía para conducirme por donde habíamos pasado antes. En la puerta la miré y vi que tenía el cabello pegado al cráneo, como si hubiera sudado con exceso.

Me fui sin hablarle, pero me pareció que al alejarme, ella, además de cerrar la puerta y de constatar que estaba bien cerrada, la aseguró por dentro con un pestillo del que indudablemente colgaba una cadena.

Por el camino, pensaba con satisfacción que al fin había despertado junto a ella.

Después de esto, sin embargo, sin que sea posible equivocarme, me ha amado. Me ha mirado, me ha besado con amor y yo he sentido la entrega interminable del amor, esa cosa dolorosa y feliz que se prolonga a lo largo de la presencia de alguien y crece en su ausencia.

Elena parece más dócil y dispuesta que nunca. Me ha permitido hacerle varios dibujos sin que hubiera tenido que discutir para convencerla. Lo hizo por complacerme y sin mostrar incomodidad o molestia. Además, es hermosa. Me gusta que se bañe en mi casa y poder entrar a verla y ver sin cansancio, sin deseo, con simple atención, cómo se le resbala el agua sobre el cuerpo.

Esto debe, tiene que ser la felicidad. Nada me niega, nunca llega tarde, respeta mi silencio, habla animadamente cuando presente que así lo necesito y a monosílabos cuando así lo quiero.

No se ha molestado ni siquiera por un hecho que, aunque es trivial, para algunas mujeres tendría mucha importancia.

Resulta que de mis miserias entradas de dinero, la más importante provenía de una clase de inglés que le daba a la señorita Jiménez.

Esta señorita tiene cuarenta años y decidió aprender inglés porque se enamoró de mí. Vive cerca de la tienda donde compro la mayor parte de las cosas que necesito para comer y fue ella la que me propuso que le diera clases.

Elena lo ignora como también ignora la forma en que yo me comportaba con esta persona.

Me dio un horario que yo acepté y no cumplí nunca. Le decía que iba a darle la clase a tal hora y llegaba dos horas después, o por la tarde del mismo día...

La señorita Jiménez empezó a comerse las uñas con todo y pintura y a hacer una serie de movimientos nerviosos con la boca. Pero no me despedía, ni renunciaba al placer de verme, a más de pagarme religiosamente.

Esta mujer padece una total negación para el idioma inglés y en varias ocasiones he debido poner toda mi voluntad para no reírme o pegarle una bofetada al oírle pronunciar en esa forma asquerosa palabras de uso común. Parece un pájaro empuñado en tocar la flauta.

A lo largo de seis meses aprendió unas veinticuatro palabras y a conjugar dos verbos. En cambio, el otro día me hizo una declaración amorosa en toda forma. Hasta me informó de la cantidad de dinero que tiene en el banco y el que recibe mensualmente de sus casas. Unas horribles casas en una barriada.

Nunca me ha dado tanto placer privarme de algo como del dinero de esta harpía. Rehusé el ofrecimiento, que no sólo era amoroso, porque sé trataba de una proposición matrimonial, cuidando de poner el énfasis debido en los motivos que me impulsaban, y sin olvidar, por supuesto, detalles como su edad, que ocultaría más cuidadosamente si supiera aritmética (nunca sabe en qué año nació), y su escasa belleza... Renuncié a la clase.

Elena no se inmutó cuando se lo dije, ni siquiera porque sabe que para que pueda subsistir mientras encuentro otro trabajo, deberá darme algún dinero.

No digo que ésta sea una prueba de amor, pero es algo que se le parece, porque las mujeres son naturalmente avaras y no ofrecen dinero más que a la gente que aman o para comprar a aquellos que pueden impedirles el amor.

La verdad salió a plena luz, o por lo menos, eso fue lo que sintió Peter. Ahora no había un pretexto para expli-

car lo que pasaba, ya no existía la conversación siempre sabida que había escuchado en la tienda el año anterior.

El doctor estaba la mayor parte del tiempo en su consultorio, aun cuando no tenía clientela. Peter lo había espionado. Ya no leía sus libros y la correspondencia se amontonaba sobre la mesa. Pasaba largas horas inmóvil, sentado frente a la puerta de madera que daba al jardín.

(El ciruelo está florecido. Va a empezar a dar frutos y Él no lo sabe.)

Ya no miraba por la ventana, ni hablaba con su madre de todas aquellas cosas que no sabía si eran imprevisiones o recuerdos. Se veía las manos; de vez en cuando, las movía para aliviar un posible entumecimiento. Otras veces, su cuello, que sobresalía del sillón, temblaba ligeramente.

(Se sacude como un pescado muerto.)

Peter no podía imaginar las torturas que su padre habría pasado en el sanatorio, pero sabía las que pasaba en casa y empezó a intuir la actitud del doctor.

Se había sometido al tratamiento porque razonó que su mujer y sus hijos tenían derecho a pedirselo, pero no estaba dispuesto a nada más.

Su tristeza era empecinada y orgullosa, su silencio el desprecio que siente la víctima ante el verdugo.

(Ha sufrido mucho. Yo lo he hecho sufrir mucho.)

Nadie que no tuviera una tristeza así era capaz de perdonar, y Peter no anhelaba el perdón, ni siquiera se atrevía a esperar.

La madre de Peter tuvo un nuevo cambio: el abandono. Nunca estaban planchados sus vestidos y daba la impresión de que dormía con ellos puestos. Una noche, Peter la vio entrar a su cuarto con un bulto de ropa sucia, como si fuera a esconderlo. Días después lo descubrió tirado en un rincón.

La comida estaba reducida a su mínima expresión. Nadie comía, aparte de George, y éste lo hacía con cierta timidez, como un blanco en cena de negros.

Cierta madrugada, al pequeño Peter le pareció escuchar un ruido y al bajar la escalera se encontró con su

madre, en bata de dormir muy limpia y planchada, dando vueltas por la sala.

Al verlo se detuvo y habló con la voz ronca.

—¿Ves lo que nos hemos hecho a nosotros mismos? Tu padre está encerrado con llave y no quiere abrirme. He venido a buscarlo casi todas las noches. Nos odia. Dejará de odiarnos cuando pueda demostrárnoslo sin ningún pudor. Cuando decida volver a inyectarse. Entonces empezaré a vivir como si fuera a morir todos los días, pero viviré. Ahora estoy muerta.

Siguió hablando, repitiendo lo que había dicho ya, mientras subía la escalera, y Peter pensó que estaba loca. (Es un fantasma. Ahora sí podría morir.)

Luego, tuvo un instante de alivio, cuando el frío le llegó por los pies descalzos. Todos sufrimos mucho.

Elena tiene una forma curiosa de eludir una respuesta cuando no quiere darla... en realidad no la elude... Le he preguntado si quiere casarse conmigo. Cuando lo hice la primera vez me miró con asombro y yo sentí que caía sobre mí una ola de sinceridad. Estaba en la cama, a su lado, y ella descansaba la cabeza sobre mi hombro sin hablar. Le dije la verdad, o lo que yo pensaba en ese momento que era la verdad.

Que era un golfo. Que había empezado a estudiar dos profesiones y que las había abandonado abruptamente sin poder siquiera explicar por qué. Que mi padre se había sentido con derecho a reclamármelo con violencia y que una vez, la segunda, yo lo había abofeteado. Que él me había dicho que yo estaba loco y que yo había actuado con locura entre otras cosas para darle la razón y que había pasado quince días encerrado en el sótano de mi casa.

Que había sido soldado, que había sido campesino, obrero y que ahora era lo que aquí llaman escapistas.

Un norteamericano aterrizado que ve en México no la ciudad, sino el desierto donde se persigue a sí mismo. El país donde no da vergüenza ser extravagante o morirse de hambre.

El hambre a veces se alimenta de la caridad o de la indiferencia de los mexicanos, el hambre del que nunca piensa qué es caridad o indiferencia porque no piensa en ellas.

El norteamericano que trae la tradición de no robar y de no mentir, pero como es actor nato y vividor, miente y roba cuando respira, cuando come, cuando camina por las calles vestido en forma diferente de los demás, con otro idioma en la boca y sin querer creer que los otros, entre risas y desconfianzas, no se cuidan de él y en el fondo lo aceptan.

Elena terminó por besarme en la boca y hacer el amor conmigo.

La misma escena se ha repetido tantas veces que ya perdió importancia. He llegado al extremo de proponerle matrimonio entre risas, ya previniendo lo que pasaría después.

Pero la respuesta verbal no ha venido jamás.

Diré, para no exagerar, que el cuerpo de Elena acepta plenamente mi proposición.

Otra cosa curiosa de Elena es que nunca habla de su madre sino cuando viene a cuento por razones extrañas a su voluntad.

Nunca ha querido que me conozca, alegando que inmediatamente caería en la cuenta de nuestras relaciones y eso le produciría un fuerte disgusto, lo que me explica por su carácter puritano y sus inclinaciones religiosas; aunque no es una católica militante.

Sé que es viuda, relativamente joven y vive reclusa en su casa, gozando de una mínima pensión que le dejó su marido.

Hablar del padre de Elena es asunto todavía más difícil; hasta este momento, nunca ha habido la menor referencia en nuestras conversaciones y la verdad es que tampoco hace falta. Murió hace nueve años.

Tengo a Elena. Verdaderamente la tengo y es más mía que nadie, que nada. No importa que sea cierto lo que le he dicho.

Soy un golfo. Soy inexplicable, pero ella me quiere.

El padre de Peter era, cada vez más, un sonámbulo. Su palidez, la reducción paulatina de su carne, la aparente ceguera de sus ojos, aumentaban cada día.

Para él no había ilusión posible, no deseaba nada, nada intentaba. Su trabajo era un tormento más que no lograba distraerlo.

Peter creía en un principio que su padre pensaba en una sola cosa; luego llegó a la conclusión de que no pensaba en nada.

No podía vérselo sin compararlo con una delgada figura imaginaria que con los brazos extendidos al frente, camina por calles y calles sin que nada sea obstáculo; sube a las azoteas, brinca cercas y cruza los riachuelos sin saber que el agua le empapa la ropa. Pobre sonámbulo que regresa a meterse en su lecho, cansado de no saber qué cansancio y herido no sabe de qué arma.

Peter quería el desorden por puro instinto de conservación.

Y el desorden vino. Una madrugada escuchó el timbre que hacía meses no sonaba y despertó sobresaltado. Fue al cuarto de su madre y allí la vio con un hilillo de sangre junto a la boca mientras que el doctor, de pie frente a ella, la amenazaba con el puño cerrado.

El doctor tenía los ojos incommensurablemente vivos, como quien despierta de una larga anestesia, o como quien regresa de una batalla donde la vigilia ha sido indispensable.

(Ojos sin pestañas. Sin párpados.)

Su padre cayó en la cama sin cerrar los ojos y ella dio un suspiro de alivio. La tensión del momento peor había pasado.

El pequeño Peter volvió a su cuarto y supo que aquello sería interminable, porque ésa era la vida de ellos. Que vendría otro viaje al sanatorio, otro regreso y otra recaída. Soñó con círculos, con cosas circulares que eran ruedas, un tióvivo, el blanco y cuidado foro de un circo donde la dignidad humana se perdía en desafíos de muerte.

Después de leer y traducir lo más someramente que pude los apuntes de Rob que tenían cierta ilación, toda mi atención se concentró en Elena.

Tuve la mala idea de ir a su casa justamente ahora que ella estaba de vacaciones, si es que era cierto, y buscar a su madre. Las madres hablan de los hijos con facilidad, con gusto. Sabía que de Elena no sacaría nada y que lo más probable es que mi visita le hiciera mala impresión, o que no me recibiera. Mi último recurso era su madre.

Me presenté en su casa una tarde, como ocho días después de que me habían traído las cosas de Rob, con el temor de que ella me abriera la puerta.

Era una casa de dos pisos, construida en una porción de terreno increíblemente pequeña, tanto, que el ancho que daba a la calle no podía pasar de cuatro metros. Como vi después, abarcaba un pasillo de mosaicos y la sala, que era mínima.

Si es verdad que las cosas hablan por las personas, ésta era una verdadera delación, no se sabía si de la personalidad de Elena o la de su madre.

Todo estaba limpio en aquella sala, sin embargo, uno no deseaba tocar nada por temor a ensuciarse de algún imprevisible modo; porque todo, el sofá, los dos sillones, la mesa donde se veía un periódico de fecha atrasada, era viejo y como irreparable, pues aquellos muebles, cuando fueron nuevos, debieron ser bochornosamente chillones y vulgares. Sin embargo, la madre de Elena no lo era. Desde que me abrió la puerta y me invitó a pasar sin que yo me hubiera identificado como amigo íntimo de Elena y sin escuchar bien mi nombre, supe que no lo era.

Pregunté por Elena y ella dijo simplemente:

—Pase usted.

Temblé pensando que iba a llamarla y que Elena aparecería en cualquier momento, pero ella se sentó frente a mí y empezó a hablar.

Tenía una peculiar forma de expresarse y una forma igualmente extraña de mirar. Miraba con los párpados caídos hasta la mitad del ojo y esto daba a sus cejas

una expresión irónica enteramente falsa. Hablaba mucho y, para decepción mía, su intención era saber, no revelar.

—Elena ha recibido una excelente educación. Su padre y yo hicimos por ella todo lo que puede hacerse por una hija que se adora. ¿Sabía usted que Elena es maestra de historia? Es graduada y tiene una mención —hizo una corta pausa en que yo moví negativamente la cabeza—. Sí. Y ¿sabe usted dónde está su título? ¡En el cajón donde guarda su ropa interior! Elena nunca ha dado una clase de historia aunque no le han faltado oportunidades —la señora se alisó el pelo: ella era la que había tenido las oportunidades, Elena la que las rechazaba—. Y cuando le dije, para animarla, que debía buscarse un empleo, se buscó ese empleo miserable donde no puede lucir lo que sabe. ¿Por qué?

La pregunta no era retórica, era la pregunta que quería que le contestaran y además inmediatamente.

—No sé.

—Es usted el primer amigo de Elena que pisa esta casa en siglos y no sabe usted eso.

El tono era de burla triunfal. Me asustó un poco, pero vi en el comentario una forma de averiguar algo. Por otra parte, la palabra "siglos", en boca de aquella mujer, tenía esa connotación. Tal vez Elena y su madre eran supervivientes de otra era.

—Hay muchas cosas de Elena que no sé, pero quisiera saberlas.

Los ojos de la señora fulguraron. Quería saber, pero quería delatar, y entonces supe que hablaba con una persona atormentada por el más violento rencor.

—Y ¿sabe usted lo que hizo Elena con sus novios? Elena ha tenido tres novios en doce años. Todos ellos eran personas gentiles, atractivas, correctas, de buena familia... Yo me hubiera casado con cualquiera de ellos... Ella, en cambio, se divertía. En principio aceptaba las relaciones, luego, empezaba a posponer el matrimonio, y finalmente, decía que estaba enamorada de otro, con el que hacía lo mismo. A todos los ha tenido en cadena. Sólo que...

Ambos pensábamos en Rob. Yo no sabía hasta qué punto había claridad en los pensamientos de ella. Añadió...

—Eso sí lo sabe usted.

No caí en la trampa.

—¿Qué cosa?

—Lo del gringo. Ese gringo que seguramente está de vacaciones con ella en este momento.

Sus ojos brillaron de nuevo y aquella vez había dolor en su voz.

—No hubo forma de impedirlo. Lo sabe usted, ¿verdad?

Lo que no sabía era si decirle que Rob estaba muerto y enterrado desde hacía varias semanas y que yo no tenía la menor idea de con quién y dónde estaba pasando las vacaciones Elena. Pero cometí un error.

—Sé que era novia de un americano.

—Eso ¿qué quiere decir?, ¿que ya no lo es o que hace tiempo que usted no la ve?

Venía dispuesto a mentir, pero en ese momento quiso decir la verdad, o una forma de la verdad...

—Que ya no lo es.

La señora se rió en forma inesperada. Amargamente, pero con aire de triunfo. Ella ya lo sabía.

—Entonces usted es un enviado de él. Me imagino cómo debe de ser ese americano. Alto, rubio, infantil, dulce como la miel y sin carácter. Elena estuvo jugando con él y ahora... —el tono volvió a ser doloroso— quién sabe con quién anda.

El retrato que acababa de hacer era tan opuesto al original que sonreí. No sabía si Elena jugaba con Rob, pero si jugaba, era una ocupación tan peligrosa como jugar a ser blanco de un lanzador de puñales inexperto.

—Es usted muy inteligente. Sí soy un enviado de él —lo era, en cierta forma.

—Pobre gringo. Elena no volverá nunca. Es lo mismo de siempre, aunque... —pensaba seguramente en las noches que Elena llegaba tan tarde.

—Esto era un poco diferente —vaciló—. Los novios de Elena venían siempre a la casa. A éste no quiso traerlo, ni siquiera aceptar que era su novio. Estuvo moles-

tándome de mil maneras. No quería contestar preguntas. Pensé que... hasta que una noche... —se cubrió el rostro con las manos— ¡Qué vida de dolor y vergüenza! —se descubrió el rostro y siguió hablando sin abrir bien los ojos— Pero eso usted debe saberlo —no era una pregunta, de manera que no contesté nada—. Una noche, el gringo entró aquí. Yo pensé... —tomó aliento, ánimos— Yo soy su madre y pensé que tal vez... algún día... después... se casaría con ella. Por eso no di señales de haber oído. Hubo mucho silencio. Tuve curiosidad porque las paredes de esta casa son delgadas y todo se oye, y, sin hacer ruido, fui a mirar por el agujero de la cerradura —confesar esto hubiera ruborizado a muchas personas, a ella, no—. Vi a Elena sentada en un sillón y las piernas de él en el suelo. ¿Se lo imagina usted? Perdí toda esperanza. Y me alegré, después de todo, porque no era cierto que era su... ¿lo era?

—No lo sé —me miró con rapidez. Esos ojos eran mucho más rápidos y más certeros que un disparo a mansalva. Mentí—: me parece que no.

—Entonces, ¿qué hacían juntos hasta las tres de la mañana?

Me sentí pequeño y pueril.

—Tal vez... hablaban. La gente habla mucho cuando está enamorada.

De nuevo aquella risa.

—Enamorada... ella no lo ha estado jamás. Yo... sé lo que es eso —inesperadamente, la voz se volvió petulante y empezó a hablar más ronco y más despacio. Me parecía sentir que el aliento se le había entibiado y que aquella mujer no conocía ni la histeria ni la nerviosidad—. Yo tuve un gran amor. Tuve veinte años de amor. Mi marido era fuerte y violento, tenía la voz gruesa y mal carácter. Si me hubiera apretado una mano con una de las suyas, me la hubiera roto. Tenía los hombros anchos, musculosos. No soportaba que nada sucediera contra su voluntad, le daban ataques de cólera y después era dulce como... una fruta. Era un hombre. Esa dulzura es la que vale la pena... no la de novios de Elena...

Me emocioné porque veía hablar como joven a una vieja y conocía por primera vez la grandeza de la femineidad y... por algo más: porque lo que esta mujer decía, era lo que ella y muchas como ella podían decir de Rob Marlon... El punto de vista masculino tal vez resultaría un poco diferente. También estuve a punto de llorar de emoción intelectual; descubriría una relación que había imaginado pero esto era la certeza.

—Si piensa usted eso, ¿por qué cree que Elena podría amar a uno de ellos?

La respuesta vino con dureza.

—Porque así los escoge. Yo tenía la esperanza... —se puso a llorar con largos sollozos; no me pareció extraño, lo esperaba— Ya no tengo esperanza... —decía—, ya no tengo esperanza...

Me pareció corto el tiempo de su llanto. Pensaba en lo afortunada que había sido esta entrevista, aunque realmente no había conseguido nada de lo que había ido a buscar.

Dejó de llorar y me miró con los párpados bajos, pero con una media sonrisa.

—Tal vez usted podría... —se levantó de golpe, como si el llanto la hubiera rejuvenecido un poco más— Voy a enseñarle algo, tal vez...

La oí subir los escalones con rapidez y yo temblaba. ¿Qué cosa iría a enseñarme ahora? ¿Sería precisamente eso? No quise hacerme ilusiones. La oí forcejear con una puerta, luego oí cómo se hacía pedazos una cerradura débil, como de hojalata.

Después se presentó con una deteriorada caja de zapatos, de cartas y tarjetas postales. La puso sobre la mesa donde estaba el periódico atrasado.

—Son de los novios. Pero hay una... ¿usted sabe inglés?

Buscó con destreza entre las primeras y encontró una tarjeta. Era una ciudad norteamericana con edificios blancos y el cielo muy azul. Recordé un corto viaje de Rob a su casa. La tarjeta decía así:

"Oodio todo lo que veo. Odio a todos. Quiero estar contigo y hablarte y sentir por una vez en la vida que alguien me escucha. Te adoro y no hago más que pensar en ti, y te deseo desesperadamente."

No era precisamente un texto adecuado para una tarjeta y lo traduje atenuándolo. Amante o no de Elena, ahora Rob estaba muerto, y de aquello, como de muchas cosas pasadas, ya nada era cierto. Ni el odio, ni el amor, ni el deseo de Rob tenían ninguna vigencia.

Empezaba a decepcionarme, a pesar de todo lo que había logrado, cuando tocaron la puerta. La madre de Elena se puso en pie con la viveza de movimientos que parecía ser característica suya.

—Es el lechero. No sé qué se ha creído ese hombre. Viene cuando quiere y toca de una manera...

Apenas salió de la sala metió la mano debajo del montón de cartas y allí estaba, milagrosamente, no sé cómo, lo que venía a buscar.

Lo saqué sin mirarlo casi y me lo eché a la bolsa. Tal vez hubiera podido pedirselo a la madre de Elena, pero no quería llamar la atención sobre él y pensaba leerlo con calma. Nunca me hubiera quedado contento con el solo hecho de constatar una sospecha, necesitaba saborearla. Por cierto que olvidé la llavecita que debía de estar también en el fondo de la caja; es el tipo de llave que nadie lleva en su llavero, pero no podía exponerme a que la señora regresara y me sorprendiera hurgando entre las cartas.

Cuando volvió nos miramos sin reconocernos. Hice una pregunta que imaginé sería trivial.

—¿Cuándo regresa Elena?

—Mañana.

Me estremecí, un día más y...

—¿Volverá usted a visitarla?

Yo, el enviado de Rob, me quedé pensando, con un fingido aire de vacilación.

—Tal vez no valga la pena.

—Se lo digo, no vale la pena. Cuando Elena deja de salir con alguien...

Me puse en pie. Tenía un enorme deseo de salir de aquella sala, de alejarme de aquella mujer y de aquella casa. Intenté halagarla.

—Usted debe de conocerla bien. Debe de tener razón. No querría molestar a su hija.

La duda se le asomó a los ojos.

—¿Se habrá ido con otro?

Me dio lástima.

—No piense usted eso.

Llegamos a la puerta. Allí me tiró un nuevo dardo con los ojos y murmuró.

—No ha podido usted ayudarme en nada.

Me fui pensando en ella. A pesar de que no sabía qué hacer con su hija, a pesar de que estaba desesperada a tal extremo que exhibía la intimidad de su hija con toda naturalidad, a pesar de que todo aquello era inadmisiblemente ante un extraño que había evitado pronunciar su nombre, se había dejado crecer el bigote y se había vestido en la forma más poco usual que le procuró su guardarropa para no resultar identificable, yo no la despreciaba ni sentía animosidad hacia ella.

El mundo está lleno de maneras peculiares de sufrir y ésta era la que le había tocado en suerte. Y, por si fuera poco, ¿cómo despreciar a cualquiera que haya vivido veinte años en estado de amor?

El diario de Elena era un librito rojo con una correa donde estaba el orificio para meter la llave que yo había olvidado. Era un diario de esos que venden en las tiendas grandes y que a mí sólo se me hubiera ocurrido comprar para regalárselo a una niña de once años.

Se supone que los adultos escriben en libretas, en hojas en blanco, qué sé yo dónde; este librito me escandalizó como si hubiera sorprendido a Elena escribiendo en las paredes. Y conste que si la hubiera sorprendido en esa situación, hubiera pensado que no estaba en su sano juicio.

Leí el diario con atención. Era lo que yo esperaba. Pero lo que se colegía de allí, iba más allá de lo que yo había pensado en una cualidad que Elena no transparentaba de ningún modo: la astucia.

Esa cabeza astuta dormía como serpiente en un mar de emociones que Elena, al igual que Rob, repasaba y sabía sin comprenderlas.

Era extraño pensar en dos personas que tienen en las manos la clave de su vida y no la entienden, pero

no la abandonan, como si esperaran que algún acontecimiento se las revelara repentinamente... un acontecimiento que ya no tendría lugar.

Transcribo las partes del diario de Elena que no están en su segundo diario, el cuaderno que encontré entre los papeles de Rob; el adulto cuaderno de la letra pareja y elegante, el que, después de todo, no era un diario.

Éste, el librito rojo, lo era en forma tan extrema que la letra se volvía infantil, caía hacia la derecha, hacia la izquierda, se levantaba, se volvía ilegible, y a veces llegaba a recurrir a la letra de imprenta.

Es evidente, también, que la idea del diario se le ocurrió a Elena cuando tuvo necesidad de comunicación, pero sobre todo cuando hubo de recurrir a un tipo de análisis que la llevó a las más terribles conclusiones.

## PRIMER DIARIO DE ELENA

El trabajo en la tienda se había vuelto lóbrego. Lo hacía mecánicamente y llevaba una idea curiosa del tiempo. Yo soy la única de las empleadas de mi departamento que no sale a comer. En esos días, entraba a las diez de la mañana y, sin saber cómo, ya eran las seis de la tarde. Estaba contenta, pero en el fondo, sabía que aquella vida era sombría, como de luto. ¿De luto por lo que no he hecho?

Hasta que una mañana vi un hombre que me miraba. Era el americano más hermoso que haya pisado el departamento de ropa de señora de una tienda. Era el hombre más hermoso que había visto, tanto que no pude evitar un comentario.

Yo nunca había dicho nada así. Esta vieja, vieja, aburrida, cansada Elena.

Volví a verlo cuando salí de la tienda. Me siguió hasta la casa. ¿Cómo puede un hombre resolverse a seguir a una mujer sólo porque la ve?

Esto es algo que... no me había sucedido antes.

Hoy, le dije a Leonardo que no fuera a buscarme a la tienda y que no viniera a comer a casa el domingo. ¿Cómo lo tomó? A mal, pero sin consecuencias. ¿Qué cosa es una consecuencia?

El americano me sigue por las tardes. A veces, a una cuadra de distancia. Se pasea frente a mi casa. La estudio como si preparara un sitio.

Prepara un sitio.

Ahora los días son largos. Me da hambre y como para pasar el tiempo. Hablo mucho. Necesito amistades.

He dicho a Leonardo que no vuelva. Es extraña la mirada de los hombres buenos cuando una mujer los rechaza: no creen en sus propios oídos.

Estoy segura de que piensa que esto se debe a una serie de desatenciones que me ha hecho. ¡Como si alguna vez hubiera tomado en cuenta sus impertinencias de hombre gentil!

Recuerdo que alguna vez, yo, pequeña, jugaba en el suelo con una serie de trastos de barro. Mi padre caminó descuidadamente por donde yo jugaba y, sin darse cuenta, pisó un platito. Me acerqué a examinarlo y estaba hecho polvo, lo soplé y era polvo rojo y brillante. Éstas son las distracciones que hacen pensar. Las de Leonardo son insignificantes. No me atreví a decir nada. Si hubiera llorado por mi plato de barro, mi padre me hubiera juzgado idiota, me lo hubiera dicho.

Recuerdo que me reí mucho, hasta que él también se rió.

Es hermoso. Tiene la piel blanca y la barba negra es azul sobre su piel. Lo he soñado. En el sueño, yo decía: "Es un tigre, es un lobo, es un jaguar..." y dijera lo que dijera, siempre me refería a él.

Los días son pesados y extraños. No respiro. Me imagino que siempre tengo un puñal a dos centímetros del pecho.

Ya no quiero amistad, no puedo decir nada, no entiendo lo que me dicen. ¿Qué me dicen?

Ahora sé que me espía desde un edificio por el que se ve mi ventana. No he vuelto a correr las cortinas. Lo vi una tarde y pensé que así debieron ser los dioses griegos. En todas partes para dejarse ver, para mostrarse.

Me he desvestido delante de sus lejanos ojos de dios griego con la seguridad de que podía verme.

¡Oh Dionisos, que conviertes a tus amantes en estrellas!

¿Hay hombres en el mundo? No se sabe, pero hay algunos dioses.

Mi padre se bañaba por las mañanas y ella esperaba que saliera del agua con una inmensa toalla blanca extendida. Lo envolvía en ella y cerraba los brazos alrededor de su cuerpo al tiempo de cubrirlo.

A él nada le llamaba la atención. A ella se le mojan las medias y los zapatos y seguía con ellos puestos hasta que empezaba a estornudar.

Él decía que no había nada más repulsivo que una mujer resfriada y ella lloraba. Nunca se sabía si tenía la nariz roja de llanto o de resfriado.

Pero al día siguiente, allí estaba otra vez con la toalla. Ese abrazo húmedo y encubierto era más, mucho más que todas las palabras hostiles.

Ahora bajo a la sala a las tres de la mañana y él está afuera. Despierto mecánicamente. Hay en sus hombros un descuido especial, una elasticidad curiosa. Viene caminando y se apoya en un poste. No mira hacia mi casa, sabe que es visto y admirado, que yo pienso en sus hombros.

Viene de un país donde los hombres no tienen miedo de enseñar su cuerpo. Lo he visto una mañana con los brazos velludos descubiertos.

Mis novios, como dice mi madre, "la congregación de novios de Elena", siempre llevaban saco y corbata y yo tenía la impresión de que estaban poco aireados por dentro y de que sólo se lavaban las manos en contadas ocasiones. No es verdad, eran personas muy limpias. O no tendrían cuerpo. No es verdad, debajo de la ropa debe de haber estado un cuerpo. Quién sabe.

Al salir de trabajar, me encontré a Leonardo en la puerta.

El otro, el dios, estaba unos cuantos metros más allá.

Leonardo me esperaba con una sonrisa, no lo saludé. Se quedó allí con su sonrisa, su corbata y su camisa blanca muy bien planchada, con gemelos de plata.

El otro, lentamente, sin ruido, sin esfuerzo, con un paso que va por todo lo largo de su cuerpo como un estremecimiento, un paso que se acaba y vuelve a empezar, echó a caminar detrás de mí.

Mi padre ponía dos nueces dentro de su mano y sin que cambiara la expresión de su cara, sin que los músculos de su cuello denotaran esfuerzo, volvía a abrir la mano y allí estaban las nueces, trituradas. Mi madre aplaudía.

Yo me comía las nueces con un vago sentimiento de náusea no física. Había que conquistar esas manos. Yo las acariciaba sin dejar de sentir mareos. Eran inmen-

sas, no podían cerrarse estrechamente, y sobre ellas corrían las venas desbocadas.

Había que besar esas manos hasta que se volvieran suaves, humildes, como un perro o un gato.

Para poder dormir, para poder respirar sin opresión, había que tener la seguridad de que las manos indómitas estaban satisfechas.

A veces lo estaban y Elena, con su tranquilidad com-prada, se iba a descansar y era una hipócrita.

Me siento hermosa. Aproveché el descanso de la hora de comer para comprarme ropa.

Hacía dos o tres años que me compraba sólo las cosas necesarias y sin entusiasmo.

...Un vestido azul rey, que me puse antes de salir a la calle, y otras cosas. Fui al departamento de cosméticos, donde compré un lápiz de labios y un nuevo producto para arreglarse los ojos.

Cuando salí me miré en un espejo largo que hay en el vestidor de las empleadas.

Si mis ojos vieran al igual que los ojos que me veían, estaría contenta; más bien orgullosa.

Mis compañeras me dijeron algún cumplido y nunca lo habían hecho.

Me invade la más grande felicidad física.

Siento el sol en el cuerpo y, cuando hace viento, me produce una sensación de irritabilidad muy agradable. Cuando me sigue, sus pasos van distribuyéndose sobre mi espalda y se quedan en la palma de mi mano.

Ya quería, necesitaba hablar con él. En vez de echar a andar lo esperé en la puerta, sin dejar de mirarlo. Su cuerpo se acercó animado por una repentina decisión.

Me preguntó si esperaba a alguien. Yo negué y empecé a caminar. De cerca es todavía más hermoso. Pierde una la idea de la inmensa armonía de su cuerpo para internarse en la maraña de su rostro: los ojos. Unos ojos

de color indefinido, que a la luz de la tarde son verdes, pero no sonrío. Es de los que miran y no sonrían.

Su voz no es ronca ni gruesa, es una voz que murmura, y todo lo que dice parece relacionarse con un sobrentendido que indudablemente existe.

Llegamos a mi casa. Dimos una vuelta más a la manzana. Yo no sé de qué hablaba, estaba absorta, oía. A veces, no sé cómo, mi hombro golpeaba contra su brazo. Al fin entré, y él, con toda tranquilidad, fue a acomodarse a la acera de enfrente.

Me acompañaría muchas horas... hasta que llegara el momento de quitarme el vestido, hasta que me tirara en esa cama donde, hasta ahora, los sueños habían sido incompletos.

Es una forma especial de tocar, con la mano seca, como recubierta de tela impermeable.

Cuando mi padre me llevaba al circo, una de sus manos estaba en mi cuello, la otra sobre la rodilla de mi madre.

Ella se reía de todo: del payaso, de la trapecista, hasta de los que lanzaban al aire con un cañón. Yo estaba con el yugo puesto y no me reía.

La mano aquella, de impermeable, crecía en peso y volumen. Mi madre estrechaba la otra, que no había crecido, y se la llevaba a los labios de vez en cuando. Siempre estaba agradeciéndole favores a aquella mano.

Mi padre, un día, agarró una libélula en el jardín y le ató en la cabeza un hilito blanco, que me entregó con la recomendación de que no la soltara. No la solté, pero quería que la libélula se fuera. Si la soltaba... nada, tal vez nada. Más tarde amarré el hilo a la cabecera de mi cama y la libélula amaneció muerta.

Así estaba yo, atada por el cuello a esa mano infalible que no se movía.

¿Por qué me acuerdo de esto? ¿Para qué lo escribo? El se llama Rob.

Mi madre se levantó temprano para espiarme. Desde que murió mi padre le intereso, por lo menos. Habla de mí con la poca gente con quien puede hablar.

Era feliz cuando hablaba con "mis novios". Podía presumir de mi cultura, de mi famosa cultura desperdiada, de mi virginidad que ya se le hace eterna.

—Ponte mi prendedor de esmeraldas —ofrece y pienso seguramente: "para que encuentres marido".

Y yo pienso: "un marido que pise el prendedor de esmeraldas sin darse cuenta, que escupa la comida que yo hago con tanto cuidado, que diga que mi nuevo mantel, ese que estuve bordando un año entero, es horrible".

O que, como le pasaba a ella, me haga llorar todos los días en el momento menos pensado, para nada, porque sabe que no pasaría nada.

—Y esto ¿por qué? —le pregunté días después de muerto mi padre, cuando me enervaba con sus llantos nocturnos y con una nostalgia de la que nunca ha prescindido.

—Porque no era un pobre de espíritu, era fuerte, violento, era... —y allí venía la palabra inevitable y oscura— ...un HOMBRE —luego, condescendiente—: tú nunca has encontrado uno así. No me entiendes.

No la entiendo, no quiero entender eso. No quiero encontrar a nadie así.

Rob me besó en la boca. Un beso que yo le ofrecía todas las noches y nunca me había dado. Luego fue a pararse junto al poste.

Cuando me besó supe que estaba hecha de vidrio y el beso había sido como un disparo, como una silenciosa explosión que todo lo rompe.

Luego, en mi cama, pensé que estaba hecha de campanas de vidrio que nadie había tocado, pero ahora ninguna permanecería silenciosa.

Era un aviso de incendio, una impresionante carrera de sirenas y silbatos. O la declaración de una guerra, o un anuncio de paz.

A veces la seducción no es un problema. Seducir a una mujer no es hablarle, no es una proposición ni son hechos. Es adueñarse de su alma totalmente.

Cuando Leonardo venía a visitarme y mi madre nos dejaba solos (siempre nos dejaba), yo aflojaba la tensión de mi cuerpo y jugaba con el pie de Leonardo.

Ni siquiera me quitaba los zapatos. Alguna vez me besó apasionadamente y, al encontrarse con mis ojos, casi me pidió perdón.

Yo pensaba que no estaba seducida. Sus vagas caricias me cansaban y cuando se iba estaba agotada, como una luz de bengala que se quemaba y no es capaz de quemar a otro.

Al poco tiempo caí en la cuenta de todos los esfuerzos que hacía para seducirlo y de que aquella actitud no me procuraba ningún placer.

Lo peor del caso es que podía evitarlo, porque Leonardo desde el principio estaba seducido y no había nada que hacer. En realidad, lo que yo había estado haciendo era lo mismo que hice con los otros dos: un curioso equívoco.

No recuerdo exactamente lo que hacía; pero sé que no quería salir de la habitación, porque anhelaba estar cerca de mi padre, estar segura de que mi adhesión le resultaba agradable, conquistarlo con mi presencia.

Mi madre me hizo dos o tres recomendaciones que yo no escuché; yo estaba concentrada en mi intención que, después de todo, era aviesa.

De pronto, sentí que me levantaron por la ropa, estuve en el aire un segundo y luego caí sobre la cama que estaba en el cuarto contiguo. Se cerró la puerta y no sé por qué, por instinto, por error, creí que mi madre se indignaría y saldría a consolarme.

No fue así, porque se les había ofrecido la hora del amor. Pasó un rato largo y quise llorar, sacudiendo mi cabeza sacudida, mi cuerpo conmocionado, y no me atreví.

Luego vino mi madre y sin pedirme opinión, me puso el vestido de los domingos, uno que inútilmente trataba de ponerme todas las mañanas que no eran domingo.

Me llamaron a cenar. A mi madre le temblaban las manos. Él comía con apetito y con tranquilidad. Yo no mostré rencor.

Pero el rencor no pasa inadvertido. Días después, dejé la plancha sobre la cama de ellos, porque me habían dicho que eso quemaba y hacía que las telas ardieran y se convirtieran en cenizas.

Mi madre la quitó apenas a tiempo de que dejara una mancha triangular que casi no se notaba.

Nada me dijo. Nada. Y no sé si con esa melosa cabeza enamorada pudo pensar realmente en lo que yo había intentado.

Una vez leí en un libro, o alguien me lo dijo, que cuando los niños y las niñas no pueden tomar como modelo al padre o madre de su mismo sexo, se vuelven al otro, el del sexo opuesto.

Yo no pude, según eso, ser hombre ni mujer... Debo de haber sido algo así como un hongo, una rebanada de queso, o un zapato.

Si es así, ¿cómo va una a dar clases de historia?, ¿con qué derecho? En cambio, una dependiente de una tienda de ropa puede muy bien ser un pedazo de comida, o un zapato.

¿Por qué me atormento justamente ahora? Yo vivía tranquila, encantada de sentir que no sentía.

Pero estos momentos, estos días, son como una aparatosa conjunción de estrellas que sólo podrá verse de nuevo dentro de algunos siglos.

Un vestido nuevo, esta vez negro. Mucha ropa interior, medias, el tiempo, las horas que no corren, dos besos más de Rob. Dos escándalos. Campanas. Silbatos, sirenas, los gritos de una mujer asesinada.

Además, luna llena, como un sombrero a punto de acomodarse en la cabeza de cualquiera.

Sí, fui al departamento sabiendo exactamente lo que iba a suceder y sucedió. Sobran las reflexiones. Sobra todo lo que yo sé de mí. Queda Rob.

Rob, que es un ángel y que sus labios, cuando hace el amor, se abren como para dar el anuncio de una buena nueva: la de que la locura física también es posible.

Rob, que es hermoso hasta lo indescriptible y que me hace ser no menos hermosa.

En una fuente hay una estatua de Poseidón; se apoyó con descuido en su tridente y tiene el rostro pensativo, agraviado por callados problemas. Su actitud es inocente de su pecho, de sus hombros, de sus muslos; inocente de toda la belleza que su cuerpo trae consigo, de su desnudez inmensa. Así es Rob.

Murmura no sé qué cosas complicadas y confusas, su comportamiento no es claro, ni sereno, ni agradable siquiera, pero está el peso, la franqueza de su cuerpo deslumbrante.

Esta noche es la primera que sé que soy mujer.

A pesar de todo. A pesar de todo. A pesar de todo.

Dice Rob que nunca había sido tan feliz con una mujer. Yo sé que jamás había existido.

Hoy, a las doce de la noche, me traje de su departamento hasta mi casa. Yo sentía que éramos perfectos, privilegiados, únicos, los dos únicos seres en el mundo que tienen piel, lengua, suspiros. Los únicos.

No podíamos despegarnos, ni errar la calle, ni al llegar a la puerta. Era una atracción refleja que nos obligaba a estar unidos por una mano, por su rodilla doblada contra mi pierna.

Las personas tienen alma, ahora lo sé, no sólo impulsos, o sentimientos o pensamientos. Hay otra cosa indefinible y grande, que en contados momentos y por medio de los huesos, de los músculos, de las articulaciones, puede coincidir hondamente con la de otro.

Hay cosas que cuentan: los afectos, las cualidades, los buenos tratos. Pero esto es mucho más que todo aquello. Es eso, el alma.

Al entrar a mi casa pasé cerca de mi madre, que estaba en la puerta de su cuarto. Nos había visto en la oscuridad.

Tenía los ojos bajos y las ojeras manchaban sus mejillas. Nada nos dijimos.

Ahora, que todavía no duerme, piensa con los ojos cerrados y los brazos sobre la almohada, cerca de su cabeza. Yo sé en quién.

Rob, en la cocina de su departamento, murmura no sé qué mientras prepara unos elaborados panes con jamón y mantequilla, los mete al horno, se quema los dedos y murmura en voz más baja.

Luego los trae hasta la cama y me da de comer en la boca mientras él también come. Me dará café. Después me llevará a casa cubriéndome los hombros con su viejo saco y con el brazo alrededor de mi cuerpo; cada vez que se acerque un automóvil sentiré sobre mi cuerpo la inconsciente presión de sus dedos.

Me despediré de él y se irá al poste y rondará en la noche hasta que yo apague la luz, hasta que yo tenga insomnio, hasta que él tenga sueño.

Mientras, yo pensaré en la selva, en los idilios de los tigres y de los elefantes y en toda clase de sucesos terribles y grandiosos que suceden a ocultas.

Hoy hace seis meses que vivo con Rob, ¿vivo?

Hoy también ha terminado mi curiosa historia con el señor Arenas, a quien intencionadamente no había mencionado porque era interesante, vital para mí, esperar el desenlace.

Días después de mis primeras entrevistas con Rob en su departamento, el señor Arenas se acercó a la mesa que yo ocupaba, sola, en el café de la tienda donde trabajo. Me pidió permiso para comer conmigo, lo que no es muy usual, a menos de que no haya lugar dónde sentarse.

Acepté, pensando que podría preservar mi silencio y hacer caso omiso de él. Pero empezó a hablar.

El señor Arenas tiene como cincuenta años, la piel rosada, el cabello enteramente blanco y cojea.

Esta cojera que él atribuye al reumatismo con demasiada insistencia, me ha dado siempre la impresión de ser el resultado de una aventura con mal fin: de un golpe de violento origen que él no quiere explicar.

Traía en las manos un rollo de papeles sujetos por una liga, del tipo de papel que se usa para la propaganda. Eran papeles de colores suaves; faltaban el rojo, el negro, el morado, el café oscuro. Puso el rollo en un lugar desde donde yo podía verlo de frente.

—Los colores del arco iris —me dijo. Entonces empezó a hablar de su libro.

—Un libro como éste no se ha escrito jamás. Voy a venderlo por suscripción. En su biblioteca no hay ningún libro así: sirve para todas las ocasiones y resuelve todos los problemas. Veinte años he trabajado en él y ahora está por terminarse, he encontrado muchísimas personas que se interesan por tenerlo. Hoy me regalaron un poco de papel, pero van a regalarme más, claro. Esto no es sino el principio. Cuando salga de trabajar voy a la imprenta. Espero que esté abierta. También tengo en preparación unos distintivos que venderé junto con el libro, a la gente le gustan esas cosas...

Me miraba con sus ojos vidriosos y pensé que se trataba de un ebrio; no, de un dipsómano. Luego caí en la cuenta de que el señor Arenas ni estaba ebrio ni era dipsómano. Por el contrario, era una de esas personas que nunca prueban una copa ni cometen excesos con su físico y, además, era el hombre más ostentosamente cuerdo que jamás había conocido.

Creí que trataba de venderme una suscripción para el famoso libro y con mi habitual pasividad y fastidio, decidí por anticipado comprársela y dar por terminado el asunto. Imaginé que el señor Arenas andaba todo el día con el rollo en la mano consiguiendo suscripciones para un libro que seguramente no saldría jamás.

El caso fue, sin embargo, que él no me pidió, ni siquiera me insinuó, que le comprara, sino que después de terminar de comer se despidió de mí ofreciéndome una trabajada mano rojiza que no estreché con gusto.

Dos días después, la escena se repitió y obtuve nuevas informaciones sobre la obra maestra.

—Los primeros años, no escribí nada. Simplemente recorría las bibliotecas en busca de un libro que se le pareciera. Pero no, nadie en la historia de la humanidad se me ha adelantado...

Aquí venía una pausa en que parecía meditar en la gran suerte que implicaba que ningún cerebro privilegiado hubiera tenido la misma idea que él.

—Y ¿leía usted los libros?

—No, ¿para qué? Un libro como el mío lo hubiera reconocido al instante, el sistema es inconfundible. Dígame, ¿qué busca la gente en los libros?

No supe qué decirle. Yo busco en los libros la verdad o una mentira que me convenza y me emocione a sabiendas de que es una mentira.

—¡Pues la solución de sus problemas! Si usted tiene un problema y quiere solucionarlo, no va al diccionario, porque ese libro —nadie tiene idea del desprecio que le inspiraba el diccionario al señor Arenas—, ese libro es una cosa muerta, sin respuestas. No, el libro debe ser algo más, algo que coincida con el alma, que es una esencia en movimiento.

Tuve una idea que me pareció feliz. Recordé a aquellos hombres o muchachos que reparten tarjetas en la calle, con una pregunta escrita en medio de dos grandes interrogaciones:

“¿Busca usted la felicidad?” Y luego, en medio de dos grandes signos de admiración: “¡Yo se la ofrezco!” Mi madre dice que son anuncios de burdeles, pero es obvio que se trata de sectas religiosas, o grupos de teólogos, o de filósofos, o de aficionados al arte de la cerámica. Todo puede ser.

—¿Es un libro de religión?

El señor Arenas se ruborizó.

—Señorita, un libro debe ser una cosa seria y práctica, no algo tan lejano y problemático como es la religión; que por cierto dice cosas muy bonitas... ¡qué hermosa es la religión! Pero ¿quién las garantiza? Mi libro es un libro para todos los días, para cualquier persona y costará poco para lo que vale. Los distintivos también están hechos de listones de colores...

Creí de nuevo que me propondría la suscripción, de nuevo me equivoqué. El señor Arenas se despidió, pienso que muy molesto por mi total desorientación en cuanto al tema de su libro.

Mi desorientación era entonces todavía más grande en cuanto al motivo de su asiduidad conmigo. Dos veces se había sentado a mi mesa cuando hubiera podido sentarse en otra cualquiera. Era imposible que se hubiera propuesto hacerme el amor. No sólo era un viejo sino que vestía con tanto descuido y comía en forma tan desagradable, que era inimaginable que creyera que todo aquello podía suscitar en mí algún interés amoroso. Sin embargo, no quería venderme nada; por el momento, al menos. Nuestra siguiente conversación me dio más que pensar, pero nada seguro, nada que no dejara lugar a dudas.

—Mi libro, es decir, la intención de escribirlo, nació de haber descubierto dentro de mí una facilidad para conocer a la gente. De allí mi desecho de escribir cosas útiles. Por ejemplo, yo podría decirle muchas cosas sobre usted misma... si no temiera ofenderla o parecer impertinente —yo sonreí. Como si yo no me conociera o me importara en algo que el señor Arenas pudiera conocerme—. ¿Se las digo?

Comprendí que tenía prisa en decírmelas, por alguna razón. Así que no di mi asentimiento. Me limité a esperar. No me defraudó. Tenía, en efecto, prisa.

—Usted ha sido mimada por alguien, muy querida, muy cuidada y está cansada de todo eso. Dispuesta a hacer daño a quienes la cuidaron, a engañarlos. Pero no quiere ir muy lejos. Usted cuida demasiado de sí misma para ir tan lejos... Usted está poseída por un espíritu que es el de los héroes cuando se preparan a una hazaña. Está resuelta y sabe que regresará vencedora. Usted emprende una aventura secreta.

Los ojos vidriosos del señor Arenas estaban inmóviles en algún sitio cercano a mi mano izquierda, como si yo sostuviera en ella una invisible bola de cristal.

—Usted vive con... ¿su madre?

Lo dijo en el tono de las cosas que se saben.

—Los primeros años, no escribí nada. Simplemente recorría las bibliotecas en busca de un libro que se le pareciera. Pero no, nadie en la historia de la humanidad se me ha adelantado...

Aquí venía una pausa en que parecía meditar en la gran suerte que implicaba que ningún cerebro privilegiado hubiera tenido la misma idea que él.

—Y ¿leía usted los libros?

—No, ¿para qué? Un libro como el mío lo hubiera reconocido al instante, el sistema es inconfundible. Dígame, ¿qué busca la gente en los libros?

No supe qué decirle. Yo busco en los libros la verdad o una mentira que me convenza y me emocione a sabiendas de que es una mentira.

—¡Pues la solución de sus problemas! Si usted tiene un problema y quiere solucionarlo, no va al diccionario, porque ese libro —nadie tiene idea del desprecio que le inspiraba el diccionario al señor Arenas—, ese libro es una cosa muerta, sin respuestas. No, el libro debe ser algo más, algo que coincida con el alma, que es una esencia en movimiento.

Tuve una idea que me pareció feliz. Recordé a aquellos hombres o muchachos que reparten tarjetas en la calle, con una pregunta escrita en medio de dos grandes interrogaciones:

“¿Busca usted la felicidad?” Y luego, en medio de dos grandes signos de admiración: “¡Yo se la ofrezco!” Mi madre dice que son anuncios de burdeles, pero es obvio que se trata de sectas religiosas, o grupos de teólogos, o de filósofos, o de aficionados al arte de la cerámica. Todo puede ser.

—¿Es un libro de religión?

El señor Arenas se ruborizó.

—Señorita, un libro debe ser una cosa seria y práctica, no algo tan lejano y problemático como es la religión; que por cierto dice cosas muy bonitas... ¡qué hermosa es la religión! Pero ¿quién las garantiza? Mi libro es un libro para todos los días, para cualquier persona y costará poco para lo que vale. Los distintivos también están hechos de listones de colores...

Creí de nuevo que me propondría la suscripción, de nuevo me equivoqué. El señor Arenas se despidió, pienso que muy molesto por mi total desorientación en cuanto al tema de su libro.

Mi desorientación era entonces todavía más grande en cuanto al motivo de su asiduidad conmigo. Dos veces se había sentado a mi mesa cuando hubiera podido sentarse en otra cualquiera. Era imposible que se hubiera propuesto hacerme el amor. No sólo era un viejo sino que vestía con tanto descuido y comía en forma tan desagradable, que era inimaginable que creyera que todo aquello podía suscitar en mí algún interés amoroso. Sin embargo, no quería venderme nada; por el momento, al menos. Nuestra siguiente conversación me dio más que pensar, pero nada seguro, nada que no dejara lugar a dudas.

—Mi libro, es decir, la intención de escribirlo, nació de haber descubierto dentro de mí una facilidad para conocer a la gente. De allí mi deseo de escribir cosas útiles. Por ejemplo, yo podría decirle muchas cosas sobre usted misma... si no temiera ofenderla o parecer impertinente —yo sonreí. Como si yo no me conociera o me importara en algo que el señor Arenas pudiera conocerme—. ¿Se las digo?

Comprendí que tenía prisa en decírmelas, por alguna razón. Así que no di mi asentimiento. Me limité a esperar. No me defraudó. Tenía, en efecto, prisa.

—Usted ha sido mimada por alguien, muy querida, muy cuidada y está cansada de todo eso. Dispuesta a hacer daño a quienes la cuidaron, a engañarlos. Pero no quiere ir muy lejos. Usted cuida demasiado de sí misma para ir tan lejos... Usted está poseída por un espíritu que es el de los héroes cuando se preparan a una hazaña. Está resuelta y sabe que regresará vencedora. Usted emprende una aventura secreta.

Los ojos vidriosos del señor Arenas estaban inmóviles en algún sitio cercano a mi mano izquierda, como si yo sostuviera en ella una invisible bola de cristal.

—Usted vive con... ¿su madre?

Lo dijo en el tono de las cosas que se saben.

—Es usted una maravilla, señor Arenas. Creo que su libro debe de ser extraordinario y lo felicito por adelantado. Creo que compraré una suscripción...

El señor Arenas se rió sacudiendo la mano rojiza delante de mi cara.

—De ninguna manera. Cuando mi libro esté listo, se lo regalaré.

Nos despedimos y yo me fui con un peso sobre el pecho. Era casi dolor. No podía pensar, pero repetía por lo bajo sus palabras como para que levantaran andamiajes de inteligencia que yo de pronto descubriera ya construidos y utilizara a mi gusto. Sentía una gran impaciencia, porque había en todo aquello algo que parecía mal intencionado y sucio.

El descubrimiento vino días después en la forma sorpresiva y casual que deben tener los verdaderos descubrimientos.

Tengo la llave del departamento de Rob. Una tarde, él me dijo que seguramente no lo hallaría al volver de la tienda, pero que lo esperara.

Entré y oscurecí. No prendí la luz, sino que, de rodillas sobre el sofá que está frente a la ventana, quise mirar la calle.

A Rob no se le espera, se le presiente; sus pasos, su suave silbido con la misma tonada, me avisarían su presencia.

Pensaba, detrás de la persiana, frente a un filo de visión que quedaba delante de mis ojos, que aquélla era la calle más solitaria del mundo y que al atardecer no parecía real.

Luego se prendió la luz en el edificio de enfrente y vi que dentro de un cuarto de lo que seguramente es una casa de huéspedes, se movía alguien que se acercó a la ventana y miró hacia abajo, hacia la acera.

Era el señor Arenas sin saco ni corbata y con una camisa azul vieja y parchada. Trajo una silla y se sentó sin que sus ojos —de ebrio, de pescado, de cuerdo, de sobrio— cambiaran de objetivo.

Me sudaron las manos y permanecí inmóvil detrás de la persiana. Al poco rato, oí los pasos y el silbido de Rob. El señor Arenas apagó la luz y volvió a su puesto de observación. Se veía la camisa, la cabeza blanca. Me hice a un lado y, cuando Rob entró, poco antes de que encendiera la luz, moví de golpe la persiana para que el señor Arenas no me descubriera.

Luego fui a abrazar a Rob. En ese instante, abrazar a Rob era más extraordinario que siempre, era lo único. Lo tuve entre mis brazos interminablemente.

Salí tarde de casa de Rob, cuando el señor Arenas ya dormía, cansado de esperarme. Yo iba masculando mentalmente lo que había visto y lo peor, lo peor de todo, es que tampoco estaba segura de que el señor Arenas fuera algo tan simple como un degenerado sexual. Sólo tenía una nota que había intuido sin definirla: la peligrosidad.

El señor Arenas siguió espíandome, a veces tan descaradamente, que me asombraba la tranquilidad con que se acercaba a hablarme durante la comida.

Pero todo el tiempo que yo estaba en el departamento a solas, a veces suficientemente largo, porque Rob sale a dar clases y eso tarda alrededor de hora y media, caminábamos de papeles. Yo lo espíaba a él.

Así me enteré de que siempre iba a su casa después de salir de la tienda y de que pasaba muchas horas sentado frente a una mesa con la apariencia de escribir, y digo apariencia porque, después de observarlo un rato, caí en la cuenta de que su pluma no corría sobre el papel, sino que tocaba aquí y allá. Como si dibujara de memoria, pensé una vez, pero el tipo de trazo era corto, como si descifrara un crucigrama que él mismo componía sobre el papel en blanco.

Por otra parte, nuestras conversaciones.

—Después de cerciorarme de que no había ningún libro como el mío, empecé a escribirlo. Quince años he pasado escribiendo; todas mis horas libres, todos los segundos de estos quince años los he dedicado enteramente al libro.

—Y ¿cómo le rompieron el hueso de la pierna?

Se lo dije dos veces y las dos veces tembló de resentimiento y de ira, pero siempre se las arregló para sonreír.

—No es fractura, es reumatismo.

—Y su libro, ¿tiene imágenes?, ¿grabados?

—Un grabado es una cosa carísima. Mi libro tiene sólo letras, señorita. Además no necesita de grabados, porque los grabados no pueden reproducir otra cosa que carne, esta materia deleznable y pasajera de que estamos hechos, y también, claro, objetos sin importancia.

Jamás hablábamos de Rob. Una tarde, sin embargo, el día del intento de suicidio de Rob, yo me moría por ver lo que sucedía dentro del cuarto y estuve a punto de pedirle que me dejara entrar en el suyo, para verlo desde allí.

Toqué a la puerta de la casa y pregunté por él. Bajó con una sonrisa en los labios que me produjo repugnancia. También tuve muy clara conciencia de que había presenciado el destrozo que Rob hacía en su cuarto.

—¿Necesita usted de mí? —seguía sonriendo y levantó una mano como para ponérmela sobre el hombro, hice un gesto y la mano cayó a lo largo del cuerpo. No sabía qué contestarle.

—¿Por qué me espía usted? —pregunté.

—Está usted equivocada. Completamente equivocada. El centro de sus problemas es que no es usted una persona inteligente, aunque a veces se comporta como si lo fuera.

Me cerró la puerta en la cara y yo sentí alivio.

Tal vez se había ofendido de tal manera que no se me acercaría nunca más. Bajo ese supuesto me quedé allí, en el umbral de su puerta, un rato largo, mirando la ventana de Rob y sin poder ver nada.

El señor Arenas, al día siguiente, se acercó a comer conmigo como si nada hubiera sucedido. Yo, por mi parte, secundé su actuación haciendo gala de una calma que no sentía, pero que es mi último recurso. Ese día, comprendí que la aparición de un personaje tan siniestro no era casual, era una prueba de la que era necesario salir triunfante. Me había producido una preocupación y un terror difíciles de comunicar; aquello que apenas

puede vivirse, pero tenía que vencerlo. Si lo vencía no saldría derrotada en "aquello otro" en que debo sobrevivir forzosamente.

Me observó con cuidado como para aprender un método. El método a seguir, por el momento, no era más que la concentración y la actitud de espera. Pero no la de quien espera dormido, sino la de quien atisba agazapado. La apariencia cordial formaba parte del juego, la parte menos sencilla.

Un domingo en la tarde, vi cómo el señor Arenas recibía visitas. Eran una madre y una hija, las dos vestidas de luto, con velos negros. Estuvieron hablando con él, sentadas frente a su mesa, como dos horas. Las manos excitadas y rojizas iban y venían y él tenía rostro de apóstol. Predicaba, se exaltaba, convencía. Yo esperaba que también se convulsionara en su silla con la visión de ¿quién?, porque el señor Arenas no tenía más misticismo que el propio. Luego, la mujer mayor sacó un rollo de billetes y lo puso sobre la mesa. Él se lo embolsó enseñando y tomó la actitud de alguien que ha estado contando una película de aventuras y llega al desenlace.

—Todo terminó felizmente y el héroe consiguió fama, amor y dinero. Buenas tardes y hasta la vista.

Las acompañó a la puerta y se despidió con brevedad.

El señor Arenas y yo empezamos a contarnos mentiras, pero él tomó la iniciativa. Refiriéndose al día en que había recibido la visita de las dos enlutadas, me dijo lo siguiente:

—Toda la tarde la pasé en casa de unos compadres. Estaba de visita una señorita, amiga de ellos. No sabe usted cómo se interesó la señorita por mi libro. Estuve hablando con ellos dos o tres horas, no parpadeaban. Por fin, la señorita rompió a llorar y dijo que jamás se olvidaría de esa tarde y que yo era el primer gran autor que había conocido. Y usted, ¿qué hizo ayer en la tarde?

—Me dediqué a componer y arreglar mi ropa. Luego fui al cine con la suerte de que me tocara una película inolvidable. Lloré mucho. Ya sabe usted que hago cosas muy superfluas.

—Los goces de este mundo son perecederos.

—Afortunadamente.  
—¿Por qué dice usted eso?  
—Porque la felicidad no viene sola, no es completa. Está acompañada de muchas cosas —el señor Arenas literalmente se relamió; vio una oportunidad (¿por qué?) de hacer algo que se proponía (¿qué?) y se dispuso a hablar, pero yo lo detuve:  
—Señor Arenas, he descubierto algo sobre su libro —se sobresaltó, es hermoso que eso suceda con las personas que nos sobresaltan.  
—Es un libro de máximas.  
Caviló un momento.  
—Es verdad, es un libro de máximas. Pero yo no le llamo así porque no es eso lo más importante. Le falta a usted algo por saber.  
—Voy por buen camino. Ya le diré a usted alguna otra cosa un día de éstos.  
Aquella otra cosa era algo que ya había adivinado, pero no deseaba decirse la todavía. Decidí molestarlo.  
—Su libro ¿trae buena suerte?  
—Señorita, usted está pensando en la magia y perdóneme, pero eso es una vulgaridad. Mi libro se basa en la sabiduría y en ninguna otra cosa.  
—¿Qué sabiduría?  
—La mía.

El rostro del señor Arenas se contrajo, era un reto. Yo sonreí y me despedí de él. Comprendí que nuestra amistad había llegado al punto más crítico y que las intenciones del señor Arenas estaban, ahora sí, a punto de salir a la luz. Había una tensión muy grande entre los dos. Éramos como dos jugadores, que con los codos sobre la mesa y las manos apretadas, están en el momento justamente anterior a que uno de los brazos ceda y se aparte con el puño maltrecho.

Costara lo que costara, yo tenía que vencer, la mano que tenía que quedar despedazada por el esfuerzo vano, debía ser la suya. Pensaba, con una certeza casi supersticiosa, que el señor Arenas seguramente hubiera encontrado muy vulgar, que el mundo tiene un ritmo armónico

y desconocido, y que esto me había sido enviado como una prueba, como un ejercicio para encaminar mi destreza y mi fuerza hacia otro triunfo. El señor Arenas llegó a ser para mí como el error fatal en un relato policiaco, como la metáfora que, escondida en una página, ha de resultar la clave para comprender el libro entero.

Pensaba muchas horas en el asunto, con método. Empezando desde lo mínimo, como era el libro, y sin detenerme en lo que el señor Arenas pretendía, porque eso me lo diría él a su tiempo, llegaba hasta lo más amplio: al conjunto de mi vida y la forma en que debo solucionarla. Me emocionaba mi voluntad de triunfo, sentía algo que yo ya he descubierto sobre mí desde que era niña y trataba de conquistar y de domesticar a ese hombre que era mi padre: mi ilimitada falta de escrúpulos. Me regocijaba.

Esto, la falta de escrúpulos, la capacidad de llegar más allá que cualquiera, la abundancia de naipes que guardo en la manga para ganar esta partida, no la sabe el señor Arenas... ni nadie.

Efectivamente, el señor Arenas lo ignoraba.

Días después se acercó a mi mesa con su aspecto característico y que provenía seguramente de quince o veinte años de ascetismo. Pero decidido. Noté la dureza de su barba, de los músculos de sus mejillas.

—Señorita Elena, debo hablarle seriamente.

Mis manos se helaron y yo las escondí debajo de la mesa. Me moría de pánico.

—Encantada.

—Necesito dinero —yo hice un gesto que él no dejó expresarse enteramente—. Mi libro está por salir y yo debo pagarle al impresor. Ya sé que eso no es asunto suyo, pero podría serlo. Usted, señorita Elena, está en una posición muy grave que su madre ignora. A usted no le gustaría que su madre se enterara y, para evitarlo, tal vez se interesará en pagar una cantidad, no muy grande, que yo le diré.

De modo que era esto. Tal vez el señor Arenas tenía muchos asuntos de esta clase. Lo miré sin pestañear y con un tibio sentimiento de calma que me bañaba el

pecho. Era sólo esto. Yo siempre he adornado el peligro con la idea de la destrucción, del desastre completo, de la inundación o terremoto. Este peligro que se había concretado así, me consolaba. No contesté enseguida, pero cuando hablé, ya sabía lo que iba a suceder.

—Muy bien, señor Arenas. Entiendo lo que quiere decirme. Hágame usted el favor de esperarme a la salida para hablar de esto más ampliamente. Hasta entonces.

Lo dejé sentado y con un rostro tan entristecido como si hubiera recibido una grave decepción.

El sudor de mis manos había dejado una mancha en mi falda gris. Me volví desde lejos a mirarlo y vi que se secaba la frente con un pañuelo.

Pasé la tarde muy alegre. Tenía ganas de conversar y de reírme; fue en realidad una tarde muy corta, muy extraña. Como una pastilla calmante que excita, o al revés. Empezamos a caminar y el señor Arenas decía:

—Estoy avergonzado. La vida a veces nos obliga a hacer estas cosas porque la gente no es suficientemente generosa. Usted jamás se ha entusiasmado con mi libro, me ha dicho que es un libro de máximas y es verdad, pero tiene otra cualidad que usted no sabe. Será un éxito.

—Señor Arenas, lo que tiene su libro de especial es la forma en que están colocadas las máximas. Hay algunas que se leen no a lo largo, sino de arriba para abajo, y hay otras que pueden leerse de abajo para arriba y de derecha a izquierda.

El señor Arenas se sorprendió tanto que quedó inmóvil. Yo seguía caminando.

No había ninguna otra explicación para ese trabajo que ocupaba al señor Arenas tantas horas. Con su lápiz y su hoja en blanco, podía verse que sus labios se movían como si deletreara o hiciera cuentas. Además estaba segura de que esta colocación iba en detrimento del contenido de las máximas, porque el señor Arenas boataba con frecuencia y adoptaba la expresión infeliz de quien busca sinónimos o palabras sustitutas.

Me alcanzó y me tomó una mano.

—Es usted inteligentísima. Jamás pensé... ¿Qué siente usted?

Retiré la mano y contuve la indignación que sentía llegar a mi voz. Hablé con frialdad.

—¿Qué supone usted que debo sentir?

El señor Arenas se ruborizó intensamente. Pude ver que se encolerizaba, que se arrepentía. No era ése el camino que llevaba su hazaña; era un asunto económico y él se pasaba de ambicioso. Tan pronto, sin saber lo que sucedería después, ya me odiaba.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

No habló más. Por su cabeza de cabellos blancos pasaban cifras. Rebajaba cien pesos, aumentaba docientos, pensaba en números redondos, vacilaba entre lo que razonablemente decía la realidad y lo que le exigía el rencor.

Llegamos a la puerta. Abrí.

—Pase usted.

—¿No será mejor que la espere aquí afuera?

—No.

—Voy a decirle la cantidad.

—No será necesario. En cambio, si es necesario que usted entre para revelarle a mi madre mi famoso secreto. Ella nunca tendría en la calle una entrevista de ese género.

El señor Arenas estuvo a punto de perder el equilibrio. Apareció mi madre. Yo hablé con desenvoltura.

—Mamá, quiero presentarte a un amigo al que le interesa conversar contigo sobre un asunto.

A mi madre le emocionó la idea de conversar más que el tema. Sonrió encantada y ansiosa.

—Mucho gusto. Pase usted.

El señor Arenas no tuvo más remedio que pasar adelante. Yo dije:

—Bueno, ahora que los he presentado, los dejo solos para que hablen con libertad. Yo tengo algo que hacer.

Cerré la puerta y me dirigí al departamento de Rob. Allí hubiera querido contemplar el regreso del señor Arenas, pero Rob llegó antes que él y ya no fue posible.

Esa noche, al entrar a mi casa, me esperaba mi madre.  
—Elena, el señor que vino en la tarde es un hombre interesantísimo que está escribiendo un libro maravilloso. Es un hombre admirable.

—¿Te interesa comprar su libro?

—No, yo no gasto en cosas superfluas. Pero si quiere regalármelo, lo aceptaré.

Jamás he vuelto a hablar con el señor Arenas.

Las veces que me encuentra evita saludarme, pero me mira y piensa de mí lo inenarrable.

No importa, he vencido. Mi intuición supersticiosa se completa, se convierte en fatalidad.

Después de mi aventura con el señor Arenas se apoderó de mí un sentimiento de plenitud que Rob, por ejemplo, equivocaba con la felicidad.

Me reía de todo, corría sin necesidad y hablaba más de prisa. Pero no era más que esa bárbara inconsciencia del triunfo que sirve para ocultar verdades pequeñas o grandes, aunque amargas.

El sufrimiento, desnudo de pretensiones, de vanidades, llegó a mí la otra noche.

Rob estaba en ánimo de divertirme y me había contado dos o tres anécdotas de su pueblo con gracia, aun- que me temo que sin exactitud. Desde luego, con un afán sincero de mostrarse de buen humor y en intimidad.

De pronto, escuchamos en la radio, esa radio que Rob no apaga jamás, una música norteamericana lenta y ¿sensual? Rob se detuvo a la mitad de una palabra y empezó a bailar, arrastrando los pies, con los ojos oscu- recidos y el alma lejos.

Estaba en una selva de vegetales y animales gigan- tes, era parte de ellos. Era salvaje, grande de repente e inhumano. Era un terrible mamífero inseguro y herido que saborea bailando los primeros dolores de su muerte.

Así fue como encontré el dolor del remordimiento anticipado y el otro dolor, el del amor maldito e imposi- ble. Allí en su cama, envuelta en sus cobijas, vestida con su camisa a cuadros. Con el dolor vinieron la rebeldía y la humildad, sus inseparables compañeras. Mi cabeza

empezó a pensar, a elaborar, a justificar, mientras que mi cuerpo se doblegaba empuqueñecido e inerte.

Me sentía poderosa e infalible, pero deseaba con toda mi alma que todas las bestias de aquella selva se congregaran para lacerar, desgarrar y deshacer ese cuerpo que estaba desgarrado y lacerado y que, sin embargo, se aferraba a un enloquecido ensueño de su- pervivencia.

Rob me hizo el amor. A veces un beso suyo... una de sus manos... la expresión de sus labios...

—Rob, márame —le dije.

Me miró con intensidad, me tocó la garganta con uno de sus dedos siguiendo una línea imaginaria. Cerré los ojos y oí cómo por su voz se anunciaron las lágrimas.

—No, querida. Yo no seré así. Yo verdadera, pro- fundamente, nunca he sido así.

Nos abrazamos y éramos uno solo. Era posible por- que también es posible que una persona se divida, se mienta y se traicione con una sola acción.

Nada de particular tiene entonces que dos seres pue- dan unirse en un abrazo que sea al mismo tiempo dos cosas opuestas.

Esa noche, camino de mi casa, colgaba del brazo de él como un objeto, no tenía fuerza para hablar ni para sostenerme.

Iba encorvada por dolores sin fin. Era un objeto, pero refulgente y misterioso, como tocado por la oscura pala- bra de los magos.

Pienso, para animarme, que yo he vencido siempre y que la capacidad para el triunfo nace con las personas.  
“No es posible ser derrotado si se es por naturaleza ven- cedor.” “No es posible dejar de ser vencedor cuando la vida se presenta en términos antagónicos.”

Pienso mucho. Hago lemas que me gustaría ver es- critos y al alcance de mis ojos cuando desfallezco.

Recuerdo y comprendo la historia de una monja del siglo xvii, notable por su ejemplaridad, que tenía una sola palabra escrita en la pared de su celda: No.

Así paso los días en busca de parábolas, de historias, de justificaciones, de verdades que encarnen mis verdades.

Leo en todos los momentos que tengo libres y he com-prado, para asombro de mi madre y del mismo Rob, gran cantidad de libros que devoro. Pero quien lee así, no se instruye ni se divierte; no lo hago desinteresadamente. Es una búsqueda que nadie entiende.

De algo estoy segura, y es de que en el espíritu de todos aquellos que han tomado una decisión definitiva, cayó una idea que se adueñó de ellos para siempre. Una idea lo suficientemente clara e ilustrada, de esas que consumen en forma perecedera y violenta, que anulan el juicio y la imaginación.

En este momento, hoy, soy una mujer que desea intensamente ser presa de una idea, de una leyenda, de un suceso, y la única condición que pone para ello, es que "eso" sea suficientemente significativo y eterno.

Mi padre murió repentinamente quince días antes de que yo me casara con un pusilánime llamado Ernesto, con el único propósito de huir de mi casa y de su presencia.

Por más que imaginara todas las humillaciones que probablemente me esperaban al lado de Ernesto, ninguna de ellas me quitaba la sensación de dar un paso hacia la libertad.

Había llevado mi hipocresía hasta tal punto, que mi padre y yo éramos una sola persona... cuya mitad femenina desfallecía de terror.

Terror ¿de qué?

De volar por los aires, de ser destruida con un grito, con un golpe, con una mirada. Terror abstracto y por lo mismo invencible.

Naturalmente, no me casé. ¿Qué objeto tenía ahora eso si ya era dueña del campo de batalla?

¿Sería lícito, sería terrible imaginar que la proximidad de mi matrimonio aceleró su muerte?

¿No mueren los leones de nostalgia cuando el domador los abandona para cambiar de oficio porque todas las noches sueña con fauces y con garras?

¿No...?

¡No! Ésta no es la historia que buscaba. No, no, no es, definitivamente no lo es.

Como tampoco lo es la del señor Arenas. Eso es tal vez una prueba, pero lo que yo busco...

Desgraciadamente para Elena, y para Rob también, ésa era la historia que buscaba, la única que podía haberlos salvado, pero ella no quería descifrar su vida, no quería detenerse, ni reflexionar, sino entrar en acción.

El diario o la parte que aquí copio, termina en esta página y sólo hay unas hojas escritas meses después.

Dos meses que Elena pasó en la más oscura de las angustias, en las desesperaciones más complejas. Dos meses en que la imaginación no alcanza a captar su estado de ánimo, que debe de haber sido indescriptible.

De aquí siguen las páginas sueltas que también copio, aunque no sean parte del diario, porque son la prueba irrefutable de que lo que Elena buscaba fue encontrado, glosado, desarrollado con una fina sensibilidad y con la aguda intuición que sigue a los descubrimientos.

He logrado consultar el libro de donde Elena tomó este suceso, y lo que más sorprende es que se reduce a unas cuantas líneas, cuya honda significación sólo podía ser interpretada por un espíritu preparado para ello, no digamos desde hacía meses, sino desde que tuvo conciencia de existir.

Es curioso, es peligroso el encuentro de un suceso pasado hace siglos, con un personaje contemporáneo ocupado en hallar sus propias huellas a lo largo del tiempo.

## LA HISTORIA HALLADA POR ELENA

Era por la tarde y el bosque empezaba a estar oscuro. Desde afuera parecía una mancha negra debajo del sol inclinado.

El bosque, sin embargo, prometía belleza dentro de lo oscuro, prometía vida. Debía de haber flores rojas ocultas por los árboles, insectos, respiraciones y pasos ligeros.

No era posible prever qué clase de animales habitaban el bosque, pero costaba trabajo creer que fueran fieras. La imaginación traía naturalmente flores, mariposas, saltamontes, hongos, un mundo pequeño y protegido por una espesa capa de ramas, hojas, lianas. Un mundo animado y misterioso escondido en otro mundo de aspecto impenetrable.

Se imaginaba el suelo cubierto de frutos de castaño y de avellano, el olor de la intimidad de los árboles mezclado con vapores y el ruido de los pájaros. Pero no se podía hablar de lobos, de tigres o jaguares, que sin duda habrían pertenecido a una selva notable en el desorden, ruidosa, testigo de un sinfín de tragedias.

Era por la tarde y la joven Marta, vestida con su túnica de tela azul y su cinturón de cuerdas bien atado, decidió entrar al bosque.

Al bosque se entraba por un sendero angosto que se ensanchaba repentinamente y se perdía. El sendero estaba cubierto de hierba, pero después la hierba escaseaba y quedaba la tierra seca y dura, donde no había nada, nada, ni hojas arrancadas por el viento.

Marta se sorprendió de la apariencia de la tierra y pensó que los altos árboles debían de tener raíces muy profundas, para alimentarse de una humedad que estaría algunos metros más abajo, en otra capa mojada y sumergida. Tal vez la verdadera belleza de ese bosque estaba más adentro y habría un paso secreto que llevara a un escondido arroyo.

También notó algo que le llamó poderosamente la atención: en el suelo había unas manchas negruzcas que parecían proceder de un fuego encendido y consumido,

pero que no podían serlo, porque se reproducían en forma independiente y sin orden alguno en la misma corteza de los árboles, que por cierto eran castaños y avellanos, aunque ninguno de sus frutos parecía haber madurado y caído.

Marta sintió también que la temperatura era muy diferente a la de la aldea donde ella vivía, que se encontraba cerca. Era mucho más alta, todo el aire parecía penetrado de un humillo incoloro en algunas partes; en otras, vagamente azul. Pensó en una gran fogata, descartó la idea; luego pensó en un lago subterráneo de vapores calientes, pero eso, en todo caso, hubiera dado otro tipo de vegetación.

Marta seguía avanzando sin preocuparse porque el camino se había perdido en árboles idénticos; avanzaba al azar porque en sus planes nunca estuvo el regreso.

Por fin llegó a un sitio donde los árboles se alineaban formando un círculo disparejo y suave. Un círculo invisible desde afuera y donde entraba la luz.

Allí, atravesado por el sol de rayos oblicuos, de pie y en una actitud melancólica y serena, estaba el dragón.

Marta pudo observarlo en toda su grandiosa hermosura. Tenía dos alas inmensas y tornasoladas, el cuerpo cubierto de pequeñas escamas del color de la plata y su pecho no se sabía si recordaba el de las águilas o el de un gran pez de tierra. Pero lo más notable eran las llamas incontrolables y azules que salían de sus labios.

Marta se quedó inmóvil en lo oscuro. No habría regresado. El más enloquecido sueño se había vuelto real. No dormiría más. Recordó antiguos deseos de pastores, de duendes y de príncipes y los fue desechando. Su pecho se desnudó por dentro y se dejó invadir. Fue casi un vértigo, el vértigo del reconocimiento y de la entrega, matizado por un temiendo, invencible, monstruoso sentimiento de pánico.

No tuvo tiempo de arrepentirse de haber entrado al bosque, tampoco quería arrepentirse. No quería huir. Allí estaba el dragón y esa presencia abarcaba todas las reacciones positivas y negativas. El dragón era todo.

Cuando el dragón la miró, Marta estuvo a punto de desmayarse, pero sostuvo la mirada. Los ojos del dragón no conocían la sorpresa, lo más característico en ellos era su intensidad color de uva... pero tembló una de sus alas, y en ella se combinaron de otro modo los compuestos del arco iris.

El dragón salió del área iluminada y se acercó hasta quedar casi junto a ella, no enfrente, porque el dragón sabía lo que significaba su respiración cuando alcanzaba a tocar un objeto.

Miraba a Marta con cuidado, con calma. Ella se estremecía pensando en los árboles quemados y en la tierra manchada y seca. Ella alentaba y resistía la mirada con la concentración con que se viven los minutos que están antes de la muerte.

—Devórame —murmuró.

Entonces, el dragón empezó a caminar de un lado a otro, siempre cerca de Marta y a recitar un especial discurso con su voz ronca, baja, carente de resonancias.

—Que todo aquel que penetre en el bosque ha de morir, se ha dicho. Perecerá en las fauces del dragón. Por eso, este bosque es maldito y muy temido resulta su único habitante. Yo he preguntado (los dragones no son inmortales) ¿cómo perecerá el dragón? Cuando se vive solo, las preguntas hacen ecos y ecos, giran y retumban hasta que un eco falla y desvaría y ya no se parece a la pregunta, porque es la respuesta. Mientras el tiempo pasa, los hombres sueñan y los dragones sufren de alucinación. Soy dragón, ejemplar único de una raza sin hembras: las alucinaciones son ondinas, gorgonas, reinas bárbaras coronadas de piedras, odiosas sirenas que vuelan por el mar y nadan por el aire. No hay nada más temiendo que la imaginación y el deseo de los de mi raza, nacidos para la soledad, la destrucción y la melancolía; engendrados de alguna unión monstruosa, llevamos en el cuerpo las señales de la crueldad de nuestros padres, y en el fondo del cerebro, la distracción abandonada y enloquecida de nuestras madres. Eso somos nosotros: basta mirar la barbarie tornasolada de nuestras alas y el fuego de nuestras gargantas, basta escuchar

nuestras voces inútiles y nuestros llamados que se pierden a la sombra de las hojas ennegrecidas por nuestro propio aliento. Nada es terrible en nuestras vidas salvo el hecho de vivirlas: todo es terrible en nuestras vidas... Se ha dicho que nadie saldrá vivo de este bosque. ¿Por qué has venido?

—Quería verte, soñaba contigo.

—¡Lástima que no pueda reír! ¡Soñar conmigo! ¿Por qué no soñabas con un pastor?

—Un pastor no era suficiente, aunque es verdad que, por un tiempo, soñé con un pastor.

—Debiste haber soñado con un príncipe.

—También lo hice... pero me cansé pronto.

—Debiste entonces... no sé qué decirte. Veo que, en efecto, no te quedaban más que los dragones, pero después de eso, no queda nada más.

—Así es.

Los dos callaron y el sol se hizo más débil. Una libélula descuidada pasó cerca de la nariz del dragón y enseguida cayó al suelo con el cuerpo quemado. El dragón, modestamente, le puso una pata encima y suspiró.

Marta bajó los ojos, como cuando se sorprende algo vergonzoso en la persona amada y así se la protege del rubor. El dragón, sin embargo, parecía incapaz de rubor alguno. Marta dijo:

—Devórame. ¿Qué esperas?

—No sé. Los dragones hemos sido los más tradicionales suicidas de la historia. ¿Lo sabías?

—No.

—Vivimos nuestro destino de destructores y luego, en un momento clave, cuando todo es demasiado árido, se apodera de nosotros un delirio de fecundidad y...

—¿Puedo tocar tus escamas?

El dragón contuvo por un instante su cálido aliento y no contestó. Pero acercó a Marta una parte de su pecho cuidando de mantener la cabeza vuelta hacia un lado. Marta tocó la escama y sintió que sus dedos, al tocarla, se entumecían de horror. El dragón, sin volver la cabeza, la miraba de reojo. Marta retiró la mano.

—Tócame más.

Marta extendió las dos manos sobre el pecho del dragón y a la luz desvelada de la tarde que estaba por morir, vio cómo se reflejaba su imagen en cada una de las escamas. Nadaba en un mar relampagueante de plata y espejos. Tocó cada una de las escamas hurgando en sus múltiples imágenes; se olvidó de sí misma y por ello mucho le sorprendió observar que las alas del dragón temblaban hondamente y que el fuego de su boca era morado.

—¿Cómo es el tacto de la carne? —dijo el dragón.

—Suave.

—Yo no toco. Devoro. Sólo podría hablarte del sabor de la carne.

—Es suave, suave, suave.

El dragón suspiró con tanta fuerza, que la rama del árbol más cercano cayó al suelo calcinada y rota.

—¿Cómo es el tacto de tus cabellos rubios?

—Suave también, como la lluvia.

—Como la lluvia...

El dragón suspiró de nuevo y algo que no era un objeto cayó a los pies de Marta. Algo que fue absorbido por el suelo con gran rapidez y que Marta vio pasar como un relámpago.

—¿Lloras? —dijo Marta. El ojo que la miraba de perfil estaba humedecido. Cayó otra lágrima y Marta pudo ver que dejaba en el aire un rastro de vapor.

—Devórame.

El dragón retomó su discurso interrumpido mientras Marta dejaba de tocar su pecho y seguía la línea en que las escamas empezaban a escasear para dar lugar al nacimiento de las alas.

—Un dragón no es eterno. Una vez vino a matarme una escuadra de soldados y con un solo aliento los convertí en cenizas. Ellos no sabían que la vida nuestra es premeditada y misteriosa. Nadie puede exterminarnos sin contar con nuestra voluntad. Nadie. Por eso parecemos eternos.

Ahora, Marta, parada en las puntas de sus pies descalzos, tocaba sin tocar las irisadas transparencias de las alas y su terror alimentaba su deleite. Sudaba no sa-

bía por qué placer extraño. El dragón se volvió un poco más y su cola resonó contra el suelo como la de una serpiente marina. Los dedos de Marta corrían por las escamas de su espalda, hasta terminar en aquella cola fuerte y enojada, rematada por una aguda flecha.

—El bosque no es un feo lugar para vivir —seguía el dragón—. Si yo me abstuviera de pasearme por algunas de sus partes, podrías comer frutos. Te bañarías en una ciénaga después de pasar yo por ella y el agua quedaría tibia y agradable. Tal vez yo podría contemplarte cómo te bañas, cómo eres sin túnica. Podría ver, también a una distancia prudente, cómo eres cuando cierras los ojos y te duermes —caviló un momento, siempre estremecido y sin dejar de temblar—. Pero jamás podré tocarte, ni mirarte de cerca, jamás sabré...

Marta se había sentado en el suelo, exhausta de miedo y de abandono. Con excepción del rostro, no había parte del cuerpo del dragón que no hubiera tocado. Tenía las manos arenosas, desolladas y colmadas de palpitaciones. Sabía ahora que la sangre de los dragones es más potente que el molino de viento de una aldea. Sabía también que ella era más quebradiza que la libélula calcinada y que el regreso era más imposible que nunca aunque pudiera recordar el camino.

Allí, en el suelo, se inclinó para besar una de las enormes patas. La hinchada cola del dragón pasó sobre su cabeza y el cuerpo de su dueño retrocedió muchos pasos.

Ahora podía distinguirse, sobre el círculo de árboles, una luna como huella digital.

El dragón empezó a caminar siguiendo la curva incisiva de los castaños y de los avellanos, y cada uno de los enormes pasos resonaba en el cuerpo de Marta. La túnica se le había pegado al cuerpo y el cinturón de cuerdas le apretaba como un anillo de acero. Quería dar alaridos y sollozar, pero callaba.

El dragón, con la espalda apoyada en un árbol, miraba al cielo con sus ojos de uva. Parecía imaginar la frialdad de una noche que a él llegaba tibia. Parecía más nostálgico que nunca.

—Ven. Acércate.

Marta, muy temerosa, con las rodillas húmedas, se dirigió hacia él.

—Desata tu cinturón de cuerdas.

Ella obedeció y la túnica se le quedó prendida en el cuerpo como si también estuviera aterrorizada.

—Ahora, átamelo al cuello y llévame.

—¿A dónde?

—Allá, al sitio de donde vienes.

—No sé el camino de la aldea.

—Te lo enseñaré yo.

Marta siguió las instrucciones que había recibido y empezaron a atravesar el bosque. No dijeron una palabra más. El dragón caminaba sumiso y tranquilo. Pero se oían los ecos de su corazón.

Marta iba lentamente aprendiendo cómo en muy corto tiempo nace y crece el dolor.

No se detuvo, sin embargo, ni quiso quedarse en aquel bosque, ni bañarse en la ciénaga, ni alimentarse de avellanos, de nueces y de espanto.

Cruzaron el lindero del bosque, avanzaron por el camino y ya era el amanecer. Ninguno de los dos supo de los esplendores de la noche, cada uno llevaba su propia prisa insondable y secreta.

Al entrar a la aldea, los hombres y las mujeres, enardecidos por un odio gratuito, aunque auténtico, hirieron al dragón con palos y con piedras, hasta que se apagó su fuego y sus latidos y su sangre corrió, no siguiendo el apretado cauce de venas, sino esparcida y torpe.

Marta, ya sin temor, sin sueño y sin cansancio, fue a sentarse junto al molino de viento, frente al curso de un arroyo que, aún ahora, contempla fijamente.

Llegado a este punto, al punto crucial de la vida de Elena, algo me sucedió que contrastaba con mis reacciones anteriores.

Había sentido una curiosidad apasionada y luego una pasión a secas. En algunos momentos una especie de frialdad científica que no era nada fría, después de todo, porque de vez en cuando, sin saber cómo, sufría intensamente.

Había algo que emocionaba mi alma y la hacía vibrar; también había otra cosa que emocionaba mi inteligencia conjuntamente y me ponía en un estado de excitación. La epopeya de Elena era lo primero, la decidida hazaña espiritual. Lo segundo era el sentido estético que predominaba en todo aquello, como si fuera un sólo dibujo, un bello y espantable dibujo, que iba del pasado al presente, con miras al futuro.

Jamás había tenido una visión tan completa de lo que puede ser una obra maestra: aquella profesora de historia que no daba clases porque se sentía inferior a ellas, aquella que no había aceptado la vida doméstica que varias veces le habían ofrecido y que parecía la imagen de la esterilidad, había, a su manera, amado tanto su vida que, para defenderla, hizo nacer un instinto creador de la más pura sutileza.

No pude horrorizarme porque lo que veía era definitivamente un esfuerzo artístico, pero la angustia se apoderó de mi alma en tal forma, que no podía vivir.

Tuve inclusive una idea que ahora me parece sacrilega: la de hacer un estudio psicológico, lo más despegado y esquemático que pudiera, de estas dos personas. Lo intenté y el estudio estaba dotado de una resplandeciente claridad. Todo se comprendía, todo... Sin embargo, el estudio carecía de lo que precisamente me interesaba más: el inspirado impulso que había movido a mis dos personajes a actuar como lo hicieron. Me dio vergüenza, una tremenda humillación por querer borrar de esta historia la luminosidad y la vitalidad, inclusive la vitalidad negativa y monstruosa que a veces posee, para convertirla en un simple análisis que quedaba por debajo de la calidad humana de ellos. Y después de todo, también por debajo de mi propia calidad.

Al día siguiente de haber descartado en forma definitiva la idea del ensayo, en un rato de calma, empecé a labrar en madera la sencilla figura de Santa Marta: con los ojos inmensos entornados, el rostro señoreado por una paz imperecedera y cruel, y los brazos no en actitud de orar, sino colgando a lo largo del cuerpo, cerca del grueso cinturón de cuerdas.

Allí está ahora, imperfecta y terminada, en un sitio especial, donde puedo mirarla si el nivel humano más esencial decae momentáneamente en mi conducta.

En aquellos días, cuando labraba la estatuita, llegaba una mañana asoleada y muy seca, los padres de Rob. Se presentó primero Teresa, llena de aspavientos y de sonidos inarticulados, y luego entraron ellos.

El doctor Marlon me preguntó si hablaba inglés y al recibir mi respuesta afirmativa, me explicó quiénes eran y a qué venían.

La señora Marlon no habló y cuando los invité a sentarse lo hizo después de su marido.

Por un momento esperé una pregunta que no llegó y luego fui a sacar del clóset la ropa de Rob, que seguía doblada en su valija.

Ni el doctor ni la señora levantaban los ojos del suelo. Él era calvo, alto y delgado; ella, alta y gruesa, muy parecida a su hijo, con la misma obstinada sensualidad rodeándole los labios, pero con un rostro más marcadamente apasionado que el de Rob. El rostro no de la mujer que se consume, sino el de la que se reprime y se desborda. Apenas tendría más de cincuenta años.

El doctor prendió un cigarro con una mano muy fina, muy larga, manchada de amarillo. Corrí por el cenicero y me lo agradeció con una sonrisa despectiva, una como inclinación de los labios.

Pregunté si querían ver lo que Rob había dejado.

—No es necesario —contestó él. Luego miró a su mujer, que no se había movido—. Es sorda —añadió.

Yo expliqué que los papeles no cabían en la valija. Formaban un cerro en mi librero. El padre los miró.

—¿De qué papeles se trata?

—Cuentas, cartas, cosas que escribía.

El doctor guardó silencio.

No quiso preguntar qué escribía su hijo. Me puse a imaginar el efecto que le haría leer la novela de Rob y no acertaba, mientras decidía si debía ponerla entre los papeles o dejarla en el cajón de mi escritorio.

—Los llevaremos.

Era evidente que la presencia del hijo se hacía sentir, también lo era que el padre había detallado la muerte en su imaginación y luchaba con la necesidad de preguntar por cortesía, por no quedar mal, un detalle real.

La madre se miraba las manos, ¿por qué no preguntaba ella?

Empecé a sentir una compasión que iba mezclada con la ira, con aquella misma que debió de haber sentido Rob ante estas dos personas. Los ojos del doctor todavía delataban la droga.

Pensé en Rob, que hacía dos meses, en el departamento de abajo, vagaba en pantuflas de la cafetera a la máquina de escribir, destilando la soledad arrogante y enjaulada de algunas fieras. Así era ella, así debía de estar siempre en su casa, en el campo, en las ciudades. Inmediatamente decidí entregarles la novela y dejar que Rob se explicara con sus propias palabras.

Abrió el cajón que se desliza sin ruido, apenas con un roce, y la señora sorda que miraba por la ventana volvió la cabeza y se ruborizó al hallarse con mis ojos.

Saqué las hojas y dije ahora, mirándolos a los dos:

—Es una novela —el doctor abrió la boca y disimuló en una exhalación de humo su intención atrepentada de decir algo. Yo tenía ganas de clavarle un puñal.

—Rob decía que era una novela autobiográfica que deseaba publicar pronto. Pero no le dio tiempo de terminarla —esto era mentira.

La mujer sorda estaba a punto de llorar, pero hizo un ensayado milagro para que las lágrimas se disolvieran sobre sus pupilas. El doctor lo sabía sin verla y temí que el puñal hubiera cambiado de mano, como en efecto había sucedido.

—Nunca se la hubieran publicado. Puede quedarse con ella si así lo desea. La vida de Rob la sabemos perfectamente.

La señora tuvo un movimiento tan imperceptible que podría decirse que fue interior; del corazón a una costilla. Me dirigí a ella.

—¿Usted tampoco la quiere?

Se mordió los labios. El doctor dijo con el tono fastidiado de quien ya ha hecho una declaración que debería ser recordada:

—Es sorda.

Guardé la novela en el cajón. En ese momento me hubiera encantado ser un poderoso editor neoyorquino para decirle que dentro de un par de semanas mandaría gratuitamente diez ejemplares empastados e impresos con letra clara a la biblioteca de su pueblo. En vez de eso, pregunté:

—Tienen ustedes otro hijo, ¿verdad?

El doctor dio un suspiro de alivio, también muy escondido, de la garganta al paladar.

—Es ingeniero, se casó y tiene tres hijos.

Estuve a punto de decirles que se fueran. Pero no lo hice, sólo me quedé mirándolos, con los brazos cruzados, para que se fueran.

La señora le dijo algo al oído de su esposo y él la miró de reojo, sin contestar. Evidentemente le había negado algo.

Se pusieron en pie. La señora tomó los papeles entre los brazos y su boca tembló, el padre levantó la valija y se acercó a la puerta.

Ella vaciló un poco y luego me hizo una pregunta relacionada con lo que había dicho a su marido.

—¿Dónde puedo comprar un prendedor de plata?

El doctor se indignó y salió al vestíbulo. Yo le escribí una dirección sobre una tarjeta y ella la atesoró en su bolsa, sin soltar el paquete de hojas.

El doctor se despidió de mí sin decirme que le daba gusto haberme conocido, pero no olvidó pedirme disculpas por lo mucho que habían tardado en venir a buscar las cosas de Rob. Ella me tendió la mano como si me agradeciera en especial la dirección, pero yo sabía que no era así.

Me quedé con la sensación que dejan algunos extrajeros cuando hacen lo que les place, atropellando los derechos ajenos sin dejar de pedir disculpas, esperando que uno se las dé sinceramente. No disculpo nada. Nada.

La visita de los padres de Rob atenuó un poco mis sentimientos por el caso de Elena y me acercó a mi amigo, que era, entre todas las personas que he conocido, la única que no pudo tener ningún amigo.

De Rob no pueden recordarse los actos tiernos. Se le recuerda vivo, en su vida. Se recuerdan sus pies, sus carmasetas, los dedos temblones con que manoseaba sus paños. La risa tan abiertamente maligna que apenas era posible ofenderse. La extraña calma con que lo sorprendí una tarde leyendo una novela policiaca, el falso espíritu positivo con que se sentaba a la máquina a escribir su novela, la rabia mal oculta con que lavaba su ropa interior y la tendía a secar en el baño, su impermeable de plástico, la fina inteligencia, malévola y decepcionada al mismo tiempo. La palidez angustiada bajo la barba negra en los momentos insospechables en que vivía su conflicto.

Pero Rob está muerto. Aunque frente a sus padres, esas dos personas que yo recibí aquí, en este cuarto, vive aún y será una fuente eterna de emociones, de arrepentimiento y de reproches.

Entre las cartas de Rob había una de su madre que sólo tomó vigencia después de haberla conocido. Era una carta corta, de frases lacónicas bajo las cuales se sentía una respiración entrecortada.

Le mandaba dos dólares en billetes sustraídos del gasto de la casa, le decía que el invierno era suave y que, por fin, el doctor había accedido a comprarle una máquina de coser. También que cerca de su casa habían construido otra, donde fue a vivir una anciana con quien hizo amistad y a quien visitaba al caer la noche, cuando el doctor salía, una o dos veces al mes. Que siempre hablaban de la felicidad y tomaban coca-cola.

Había otras del mismo género, todas iguales, donde se hablaba de la primavera y del otoño, que según la señora Marlon siempre eran benignos. Las estaciones pa-

recian ser para ella una de las muestras más patentes de la armonía del mundo.

Rob habría llegado a eso si hubiera sobrevivido la etapa en que murió, una etapa en que, según su autorretrato, que conservo, una vaga gangrena carcomía parte de su rostro.

Transcribo este segundo diario de Elena, con Rob siempre presente. Este fraguado diario de la letra pareja, civilizada y decidida. Este fruto logrado en la deseperación y en la astucia, este fruto perseguido por su autora a lo largo de lecturas promiscuas y apresuradas. Esta perfección del intelecto que a veces se asemeja en estructura a aquella primer arma que soñó el hombre primitivo cuando vio el primer tigre y supo que su vida dependía de la eficacia con que su invento se amoldara a su sueño.

En este segundo diario, Elena no puso una sola fecha y, al copiar el primero, yo las excluí, pensando que en el tiempo y la imaginación los sucesos se ordenan a sí mismos y que hay cosas que suceden en un día cuando debieron haber sucedido una semana después, pero que tienen el mismo efecto porque la lógica de la vida no marcha con la del pensamiento, si bien llegan a la misma meta aunque tomen caminos aparentemente disímiles.

Ahora vienen las líneas que escribió Elena, la inventora del sueño hecho concreto, de la alucinación hecha técnica, de Elena la arquitecta, la que no tiene otra moral que el arte y la preservación de la existencia.

El primer diario trata de la verdad superficial, de la verdad falsa, o de una de las verdades que poseemos los seres humanos. El segundo, de la verdad profunda, de la cierta, de la ineludible verdad que nos lleva a la acción.

## SEGUNDO DIARIO DE ELENA

Voy a casarme con Leonardo. Porque es suave, dulce, no levanta la voz. Cuando vamos al cine me besa en la mejilla como si no quisiera realmente tocarme. Nunca es impertinente. Me molestan los hombres que no pueden apartar las manos de la mujer que llevan a su lado, como si ya fuera objeto suyo y para siempre.

Fui yo quien lo besó en los labios por primera vez. Pasaban las semanas y él no se atrevía. Tenía miedo de molestarme o de que yo supusiera en él la intención del abuso. Todo lo que Leonardo hace va dirigido a complacerme, a conservarme.

Casi todas las semanas tiene para mí un regalo que resulta significativo de las cosas que hemos visto juntos o de lo que hemos hablado. Una muñequita negra, un conejo de peluche, un ramo de violetas... Como si siguiera los pasos de nuestras relaciones y para no perderlos, los convirtiera en objetos.

Cuando nos encontramos en la calle sonrío desde que aparezco. Lo primero que veo es su sonrisa, sus dientes blancos y parejos. A veces guardamos largos silencios, pero él sigue la expresión de mi rostro y la trayectoria de mis ojos.

Me hace sentir querida, estimada, mimada como una gata grande y única. Me hace sentir cosas positivas y gratas.

Leonardo no es el único hombre que he encontrado con tan agradables cualidades. En realidad he tenido suerte con los hombres que he hallado.

Sólo que en las ocasiones anteriores algo ha sucedido; algo indefinible que me ha impedido llegar al matrimonio. Esta vez no sucederá. He madurado o he llegado a una edad adulta sin saberlo, porque aprecio a Leonardo sin dudar, sin desfallecer, en forma continua y definida.

He comprado libros y, sin decirselo a nadie, he aliamentado el proyecto de dar unas clases, buscar un empleo que se relacione con mi profesión. Es el deseo de iniciar una vida más de acuerdo con lo que puedo ser.

Supe por una antigua compañera, que hay una plaza de maestra de historia de Grecia y Roma. La conseguí. Lo sé.

Se lo he dicho a Leonardo y se ha mostrado feliz, porque sabe que todo cuanto hago por mí, es a causa de él. Porque me tranquiliza. El mundo que me ofrece es sereno y feliz, sin interrupciones violentas, sin que yo sienta que una mano destructora se levanta sobre mi cabeza cuando duermo.

He dejado de tener sueños de terror. Antes, hasta hace un mes o dos y desde siempre, despertaba a media noche bañada en sudor y debía ponerme en pie, moverme, encender la luz, para disipar todo el rastro del sueño. Era un terror que no resistía análisis de ninguna clase. No es nada concreto, no es el miedo de que entren ladrones, ni de que me acontezca algo real e inesperado. Es el miedo de convertirme en polvo, en sangre, en una masa informe, sólo el genio que me inspira esos sueños sabe en qué.

Inclusive he llegado a vencer la rebeldía que me produce el ansioso deseo de mi madre de que me case pronto. Sé que al proponérmelo le doy gusto y no me importa. Lo haré de todas maneras.

Leonardo y yo hemos salido al campo con un grupo de amigos de él. Me gustan sus amigos. Me gusta él.

Después de comer, nos alejamos del grupo y fuimos a sentarnos debajo de unos árboles.

Leonardo me besó con apasionamiento y yo hubiera querido que me poseyera. Sin embargo, se retiró de mí justo a tiempo de poder detenerse; en el momento en que uno intuye que si sigue adelante no podrá volverse atrás. Yo lo lamenté íntimamente, pero luego reflexioné en que si lo hubiera hecho, aquello hubiera desentonado en forma fatal con la imagen que yo amo de Leonardo y todo hubiera cambiado.

Luego, en la noche y a solas no podía dormir. Me estorbaba la sensualidad que se había despertado en mí. Llegué a odiarme. Quería pensar en sonrisas y miradas y no podía. Tenía todo el cuerpo golpeado y doliente por unas manos que nunca me han tocado de verdad.

Desperté sacudida y nerviosa, con deseo de no ver a Leonardo en algunos días. Pero llegada la tarde, me alegré mucho de poderlo ver.

Hoy me han dado el empleo y no lo he dicho a nadie, ni a Leonardo. Empezaré a trabajar el mes que viene.

Esto ha coincidido con algo que yo considero como un paso atrás.

Estoy... estoy desesperada conmigo misma porque me he dejado afectar muy seriamente por algo que no debe, que no puede tener importancia: ese hombre que me sigue, que me espía. El hombre y el empleo se han enredado de tal manera uno con el otro, que no sé si he tomado al hombre de pretexto para odiar el empleo, o es el empleo el pretexto para odiar al hombre.

Elena, pobre de ti. Estás confundida. Por el amor de quien sea, por amor a ti, serénate. Adivina, piensa, profetiza, pero no delires, Elena, te conozco.

Ese americano está en todas partes. Al abrir todas las ventanas, al caminar todas las calles. Se conduce como una bestia o como un loco. Eso debe de ser, una bestia y un loco.

He perdido la paz, las visiones de felicidad. Su presencia, siempre actual, aun en los momentos de más intimidad, me acosa y me agota.

Ya no sueño la destrucción, simplemente no duermo. Esto sucede desde el día que vi una lucecilla que se movía lejos, en la oscuridad que se ve desde mi ventana. Supe que era su cigarro. Cerré la ventana, apagué la luz y quise dormir. Ya era imposible dormir.

¿Por qué no duerme él? ¿A qué hora duermo?

Decidí informar a Leonardo de lo que sucedía y no me atreví. Hablamos de mil cosas. Me dijo que yo estaba especialmente nerviosa.

No lo sé, no me veo. Sé que para disimular lo que me pasa he jugado con él juegos de niña, lo he molestado sutilmente, le he hecho cosquillas; pese a todo, no he podido lograr que se riera. Me miraba con azoro y sor-

presa, como si de esa mi eterna dignidad no pudieran esperarse tales cosas.

Ni del mundo, tal como ha sido hasta ahora, puede esperarse que se convierta en un laberinto regido por un minotauro.

Dolorosamente me he despedido de Leonardo. Quería que se quedara más tiempo, sé que no dormiré. Pero también quería que se fuera para no darle el espectáculo de esta agitación que no puede resolverse con sinceridad.

Si no se lo he dicho es porque siento que no puede protegerme. O tal vez porque su protección sería inútil.

Quiero estar encerrada. La paz también se ha ido de los domingos. No pude aceptar la invitación a comer que me hizo Leonardo. No hubiera podido caminar por la calle ni sentarme en un lugar público.

Este encierro de un día me ha decepcionado. Tampoco aquí es posible estar. Elena, como alguna otra vez, como en tu infancia, no hay lugar posible para ti. Ni descanso posible de ti misma.

Es absurdo. No puede ser, nadie puede aceptar que un hombre cualquiera, salido de la nada, de un poste, de una pared en blanco, venga a hacer pedazos la vida de una mujer con la que ni siquiera habla.

Sin embargo, ya vivo más en el cerebro de este hombre que no me abandona ni de día ni de noche que en mi casa, en mi trabajo o en la compañía de Leonardo. Todo carece de significado para mí.

Es absurdo y me defiendo de alguna manera que no resulta efectiva, sino falsa.

¿Por qué mi alma nunca ha sido propensa a la alegría y al descuido? Si lo fuera, nada de lo que sucede ahora sería cierto.

Pasé dos días en aparente calma y ayer estalló todo. En la imposibilidad de describirlo, numero:

- a) Rompí con Leonardo.
- b) No me presenté a dar la clase de historia.

c) Al ver el cigarro en la oscuridad, abrí la ventana y me acosté bajo el foco prendido de mi cuarto.

Dormí profundamente, por primera vez en muchos días. Ahora que es el amanecer, he apagado la luz y veo cómo se sacuden dos claves que se abrieron durante la noche en las macetas que están detrás de mi ventana.

Estos días, he tenido una resignación que no me explico. Parece incomprensible después de la tensión que me hacía pedazos. Tomé tres decisiones y no me alabo de ellas, pero una fuerza interior mayor que los razonamientos y peor que los deseos, me lo exigía.

Una fuerza que era la necesidad física más urgente. La nostalgia del sueño, en primer lugar, esa infinita avidez que da el cansancio; en segundo, la ansiedad de conformar mi situación a unas líneas que desconozco enteramente, pero que pedían la eliminación absoluta de Leonardo, con todo lo que él significara.

Obedezco. No sé a quién. Y logro así la paz ficticia que da la rebeldía renunciada.

Era en verdad una paz aparente, ahora me ahoga de nuevo la insistencia de ese hombre. De nuevo sin sueño, sin apetito, sin deseos.

En ese hombre sospecho una voracidad que reduce mi voluntad de rechazarlo a un mero silencio. Y me ofende, como nadie me ha ofendido todavía.

Me insulta con su cuerpo exhibido de extranjero ignorante de los pudores de nuestra raza, con sus ojos borrados y exigentes, con la naturalidad despectiva y confianzuda de su paso. Parece que siempre se encuentra en la cochera de su casa, en el lugar poblado de instrumentos que él maneja perfectamente y que sabe que están a su entera disposición.

Trabajo, camino, descanso y me desvisto. Todo delante de sus ojos.

Me río de mis humillaciones. Fui a una ferretería a comprar una enorme cerradura con pestillo y cadena que he mandado poner en la puerta de mi casa, ante los

asombrados ojos de mi madre, que si bien cree en la maldad humana, cree también en la indiferencia.

Eso me quitará un poco el miedo, aunque sé que él no intenta entrar en mi casa, ni forzar la débil puerta de madera. Es un monstruo, no un ladrón.

Los hombres, desde la antigüedad, se han defendido de los monstruos como si éstos fueran tiranos, ejércitos, bandoleros. Torpemente, por cierto, muchos monstruos fueron vencidos por Hércules, que era un fenómeno de la naturaleza, o por una sencilla adivinanza.

Yo no creo en la maldad humana, aunque sin cesar he contemplado la deformidad: la maldad física de los nervios de un cerebro, por ejemplo. Y eso es una desgracia.

Es difícil establecer los límites humanos porque nos influimos los unos a los otros, hemos nacido al lado de otros seres y por eso al crecer somos cóncavos o convexos. No lisos y limpios como rejas, como lápices, como rieles.

Hoy, al salir de mi trabajo, vi a Leonardo con el aspecto suave y nervioso de las reconciliaciones. Cerca de él estaba el otro, con esa actitud fácil y pretenciosa al mismo tiempo, de artista de cine en vacaciones. Ni siquiera podría decir que me miraba. No me atreví a saludar a Leonardo, tuve una actitud más distraída que si no lo conociera, más tenesa que si fuera mi enemigo.

El otro prendió un cigarro y empezó a seguirme.

Apenas alcancé mi cuarto lloré desesperadamente, como una niña, pero mientras lloraba me prometí que sería la última vez en mucho tiempo.

Con la sudorosa sonrisa de Leonardo he dejado pasar, en un largo desfile, la clase de historia, una casa, unos muebles, unos hijos, un marido, una felicidad que ya había aceptado... Todo, todo eso que era mío.

Luego, despojada y vacía, fui a abrir la ventana para que entraran el viento, los ojos del hombre, lo que fuera, a pisotear mi ruina.

Hoy he sido morbosa. He escuchado, en la tienda donde trabajo, un disco de música de arpa que escuché en una

ocasión dichosa con Leonardo. Tocaba muy lejos pero yo fui a oírlo completo al pie de la escalera.

Me vino una frase a la cabeza: "todas son sustituciones del verdadero amor". La frase se repitió todo el día, hasta ahora.

Ahora en que me pregunto: ¿cuál es el verdadero amor?

Yo me lo imaginaba submarino cuando era adolescente: un amor de pescados y de ostras, una sensación salada de sargazo y de rocas, de estrellas y de silencios verdes.

El tiempo se lo ha llevado todo, hasta el aire y el mar. No queda nada.

Hoy fue el día señalado para el principio de este final tan prolongado ya. Lo esperé en el sitio donde me esperaba y lo induje a hablarme.

Me habló; una sensación de náusea me rondaba. Sus palabras eran lo mismo que su rostro, sus ojos y su cuerpo. Las palabras merecidas por el abandono de Elena.

No se molestó siquiera en tratar de hablarme en español, ¿para qué? Esta senda maltrecha ya puede ser hollada.

Quería entrar en mi casa y no sabía cómo despedirme. Él parecía no caer en la cuenta de ello y pasaba frente a mi puerta sin dejar de hablar.

Por fin me decidí a tenderle la mano y tuve la sensación de apretar la mano sucia y seca de alguien que no conoce la palabra escúpulo.

Entré y creí que para siempre me había librado de su presencia nocturna, que había hecho una transacción hablándole y que ahora sólo tendría que verlo por las tardes.

No era cierto. Primero se detuvo en el poste, luego se fue a su puesto de observación con el cigarro en la mano. El espionaje parece ser más concentrado, más cercano y tangible. He salido perdiendo.

Mi inocencia me ha producido tal indignación que, casi sin sentirlo, me he roto con las uñas las palmas de las manos.

Elena idiota, idiota.

Fue exactamente así.

Me invitó a su departamento, me besó, me arrancó la ropa a tirones y se acostó conmigo. Luego murmuró alguna cosa y salió a la calle... dejándome encerrada.

Esto ya no se llama humillación, ni se llama dolor, ni se llama muerte.

Jamás hubo una mujer tan agraviada, encerrada en un cuarto, sobre una cama sucia.

Se llama odio y no hay palabra capaz de borrarlo, ni abismos de ternura que lo ahoguen.

Ahora sí he hecho una transacción, sin que él lo sepa. Ahora no puede ser posible que pierda el sueño cuando me espía.

¿Le importa acaso a una pantera herida que su heridor vaya a esconderse detrás de un árbol como si intentara cazarla de nuevo? Le parece estúpido.

¿Dónde están las clases de historia?, ¿dónde?, ¿dónde?

La vida no está en ninguna parte. Elena respira, suspira, come y se debate en una tiniebla sin salida.

Los momentos mejores son aquéllos en que mi agresividad puede salir disfrazada porque Rob se descuida.

Cuando estoy en su presencia me paraliza completamente. Cuando estoy sola me sorprende del cuidado con que lo observo, recuerdo detalles que me hacen apretar los dientes con un inesperado sufrimiento.

Tengo conciencia de la situación, aunque confusa; soy incapaz de abarcarla como soy incapaz de dominarla, por eso sufro con la minuciosidad de los detalles. Que no es limpio, que hace una interminable serie de vulgaridades como subir los codos a la mesa y chasquear la lengua al comer. Sobre todo, la liberalidad inmensa con que se toca los pies me resulta espeluznante.

Dice que se siente solo y siempre que está en su casa pone la radio. También cuando hace el amor tiene la radio puesta y siempre es música americana de la más corriente y embrutecedora. También cuando dice que está escribiendo. Nada hay tan repugnante como esas cuartillas que revisa, tira y guarda alternativamente; todas con ruedas de café y manchas de grasa de tocino.

Muy interesante es su figura junto a la máquina de escribir; piernas abiertas, pies descalzos de planta ennegrecida, uñas grises sobre el teclado, comida invariablemente grasosa y goteante sobre la mesa, rostro contraído y radio puesta.

Es indudable que los argumentistas de las películas norteamericanas, cuando sus personajes son escritores y trabajan en un hermoso cuarto a la orilla del mar, sobre una mesa blanca que tiene a un lado un teléfono blanco, los describen con un explicable sentido del pudor muy digno de alabanza.

Dentro de las personas que Rob menciona en sus conversaciones, está siempre un tal Tom que, por la confianza con que se refiere a él, hubiera podido ser su compañero de escuela, o su amigo más íntimo y respetado, o el muchacho que le hacía los mandados a su padre, según los matices de sus comentarios.

Me llevó días averiguarlo, pero al fin llegué a la conclusión acertada y asombrosa de que ese muchacho era el escritor Thomas Wolfe, a quien naturalmente no conocí.

Exactamente frente a la ventana de Rob está una extraña y vieja casa. Es una casa de huéspedes y en la fachada no tiene adorno alguno, pero se ve que la imaginación de quien la hizo se concentró en un balcón del tamaño de un cuarto que cuenta con una torneada barandilla de columnas, sobre las que destacan tres rostros mitológicos e infernales. En la pared del fondo, hay dos gárgolas con la lengua de fuera, por donde en alguna época corrían dos chorros de agua que iban a caer en una fuente cuyo fondo se antoja recubierto de hojas y de esqueletos de peces de colores.

Junto a esa fuente fracasada se pasea una Elena imaginaria armada con un arco y un carcaj, esperando el momento mejor para apuntar sin ser vista hacia el cuarto de enfrente y disparar una flecha empapada en sangre de centauro.

Conozco la desesperación que se apodera de Rob cuando llega de dar una clase de inglés y no me encuentra. Esa

desesperación me produce un rotundo desprecio. Seguramente porque a mí me alegra llegar y no encontrarlo, no verlo hasta que se anuncian sus pasos y su suave silbido y empiezo a temer.

Pero el odio a veces va más allá de la protección que uno mismo se debe. El odio vuelve atrevido al cobarde y desata al pusilánime.

Hoy me he atrasado intencionalmente: salí de trabajar y fui a tomarme un café, luego me metí en una tienda de discos y compré uno después de escuchar unos cinco o seis. Era un disco de jazz.

Lenta y premeditadamente, con el disco bajo el brazo, llegué al departamento. Todas las puertas estaban entreabiertas. Rob no estaba en su casa.

Me senté en el sofá aterrorizada. Así pasé media hora, los oídos se me cerraban como en crisis y me habían escuchar una especie de estática. Entró Rob con el rostro enrojecido y sin aliento. Yo iba a empezar a decir algo cuando me puso en pie tan violentamente que sentí cómo sus uñas me rasgaban la piel del antebrazo.

—¿Dónde estabas?

Empecé a temblar y no hallaba las palabras.

—¿Con quién estabas?

No pude hablar. Me quité la bufanda para que sus manos se anudaran en mi cuello y lo rompieran. Las manos se levantaron y tocaron mi cuello.

Entonces rompió a llorar y me soltó. Caí sentada en el sofá de nuevo.

Tenia que consolarlo y lo consolé. Cenamos después con toda calma y Rob sonreía a cada momento con sus ojos húmedos y borrosos.

—Maldito actor, después de todo te gané la partida, un rasguño no cuenta. Además, esa mujer a quien vas a darle la clase evidentemente te mantiene porque le gustas. Puerco.

Sé que un día, con un tocadiscos prestado, tendrá el cinismo de bailar mi música de jazz y se retorcerá sincera y naturalmente.

Estoy resfriada. Es un resfrío viejo y fomentado por la ventana abierta sobre mi cama. Pero no puedo cerrar la

ventana. Ni siquiera me he atrevido a decirselo a Rob. Sé que le hará un pésimo efecto, aunque no puedo imaginarme el significado que tiene para él verme de lejos aunque me vea de cerca todas las tardes y parte de la noche.

A Rob mi resfrío le entenece... hasta un punto: el momento de ponerme las inyecciones. Entonces saca a relucir la crueldad refinada que ocultan todos sus movimientos torpes y bestiales.

Estoy segura de que lo hace en forma intencional para someter mi pasividad a alguna prueba que para su imaginación de animal parece decisiva. Me pica tres o cuatro veces, hasta que me duermo de desesperación, con todas mis energías agotadas.

Luego viene la escena de la enfermera dulce y piadosa y me toma en sus brazos.

Hoy he sonreído a través de todo el proceso, mientras jugaba con una liga. Cuando la enfermera dulce y piadosa me trajo mi cena en una charola tan completa que hasta tenía un geranio rojo, le di un ligazo en plena cara. Fue inevitable y tan rápido que no deje de reír y hasta exageré mi buen humor para no despertar sospechas.

Rob reía complacido como un chimpancé.

Esto debe de ser el fondo de la abyección, tiene que serlo. Si no lo es, ¿cómo será cuando realmente llegue?

Estos pequeños hechos me envalentonaron y estuve a punto de perder más de lo que pensaba que exponía.

De nuevo hice esperar a Rob. No tenía que ir a trabajar y le dije que llegaría a las doce. No llegué. Estuve contemplando detenidamente aparadores de todas clases. Cuando el reloj marcó las doce y media, tuve miedo y decidí cohechar la angustia de Rob con una camisa. Escogí una mejor de las que él tiene, muy bonita. Claro que eso me llevó tiempo, pero la camisa me daba valor.

Llegué y encontré abierta la puerta de su cuarto. Allí estaba sentado fingiendo que escribía. Saludé y él actuó como si apenas notara mi llegada. Me desconcerté un poco y preví que la representación sería un poco más elaborada. Tomé un libro y a mi vez fingí leer. Esto dio resultado para aligerar el principio del melodrama.

Se acercó a mí. Yo le entregué la camisa. La desenvolví, la miró y la tiró por la ventana.

Enseguida procedió a echarme de su casa. En cuanto lo dijo, pensé que no había nada en el mundo que yo deseara con tanta intensidad; al mismo tiempo, comprendí que la situación era falsa, porque él seguiría persiguiéndome y en forma inevitable regresaría yo a esta casa, a este hombre, a la cama de las sábanas sucias.

No resistí más y me puse a llorar porque quería irme y de nada serviría que me fuera, ya que de ninguna manera soy capaz de resistir otro sitio y otra cacería para caer de nuevo.

Rob salió de la casa y me dejó llorando. Y no quería, no podía dejar de llorar porque al llorar pensaba. Pensaba que a esto había que buscarle un remedio grande y definitivo. La solución no vino, pero tuve el presentimiento de que vendría, aunque fuera extremada.

Rob regresó con la camisa colgando de una mano. Me dijo que se la pusiera y se la puse mientras mi cerebro dolido repetía:

—Qué vergüenza, qué vergüenza.

Luego, satisfecho y contento, me invitó a comer.

Terminada la representación, el primer actor va al café en compañía de la dama joven.

No, jamás amaneceré al lado de Rob. Lo único grato de mi vida es abrir los ojos y saber de mi intimidad; sentir que a pesar de todo hay algo mío, aunque sea mi cama y mis sábanas, se ha convertido en algo muy vital, muy necesario.

El asunto ha estado a discusión durante semanas. Pero no he cedido. Yo no amaneceré al lado de Rob.

Es como cuando se muere una persona y una, al abrir los ojos, debe reconciliarse con el hecho de su ausencia. Yo no puedo reconciliarme con la presencia de Rob a ninguna hora, pero mucho menos en aquélla.

He estado esperando los resultados de mi negativa, hasta que se hicieron notar. Anoche, al despedirme, Rob me amenazó oscuramente. Hoy cerró por dentro la puer-

ta de su cuarto y empecé a escuchar cómo rompía diversos objetos, sobre todo papeles y vasos.

Nunca he sentido placer más malévolo. No podía arrancarme de la puerta, como si lo que se rompiera fueran pedazos del cuerpo de Rob. No me abriría, pero me daría oportunidad de oír y el oído para mí en esos momentos era superior al tacto, a la vista, al sabor.

Fui interrumpida por un vecino de Rob, hombre nervioso, sin tacto y que parece siempre poseído de una malhadada curiosidad. Se enteró de la situación gracias a una indiscreción de las que le son habituales y eso vino en menoscabo de la intensidad con que vivía la imaginada destrucción de Rob. Me pareció que sorprendía mis sentimientos.

Pero no me fui, no. Allí me quedé, en el vestíbulo, toda una larga tarde, y afuera parte de la noche, cuando calculé que podría mirar dentro del cuarto y Rob encendió la luz.

Luego fui a mi casa. Sabía que ahora tendría que pagar cada crujido, cada patada, cada susurro de los que había escuchado.

Los pagué. Estuve mirando por la ventana abierta el sitio donde aparece Rob hasta que lo vi. Lo llamé. Temblaba del terror de que hiciera escándalo, de que ahora si entrara en mi casa rompiendo puertas y cerraduras. La única manera digna (¿digna?) de solucionar el asunto era quitar los cerrojos, abrir la puerta y meterlo a la casa.

Lo hice y pude ver que tenía un brazo vendado. Veía exhausto y no quería hablar. Veo que una vena corrió para el cuerpo y la mente de Rob, es casi un acto de beneficencia. Se tendió en la alfombra de mi cuarto y se durmió. Y yo estuve hora tras hora, con los ojos abiertos y un sudor incontinente, rezando no sé a quién, ni sé qué cosa, rezando y pidiendo con los poros, con los cabellos, con los tímpanos, que despertara al fin y que se fuera. Casi al amanecer, se levantó y se fue, siempre en silencio.

Esta noche ha sido como una centuria pasada en el infierno.

Hoy he leído la grasosa novela de Rob, cuando él no estaba en casa. Rica en vitaminas, a juzgar por la cantidad de tocino del que está impregnada.

Rica en otras cosas, además. Mi temor se ha reducido notablemente.

No es verdad.

No, no es verdad.

Se me ha ocurrido que la resistencia psicológica tiene un límite que no debo sobrepasar. Los seres humanos pueden habituarse a vivir cerca del agua, sobre una montaña, en medio de un río, pero nunca dentro del peligro. Algo se contrae y se dilata como si fuera una pupila y toda el alma se vuelve un ojo azorado y en apariencia quieto.

Quiero tener piernas, brazos, manos otra vez. Quiero comprar un ramo de crisantemos para ponerlos en un florero azul. Quiero sentir las calles que camino. Quiero reconocer a las personas y las cosas que me rodean. Detesto vivir obsesionada.

He leído de nuevo la novela de Rob. Con más calma. Si yo fuera un lector desapasionado, sabría que es el principio de una hermosa novela.

Rob no ha escrito una página más. Tal vez lo que hay en esas pocas páginas es el principio y el fin. Debo saber lo que hay en esas páginas. Mientras esto sucede me visto de docilidad y de paciencia. Tal vez soy dócil y paciente y yo no lo sabía.

Compré un reloj de cuco para el cuarto de Rob. El tiempo ahora está lleno de latidos metálicos que, si no lo acortan, por lo menos lo señalan.

—Aquí estoy —dice el cuco—. Aquí estoy para que sepas que cada vez que sueño, falta menos para tu libertad.

Mi libertad es irme, yo adoro ese cuco. Y luego está mi libertad la otra, aquella que se ganará cuando me haya ido definitivamente.

¿Qué sentiré cuando sepa que no volveré a ver el sofá verde ni esta calle, ni el rostro de Rob Marlon? ¿A

dónde iré para no volver a encontrar la violencia y el pánico?

Toda manifestación de mi personalidad, desde mi infancia, parece atraer el peligro. Yo prometo ser muda, sorda, mecánica, inexistente, si con eso se aleja. Prometo convertirme en polvo, en hoja, en pluma, en un grano de arena... Yo prometo.

¿A quién se lo prometo?

Desolación entre desolaciones, ayúdame.

De nuevo, de nuevo la novela de Rob. Dos veces. Vi una muñeca rusa tradicional. Se parte en dos y adentro hay otra y otra y otra. Luego se disfraz de nuevo de sí misma.

¿Qué es eso? Al verla sentí que significaba para mí muchas cosas. No una solución, sino que era símbolo de un espectáculo que de alguna manera he contemplado.

¿De dónde mi familiaridad con la muñeca rusa? ¿De dónde? ¿De dónde?

Los seres humanos no somos perfectos porque somos artificiosos.

Se supone que una obra de arte exige un orden y una armonía interior que llegan a formar su estructura íntima, esencialidad de su perfección.

Si a esta estructura se añadiera otra igualmente completa la perfección se perdería para dar lugar a la artificialidad. Si se añadiera una estructura más, estaríamos frente a lo monstruoso.

De este orden son las distorsiones del espíritu humano.

¿Era esto la muñeca rusa?

Era más que esto.

Quiero vivir.

Me divierto observando el autorretrato de Rob. ¿Sabe Rob lo que ha hecho? Ha conservado las líneas de su rostro y sobre ellas ha pintado pequeñas figuras geométricas de colores diferentes; lepras azules, rojas, amoratadas.

Yo lo hubiera pintado con una gruesa piel en diferentes capas. Ésa es la diferencia entre nosotros y el error

suyo. Él se ve con matices y variantes. Yo en entidades complejas y acabadas, cada una en su estilo.

Rob ha insistido en pintarme desnuda. La humillación en apariencia no tiene límites, pero en la realidad, una llega a descubrir que sí los tiene.

El humillado no se endurece, no perdona, pero agota sus capacidades y anestesia su orgullo.

Yo, allí tendida, en una posición que nunca fue cómoda pero que se volvió insoportable, estaba más vestida que en un día de diciembre; de esos en que una se pone el abrigo sobre el traje de lana; la bufanda y los guantes.

Rob hacía unas rayas torpes que borraba y volvía a trazar. Yo, con las pestañas bajas, no dejaba de verlo.

¿Quién creía que era en ese instante? Su actitud tenía la apariencia de la sencillez, pero desde el momento en que compró su papel y su lápiz especial, hasta aquel en que me pidió que posara, había un peculiar descaro, una desventura de aquellas que sólo pueden darse si coinciden con alguna convicción interior.

¿A qué todo eso? ¿No hay actividad, ni pensamiento, ni palabra de otros, donde no meta las manos y los pies? ¿Piensa acaso que es Rembrandt? No me extrañaría nada.

Rob está quitándome dinero. El dar dinero y el recibirlo tienen una mecánica muy definida, porque el dinero no es nunca tan simbólico como un regalo.

El que da, da para exigir, y el que recibe, no sabe cómo, pero ya está preparado para dar.

Este descuido en un hombre de la crueldad de Rob es verdaderamente imperdonable.

Yo, por mi parte, callo y hago cuentas; no pienso desperdiciar un solo centavo.

Me hace sonreír la idea de que ahora yo compro el tocino, que resulta mío, así como los centenares de huevos fritos y demás exquisiteces.

Rob está en una brecha por donde va a colarse el agua muy dulcemente primero, luego a raudales.

Ahora lo sé todo. Nunca volveré a ser más sabia.

La muñeca rusa es Rob Marlon. La muñeca, esa actriz original que se desviste y se viste de nuevo, tiene, como buena programadora, dividida su representación en diferentes etapas. Veamos.

Etapa primera:

Rob Marlon, el de los brazos musculosos. Americano independiente que vino a México a escribir su novela, ayudándose para ello con unas clases de inglés, que imparte como obligación, pero con la certeza de que son necesarias para vivir mientras la novela se termina. La primera, que lo conducirá al éxito inevitablemente. Ganará alrededor de medio millón de pesos, que disfrutará en México, para no tener que pagar el impuesto. Todo lo tiene previsto. Entonces, como es natural, se dedicará sólo a escribir.

Con dificultades, la novela avanza. No, no es nada fácil. Pero el triunfo es seguro. Cuestión de meses.

El público de esta primera etapa lo admira. Así son los escritores norteamericanos, con un pasado aventurero.

Ha tenido tantos oficios que puede describirlo todo. Si uno se encierra, no puede decir nada del mundo. Es natural, no lo conoce.

Este público está formado por la dueña del edificio en que vive, la criada del mismo, el tendero de la esquina y tal vez sus alumnos. Público escaso, es cierto, pero sincero.

Etapa segunda:

Aquí la muñeca rasga sus vestiduras como una cebra que se quita las telas más manoseadas y nos muestra unas iguales, pero que usa mucho menos.

Lo que se ve ahora es sorprendente. Tiene dos caras. Es un niño y una enfermera al mismo tiempo.

Ambos tienen una característica común: están en servicio de la humanidad en desgracia.

Por otra parte, se combinan admirablemente: la destreza de la enfermera con la ignorancia del niño; la abnegación de ella con la mala voluntad de él. El efecto es caótico, pero no deja de ser asombroso.

Estos dos personajes no pueden resistir los sufrimientos del mundo. Corren a ayudar a las damas en aprietos, a los niños que sufren o que quieren un juguete para la Navidad.

No es que sean poco efectivos, es que no son sinceros y sus actividades son promiscuas. Al tiempo que hornean un pollo, le dan a la enferma una pastilla y un masaje en la espalda; mientras que con alguna de sus cuatro manos riegan una maceta y componen la cortina. ¡Cuántas actividades! Pero no se cansan ni se aburren de andar juntos.

Paradójicamente su público resulta más escaso que el anterior, porque, bien visto, sale más ganancioso.

A saber: la hija de la criada, Elena, cuando se enferma, y antes, hace mucho tiempo, yo no la conocí, la estrangulada señora Marlon. En ocasiones también otro niño, se llamaba George y era hermano de Rob.

Etapa tercera:

La más espectacular por terrorífica. La transformista es ahora un hombre joven con el rostro amoroso y seductor; lleva una máscara bajo el brazo.

En este trance, hace una pantomima.

El joven, que es hermoso, hace ademanes hacia la imagen de una amada invisible. Sus ademanes no expresan pasión ni masculinidad; luego no son correspondidos.

El joven se conforma con mirar a la amada desde lejos (desde una azotea, desde un poste), hasta que, ya desesperado, impaciente y conocedor de su impotencia, acude a la máscara. Se la pone.

La máscara es indescriptible. Es el rostro verdoso de un morfinómano. El joven, con la máscara puesta, es ya un hombre y puede perfectamente vencer a la mujer amada.

Ella va a caer en sus brazos; cae. La máscara tiene exigencias, tiene carácter propio y vende cara la hombría que proporciona. Para empezar, es cruel, ama con éxtasis de odio; es cruel porque está loca, está loca porque su locura ha sido producida por una droga inyectada por un loco.

¿Cómo hubiera podido el joven permanecer toda su vida adolescente y casto? Viene a ser una infamia impuesta por los deseos más naturales.

El joven enmascarado hace pedazos la imagen de la amada invisible. Se quita la máscara del doctor Marlon y luego se mira las manos de muchacho empapadas en sangre.

El público es menor todavía. Se trata de Elena la amante y de una mujer vieja que, si bien ha visto este rostro, no ha sido con frecuencia. Se llama la señorita Jiménez y fue alumna de Rob.

La estrangulada señora Marlon tuvo el privilegio muy poco envidiable de vivir con el verdadero dueño de la máscara, por eso la menciono.

Etapa cuarta:

La última. No deja por ello de ser impresionante. Es un compuesto de las otras tres. Enfermera, joven, hombre y máscara en una sola figura.

Un problema de grave solución para cualquier artista.

Sostiene en una de sus manos un espejo pequeño que no la refleja en toda su extensión y por fuerza debe moverlo para alcanzar a ver, con cualquiera de sus muchos ojos, el rostro que por el momento refleja.

Aquí está el monstruo de mil ojos y de varias cabezas. El ser del laberinto.

Está desconcertado y no podría estar de otro modo. Su desconcierto crece y llega a la angustia y a la desesperación.

Quiere también hacer una pantomima y no se atreve. En una de sus muchas manos lleva un puñal y hay entre ellas gran agitación. El puñal cambia de mano con frecuencia, todas están nerviosas e indecisas.

Por fin una se atreve y el monstruo, que tiene un solo corazón, cae al suelo con él hecho pedazos.

Su sangre es de hombre.

El público inexistente, antiguo, espectador de sucesos mitológicos, da un profundo suspiro.

Estas páginas terminaron con la vida de Rob. Yo no sé qué epitafio poner porque no conozco a ningún ser humano que pueda enfrentarse a la perfecta autopsia de su espíritu. El alma, como el cuerpo, toman la fuerza de su vitalidad en el hecho de estar íntegros, cerrados, secetos.

Todos jugamos a la muñeca rusa con públicos distintos; nadie tiene derecho y creo que ni siquiera la posibilidad de ser espectador de nuestros cambios de traje, de máscara, de edad. Esto se logra sólo en la literatura y en el crimen. De allí su parecido.

Yo he tomado, ordenándolo a mi modo, el relato de un asesinato y lo he vuelto novela sin alterarlo casi. Eso es lo que hacemos aquellos cuyo sentido estético está íntimamente entrelazado con los sucesos de la vida humana.

No es esto de ninguna manera una disculpa, es mi deseo de hacer constar una contingencia, basada en la imposibilidad que siempre he padecido de convertirme en un artista puro. En otras palabras, que mi vocación no es de poeta.

Para terminar, una imagen de Elena.

Iba sola, de tarde, sin impermeable debajo de la lluvia y su rostro reflejaba una calma inefable y submarina. No he vuelto a verla.

Cuando la recuerdo, recuerdo también algo que es cierto para todos: que el hombre goza, para aliviar su vida, de la infinita ventaja de poder olvidarse de lo que ha sido.

*Diciembre de 1960-mayo de 1962*

## ÍNDICE

Datos biográficos .....	5
Novela póstuma de Robert Marlon .....	21
Primer diario de Elena .....	57
La historia hallada por Elena .....	83
Segundo diario de Elena .....	97